

Paradojas Poco Ortodoxas

“Cuando soñamos somos personajes que en lo más profundo de nuestro interior quisiéramos, en ocasiones, que nuestra mente los haga ver hecho realidad”

A. T.

ÍNDICE

Prólogo

Agustín Padilla Calle

"...lamentos"

"...alma desgarrada"

Ana M^a Díaz Cerillo

"No lo oyen"

"Dos orillas"

"Pluma triste"

Francisco Collado

"Ars poética"

Fina González

"De plata y oro"

"De piedra o de cartón"

Emilio Sánchez Pérez

"Los posos del azar"

Antonio José Quesada

"Cuaderno Poético del bolchevique sentimental"

"Cosas que pasan"

Rafael Galante Ruiz

"Coincidir"

"Es igual"

Pedro M^a Biribai Juez

"El Momento"

"Sufrimiento y dolor"

"Carta de amor"

"El camino de la vida"

Ana Ortiz Bandera

"Una pequeña obra de caridad"

Ernesto Martín Reche

"Espejo"

Paqui Vega

"El premio"

Javier Sánchez López

"El nombre en la camisa"

José Parra Extremera

"No señorita. Soy exorcista"

"La justicia, la justicia, el orden y la ley"

Rosa Lozano Durán

"El arriate"

"Amor al peso"

Modesto Téllez

"En las rucas de bogo"

Ignacio Aguado

"El secreto de la inspiración literaria"

Nuevamente el Área de Juventud, Deportes y Formación de la Diputación de Málaga quiere a través de la publicación de **paradojas pocos ortodoxas** en su segunda entrega y dentro del programa joven itinerante nómadas, artistas del movimiento presentar a una serie de autores que nos transportarán a través de su poesía, relato, ensayo... a sus propias fantasías.

Agustín Padilla Calle

"...lamentos"

*...Lamentos de hojas
lluvia en los ojos
anidar en la cultura
búho en las alturas*

*He mirado y no he visto
tus alas me han tocado
me derrumbo en el lecho de muerte
necesito tu sonrisa*

*Canto una canción
Me dejo engullir por la emoción*

*Me arrastra el huracán
mis manos continúan manchadas
tu luz se apaga...ya no te veo...*

*La mirada en las estrellas
los pies de barro
el corazón de cerámica
el amor...podrido
la cucaracha...mi amiga
el perdón...lejano...*

*El horizonte...alto
y el sabor de tus besos...amargo.*

*Me pierdo en la contundencia de la vida
me enamoro del color del alma
me desvanezco en la cultura
pierdo mi espíritu desalmado
lloro en la colina
miro lo que fui...le canto a lo que soy
la guadaña me espera...
la niebla es densa, densa...
y ya no puedo tragarme la saliva...*

*Quiero a mi alma
busco la tuya
ya nada tengo...ya nada quiero*

*un corazón me mira
sabe que he muerto...
pues la vida...no me habla
llamo a todas las puertas...
nadie me abre...*

*Abrid el camino
Dejad la luz encendida
sólo quiero amar...y que me amen
perdí el tren
abandoné la canción*

*la melodía de las estrellas me acompaña
hacia mi cementerio de elefantes...
mi vida.*

*Continúo llorando
se me cae el alma de las manos
repto como una serpiente
dejo de tener un corazón ardiente
me hundo en el precipicio
caigo al mar de huesos...
crujo con los muertos...*

*Creo oír una voz amiga
intento parar...pero no puedo
me voy...me voy...
me arrastra la corriente...
me lleva a algún lugar...maldito
no puedo parar
no consigo permanecer
no puedo dejar de reír...
Es la risa de la muerta
es la risa de la impotencia
me aferro al suelo
me agarro con las manos
se parten las uñas
la sangre salpica
el dolor es inmenso
el más fácil dejarse llevar
no puedo, no debo
mi espíritu está en juego*

*No hay voces amigas
no hay un faro en la oscuridad
no hay nada que me retenga
no hay palabras que me consuelen*

*A lo lejos veo nuevas vidas
Siento alegría y pena
¿dónde va esa nueva vida?
No supe encontrar
no supe actuar
ya nada importa el por qué
ya nada importa a quién culpar
ya nada importa...nada...*

*Sangre, dolor...
Furia, ira, desconsuelo...
indecisión, pasividad,...abstenia
remolino de sufrimiento
desaparezco...*

*Me parece ver luces de ilusión a lo lejos
llamas eternas
amor cálido en la multitud
disimulado, velando por mí...*

*¿puede ser?...
¿hay esperanza?...
¿había amor?...*

*Olor a caduco
aurora boreal lejana
hermanos mirando
pena aflorada
no pudieron ayudarme...*

*Caí en el fondo....
Me empujaron al final...o
me dejé tirar al pozo
las lágrimas flotan
el aire me acaricia
el mar me mira...
el sol se apaga....
los ríos invierten su curso....
los peces huyen...*

*El corazón se apaga
el amor se detiene.
Una vez hubo amor en mí
una vez la luz de la esperanza vivió en mí
una vez fui un iluso.*

*Realidad aplastante
deseos rotos
cariño añorado
desaparece el velo de los ojos.
Realidad maldita
mataste mi alma.
Realidad oscura...
quemaste mi alma...
...y ahora no tiene cura...
muero en vida...*

*vivo en la muerte
dolor causado
pena inquisitoria
desdén de la vida
figura desdichada
sombra de lo que fui...
añoranza de la inocencia*

*Ojos que no ven...
alma que no muere....
corazón que no siente
espíritu maldito...*

"...alma rasgada"

*...Echar de menos a alguien
...Querer salir del infierno del alma...
...Desear a veces que el corazón te cambien
...Para poder ir, una sola noche al palacio de Hipnos en calma*

*Sentir sobre mi pecho tu mirada
Añorar de tí, esa palmada
Desear el olor de tu piel, viajar en mi mirada
Llorar por mi herida no cicatrizada...*

*Tener el alma destrozada...
Ver la Luna empañada en sangre...
Vivir sobre la cumbre de la montaña más desolada
Morir por falta de amor...de hambre...*

*Que se raje el mundo
Que explote la puta noche
Que se entere el puto Dios de que me hundo
Que alguien le ponga a esta puta vida un broche...*

*Que deje de graznar el oscuro cuervo
Que el mar no rompa sus olas en mí...
Que mis dedos vuelvan a rasgar tu cuerpo
...Y que mi desazón descansa en ti...*

*Que la puta poesía se vaya a la mierda...
Que la grandísima mediocridad huya
Que el camino haga que me pierda
...Y que me corten la polla si pienso que es culpa tuya...*

*Remolino de coraje desgarrado
Sentimiento de odio destrozado
Que la sangre de mis puños, se haya gastado...
Y que a mi alma...no la hayan descarnado...*

*Dormiré con mi corazón desgraciado
...Y esperaré que la tristeza repose a mi lado...*

*Es la enajenada voz de mi dolor
Me iré y volveré
Es la desorientada melodía de mi voz
...Es la duda, de si algún día, te tendré...*

Ana M^a Díaz Cerillo

No lo oyen

Gimotea, nadie lo oye,
sus lágrimas brotan sin esfuerzo,
humedeciendo la oscura noche;
bajo su piel sólo corazón,
débil, quebrada en la miseria,
casi sin sangre y...sin voz.

Su llanto se pierde entre llantos,
uno más...

uno menos...

nadie lo reconoce.

La brisa o la lluvia su manto
y...¡nadie lo oye!

En el más seco vacío de su estómago
un grito se desprende con dolor,
la muerte se tumba a su lado
y sus ojos la miran...sin temor.

Solloza, nadie lo oye,
inocente voz que te vas
sin conocer un reproche,
y tus manos se apagan
sin juegos, sin besos...sin soles...

Eres niño de la pobreza
y tu camino no lo recorres,
eres niño de la tristeza
y tus penas... nadie las oye.

Dos orillas

Almas ennegrecidas, roídas,
envueltas en sombras y penumbra;
corazones que no se sienten
oír en las noches oscuras.

Y al otro lado de la orilla,
almas abiertas que viven sin luna,
corazones que tiemblan en el día
y en el alba, huyen y se asustan.

¡Almas con armas de almohada!,
corazones que sin lágrimas apuntan
a almas heridas en la mañana,
y corazones que sin fuerza se derrumban.

¡Maldita guerra que no acabas!
¡Maldita guerra!, que no te sepultan.

Pluma triste

Triste pluma que recorre,
temblando, los versos,
los agotados renglones
que vuelan en sueños.

Pluma en el tiempo
y en la mano cansada,
pluma que en el silencio
aún vive de palabras.

Virutas de sufrimiento
con tinta manchadas,
en el rincón del recuerdo
anidan los sueños del alma.

Triste pluma que recorre
el tiempo, sin mañana,
y en el suspiro recoge
el dolor de las entrañas.

Francisco Collado

Ars poética

Joven Málaga

¡Tú! Hermosa niña criada al amparo
De las montañas y bañada al mar.
En tus jardines me enseñas a amar
Y desde tu torre guías los barcos.

¡Tú! Siempre a paso firme en esos carros,
O hablando con el que vende el pescar.
Niña, tú que eres azúcar y sal
Muéstrame tras tus pinedas tu encanto.

Ábreme tus puertas y tus ventanas,
Que el olor de tus álamos perfume
Bajo sus sombras toda la mañana.

Si cae el sol, enciende tu mirada.
Alumbra las noches con esas luces
Que son en la hermosura de tus playas.

Vieja Málaga

Cuéntame vieja qué es lo que has visto.
Pues pocas comerciaron como tú.
Trayendo riquezas del campo azul
Y bebiendo el oro de los olivos.

Tú que enamoraste a aquellos fenicios.
Tú que anunciaste victorias al sur.
Dame la flor agraciada con tu luz.
Llévame por tus parajes benditos.

Morisca almena marcada al cincel,
Gótica aguja que se eleva al cielo
Y barroco templo alzado en tropel.

Tantos siglos vistos a vuestros pies.
Patriarcas de mi historia y sentimiento,
Contadme de mis ancestros qué fue.

Atalaya del puerto

Majestad insigne de la montaña.
Custodia fuiste del paso cristiano,
Escarnio del enemigo pagano
Y sello de mi Castilla la Mancha.

Ya viste que lento el tiempo pasaba.
Como la ruina surgió a tu abrazo.

Ya tarde olvido del hombre su mano.
En fragmentos de rocas y argamasa.

Eres una isla de la urbanita,
Rincón cuidadosamente escondido
Que descubrirá la paciente vista.

Los árboles son para ti un abrigo.
Dejándote en la soledad sumida,
Tú, que eres la atalaya del olvido.

Hijos de la mar

Nosotros somos hijos de la mar
De sangre azul y corazón oscuro.
La belicosa mano de Neptuno
Que arrastra al hombre a la profundidad.

Creemos llegar a ser dioses colosales.
Las tormentas que llevan al abismo,
Guías de naves al fatal destino
En que devoramos a navegantes.

El dominio, la ambición y la sombra.
Somos dueños de la muerte y la vida
Para el que vive entre las dos orillas
Y acabará atrapado entre las rocas.

Nosotros, dioses de la hipocresía.
Dioses de barro y carne
Los desterrados por la luz del día.

Insensibles al llanto y la alegría.
En la cúspide: grandes;
Abajo: víctimas de la agonía.

Nosotros hijos de la mar: mentira.
No somos más que las balsas
Que naufragan en las playas
Y nacen en las solitarias islas.

Y así, se nos da a luz en la oscuridad,
Educados en la idea del llegar a.

Noche en la urbe

Vagabundeando por estas calles:
Las aceras empapadas, vacías.
En el cielo, en la oscuridad que cae:
La luna apagada, mi estrella brilla.

Ya se yerguen las sombras de las torres
Que alumbran cada tramo de mi paso,
Por la solitaria urbe en la noche,
Marcando mi silueta con su mano.

En cada esquina, en cada callejón
Las ventanas cierran, las puertas abren
Cuando a las doce anuncia el viejo reloj
Llegada de nocturnos visitantes

Alguno desterrado de su cama
Por esperar a un impuntual sueño.
Otro echado de su casa a patadas
Al proclamarse su vástago dueño.

Conocidos quizá en algún sucio bar
O tal vez rumoreados en la infamia.
Algunos ahogados por el brindar,
Otros cachorros de la elegante mafia.

Todos acaban entrando en el portal
Del negro antro que atesora billetes
De los clientes que mañana no saldrán
De allí, desaparecidos por siempre.

Todos reunidos en el mismo sitio:
La barra, habituado lugar de autos.
Hervidero para los turbios vicios
Allí donde pican diurnos incautos.

Acaso me cruzo, me asomo y miro.
Continuo mi trasnochado camino
Al encuentro inesperado con noctámbulos
Que como yo vagan de noche sin preámbulos.

Musa del amparo

Tú siempre eres tan callada y silenciosa
Encendiendo mi vela en la oscuridad
Recogiendo mi llanto, nunca celosa
Aún a sabiendas quién me hace llorar
No es tu amor que al viento susurra a las hojas.

No calles, no seques lágrimas egoístas
Que nunca saciaron tu boca sedienta
Y desierta por mi amargura vencida.
Habla que escuchen a tu limpia pureza,
Virgen que vive en la copa de la encina.

Acaso esa vana sensación de angustia
Que es a la pena que contamina mi alma
Fuego y dolor que en mis ojos anuncian
Señal de soledad y llama apagada
Que se deshojan como una rosa mustia.

No me consueles, descansa en tu palacio
Balanceándote al primaveral viento
Que es brisa de vida a mi alma en su cansancio
Y es a mi invernal fuego recogimiento

Que no me otorgarás en mi infierno rancio.

Acaso poesía

Acaso te escribe la pluma
Que danza al ritmo de la mano
Con bella letra y soltura
Del silábico que es el canto
Singular elegancia tuya.

Acaso te leo y estás viva.
No te leo, pero en las hojas
Plácida continuas dormida
A la espera que llegue la hora
Donde te lean, poesía.

Tú desconoces el amor

Tú no sabes, yo sí sé, de emociones
Que mutilando brutalmente al cuerpo
Entre mareas de amor y deseo,
Libran al alma de muchos dolores.

Tu no sabes, de ese pequeño paso
Que a la humanidad no supone nada
Y para un hombre es una gran batalla
Por alcanzar en puro el ser amado.

Tú no sabes, de un eterno vacío
Que se abre en el fondo del corazón
Y arrastra consigo halos de calor,
Dejando el espíritu hueco y frío.

Tú no sabes, de dinámicas fuerzas
Que plasmando en el mundo de la forma
Los átomos de la idea en las hojas
Destruyen de la angustia sus cadenas.

Tú no sabes porque aún no has amado,
No has llorado cantando a la luna
Diciendo así: vuela alma, baila pluma,
Las dos unidas al son de mi mano.

¿Quién soy? Me desconozco y me conocen.
Yo soy a la ciencia tangible materia,
¿Pero quién es mi espíritu? ¿Quién mi alma?
¿Hay más que cuerpo, miembros y cabeza?

Yo sé que hay más de una parte y que son dos.
Soy cara y cruz de una misma moneda.
Yo soy el blanco y el negro, más no gris
Son los dos pero sin llegar a mezclas.

Soy la santa luz que habita en los templos
Y resplandece gloria en las vidrieras.

Para el infierno y Satán, Oscuridad
Que es reina y señora de su caverna.

Soy la llama gélida que al amor
Ni el hielo derrite de mis venas.
Soy a destajos la pasión agitada
Que tirana me obliga amar a ciegas.

De la alta luna yo soy la imagen
Suya que en el mar su brillo refleja
La ventisca que las mareas domina
Y furiosas acarician la tierra.

Del Sol yo soy la claridad que alumbra
Y al suelo, entre las sombras, la más negra.
La liviana y primaveral brisa
Que embiste blasfemias contra tu puerta.

De la llanura la más alta torre
Blanca de marfil y de aguja esbelta.
Entre las rocas y las montañas, yo
El abismo que abre en la tierra brecha.

En la guerra, entre hacha, escudo y espada;
El estandarte blanco, la inocencia.
Y en la paz el sabueso que sediento
Azota iracundo el odio en sus venas.

Soy la magia, la alquimia y la astromancia
Que al carbón lo convierten en riquezas
Y a los muertos les devuelve la vida
Y a los vivos los llena de flaquezas.

Yo soy la empírica medicina que dicta
A la carne volver al barro y a la piedra.
A la matemática y a la física
Soy la positiva ley de la inercia.

De libros, tratados y pergaminos
Yo abro, infinita al cielo, una escalera.
Bebo en las palabras e inspiro páginas
En olvidadas selvas de bibliotecas.

El héroe, que roba a los Nibelungos
Su tesoro y rescata a la princesa,
Y en las noches madrileñas, absurdo,
Esperpéntico y ciego Max Estrella.

De entre las más ricas y bellas joyas
Yo, engarzado, soy la opulenta gema
Que cuelga del collar de algún dragón
Queda, olvidada, en la profunda cueva.

Soy yo la campanilla o el tambor
Que clama alegría o retumba pena.

La aguda lira que enmudece, pero
Sin romperse al vibrar las notas tensas.

Soy el brujo conocedor de secretos
Rubricados al cristal de mi esfera
Que me permiten conjurar palabras
Que en los espíritus la pasión siembran.

De mí, el espíritu que en mí atrapado
En mi boca y en mi pluma se libera.
Yo, dualidad que baila y canta y llora
Para con mi siempre inmortal presencia.

Posada sobre tus piernas la carta,
Testamento dejó mi alma de ti,
De todo cuanto en silencio viví,
Imposible de explicar con palabras.

Tu cara de lágrimas coronarla
Y sabrás lo que no quisiste oír.
Tus manos temblar leyendo un gemir
Y sabrás que vacía queda el alma.

Léela y verás más del negro allá
Una oscuridad abrir sus colmillos.
Escúchala y pronto comprenderás

De un sentimiento en ella escrito.
Pero lee del punto último allá
Y verás qué de ti llevo conmigo

Pan, vino y carne

Probado quedó allá en la bacanal,
Sopesado aún en desigual balanza
Que en boca pan y vino y vino y pan,
Si falta uno, mal ayuno se pasa.

Es sabio el estómago antes llenar
Para en mano y en cuerpo portar la jarra.
Mas sé quiénes devoran el manjar
Y en cauce seco, barcos mar no alcanzan.

Verdad que sin carne hambre ha de pasar
Y con carne todos montamos chanzas.
No vaya a comer, sin querer amar,
Ni a amar de carne en ayunos privada.

Si al mirar las estrellas hacia el cielo

Si al mirar las estrellas; hacia el cielo,
Y atrapase tu nombre escrito en plata
De la noche en su gran tapiz de negro,
Más allá de una mirada habrá un deseo.

Si toda mi fuerza forjase un beso
Que rociase de pasión tus pestañas
Y cayeran tus labios en un sueño;
Dentro de él habrá escrito un sentimiento.

Si al fundirse las aguas con el fuego
Y al hundirse el sol en el mar al alba,
Exhalo en un suspiro mi aliento;
Sabrás a dónde va mi pensamiento.

Si al susurrarle palabras al viento
Y él se las confesase a tu ventana;
Cuando el viento te aülle en su silencio
Escucharás el gemir un te quiero.

Si al contemplar extático mi cuerpo
Y quedar blanca la tez de mi cara,
Tú pudieses sentir lo que yo siento;
Sabrás que yo de amor en vida muero.
Consejo a una amante

¡Cuán cierto hoy nos hemos de poseer!
Mañana me serás una desconocida
¡Qué de los besos hemos de beber!
Amémonos a nuestras manos unidas.
¡Fragil cristal el amor! ¡Y el placer
brevidad que hace eterna nuestras vidas!
Hagamos eterno nuestro querer,
Pero que éste acabe el próximo día.
A todos el tiempo nos hace ver
Que de amores sinceros, almas limpias,
Tú la única, que en ti puedo creer
Y amores inmortales ¡Bah! ¡Pamplinas!
Necedades que nos quieren vender
Cuentos de viejas y otras baratijas.
Yo sé que por amar a una mujer
Y prometer una imposible dicha;
Que parece que se vuelve a nacer
Y se dibujan de plata los días;
Pronto, se cercena un largo ayer
Y que de una pasión el cuerpo tira.
Sentimientos que van a fenecer
En las calladas horas de la vida
Y que hoy los recuerdo al amanecer,
Al tañer las cuerdas de mi alta lira.
Pero eso queda atrás, eso ya fue.
Ahora ámame, igual da lo que digan
Que esa palabrería tan sólo es
El fruto de las mentes enfermizas.
Todo mi amor que yo ya no daré,
Yo te lo doy en bálsamo a tus heridas.
En el intento de saciar tu sed
Color pasión le daré a tus mejillas
Y rojo fuego a tu liviana tez
En el fulgor que yo te ofreceré

En esta noche, una de mi dicha.
Pronto vibrante yo te encontraré
Entre tus senos, las manos que son mías.
Entre tu cuerpo y el mío, en una fiel
Unión, pero breve, entre nuestras vidas.
Cuando todo pase te olvidaré;
Y mañana... mañana será otro día.

Después de la tormenta

Silbarán ya las trompetas del rayo,
Y volarán de mis manos los sueños
Que ocultan tus labios en el silencio;
Mientras levanta amarras en mí el llanto.

Vibrarán de ese amor (si lo fue) antaño,
De ti el dolor, de ti su recuerdo;
Y más que ciego, pecaré por necio
De no saber tus penas de antemano.

Huirán los sentimientos de mi costado
Y ocultas anidarán en mi pecho
Las sierpes negras, hijas del desconcierto,
Que yo porto como señal de mi hado.

Huirán esas promesas de mis labios,
Pues a fin de cuentas, un yo te quiero
Con palabrería, una copa y dos besos.
Dineros, para uno de amor borracho.

Y ahora que lo digo, y pienso: un año.
¡Bah! Pamplinas por las que llora un necio
Memeces por la pasión, por el fuego,
Por seguir yo a una ciega de su mano.

Por amor

Podrán nuestras voces en la oscuridad
Vibrar como leve chispa en el tiempo,
Brillar en lo profundo del silencio;
Isla de luz, como una estrella más.

Podrán nuestros corazones amar
Mantener de nuestra antorcha su fuego,
Amar sin quedarnos sordos o ciegos;
Un sentimiento sin miedo a ocultar.

Por amor podremos seguir caminando,
Tejer de nuestra pasión una selva;
Por siempre, como nunca se ha amado.

Por mera pasión podrá quién quiera,
Despreciar, jugar y seguir odiando;

Mas por amor, no seguirá cualquiera.

¡Oh! Amor

¡Oh, amor! Necio capricho que se antoja;
No eres más que niebla, oscura meta,
Que sólo llena del poeta, sus hojas,
Y lo confundes con delirios y penas;
Pero ante todo y por siempre, tú, mi droga.

Opio que más bien se vende y compra
Por dinero, sexo, carne y palabrejas;
Y así viciado, la mente finge, de rosa;
Entre besos y un hueco abrir de piernas,
Las manos en ajena carne moran.

Acaso te hallan, y en esa tu hora
Más de uno dirá por experiencia;
Que te disuelves en nada o como llora
Una vez que la mentira es descubierta
Más peor, si el delirio termina en boda.

Aunque esta empresa nunca se logra
Hemos de seguir en esta odisea;
Mientras vivo sienta, el dolor no importa,
Nautas del deseo que arrastra nuestra vela.
En la vida ¡Épica es nuestra historia!

Mas después si el cielo se desmorona,
O las lágrimas nos abren su puerta;
Oportuna es la dicha, triste la honra,
De recordar que sentimos, que nuestra
Aún sigue el alma viva, ¡Oh! ¡Mi mustia rosa!

En los albores del día

En los albores del día, elevamos
El sueño de nuestras vidas, repican
Los rayos de su luz en los peñascos
¡Otrora, tiempo, nubes, viento, cumbres
Brillaban en los filos más alejados!

Y ahora restan viejas nuestras manos,
Incapaces de sostener la voluntad,
Su peso, peso pierde con los años
Luces que se desvanecen con el viento,
Y que parpadean a intervalos.

El Tiempo nos arrastra a su lado,
Cuando la oscuridad nos abre
Su eternidad y nos reclama pago;
Pago a nuestra vida, a nuestro tiempo
Y a mayor sueño, se cobra más caro.

Por elevar sueños, que los he alzado

Al cielo, estrellas, suelo, mareas,
Truenos, centellas, universo y rayos;
¡Todos juntos, cuenta, cuenta Tiempo
Que por contar no falte a nuestro trato!

Cada segundo que das, no malgasto
No desperdicio, ni vendo, ni compro
Ni me sobra, ni falta, ni regalo.
Mío, es mío, antes que cualquier dinero
Tiempo, año y hora son mis bienes más preciados.

El nuestro es negocio de mortales, y a ratos
Un juego para Dios, para el destino,
Pero a mí, no es juego desperdiciarlo;
Dioses que nos envidian a nosotros
Por cada segundo que aprovechamos.

Al sentimiento y al dolor nos aferramos,
Los hacemos nuestros en cada instante
Porque puede ser el último. ¡Claro!
¡Oh! ¿Cuántas veces hacemos nuestro algo
que no nos pertenece y no robamos?

Depredadores

Enormes buitres que giran a nuestro alrededor,
O hambrientas lobas que desean fresca carne,
Todos los carroñeros unidos por el pretexto del amor,
Por él reclaman: sexo, placer y sangre.
Rápido, alimentadles en abundancia, o será peor.

Insatisfechos con su ansiado alimento,
Intentarán devorar más y más,
Como el ganado que se ceba en invierno,
Corrupción, desgracia y muerte acumularán,
Hasta que ellos sean la presa de su tormento.

Fina González

De plata y oro

Oculto en el fino manto
de experiencias y vivencias,
alegrías y llantos,
de niña de es mujer,
de risa al canto
reír por reír oculta el llanto.

Lejano en el tiempo los quince años,
amar despierta,
soñar amando.

De plata se viste los veinticinco años,
una caricia en la mano,
oír te quiero,
más lejano.

Un manto de brillo espesa su calma,
sonrisa dentro de su alma.

De oro se visten las cincuenta primaveras,
de alegría el llanto,
de pena el canto,
y el amor extiende,
de plata y oro,
su fino manto.

Un manto de plata y oro,
bordado de amor y paz,
de fino llanto,
de grueso canto
ternura y sinceridad.

Una mirada perdida,
añoranza de la vida,
un garrote en la mano,
un recuerdo muy lejano
y el cielo como testigo
de plata y oro vestido.

De piedra o de cartón

¿Cómo es que sin delito
marca a otro con su grito?

Cuando duerme,
sueña con la gloria alcanzada,
de su paso por la tierra,
de su vida iluminada.

Se siente bueno y honrado,
difamando a los de al lado.

Con lágrimas de cristal adornan su frágil rostro,
dolorido si ha sido herido.

¿De qué tiene su corazón,
de piedra o de cartón?

Presume de muchas cosas,
ninguna son asperosas.

Pregona a los cuatro vientos
su sentir y su lamento

Habla de su corazón
que ni es de piedra ni cartón.

Al escucharlo se nota
que es un terrón,
sin alma y sin tesón.

Y habiéndome marcado
al ignorarlo me dijo:

“Son sensibles a su dolor
pero es un sin vivir
vivir sin saber sentir”.

Emilio Sánchez Pérez

Los posos del azar

Todavía

*Todavía me gusta cantar a pesar de estar mudo
por los bulos que tu misa levantan
acerca de cómo se calma el león
cuando oye la voz arrancada de mi garganta.
Todavía recuerdo a los niños que me hacían llorar
cuando lloraban después de pelear
para demostrar quien era el mejor
en las calles de una eterna infancia...
Todavía me sonríen las paredes de ésta habitación
arropando miles de palabras y bobadas
en los días en que me hice mayor
pensando que no me cambiarían las canas...
Todavía no es tarde para alguna que otra alegría,
todavía no me he ido, todavía no me quiero ir,
un “ todavía “ es siempre mejor que un “ todo lo que había “,
todavía podemos sobrevivir otra eternidad cada día,
todavía, por qué no.*

Vértigo

*Asomarse a su cornisa y tragar montones de miedos,
un paso adelante y no atrás, es la hora,
cada vez son más difíciles los eneros de la vida
aunque la curiosidad ablande el acierto incierto
cuando ya no hay más remedio.
Los puntos de inflexión sin “peros” ni medias tintas
siempre me han causado vértigo,
aquí subido al balance de la memoria
precisamente para olvidar y mirar adelante
donde solo hay sueños y oscuras esquinas,
aunque, que sería de la vida en aventura sin ellos.*

Perdiendo la vocación

*He perdido la vocación
y la profesión ya no va por dentro...
cuesta ser esclavo del medio
cuando el fin se convierte en hacer dinero
y aborreces por momentos esta sumisión,
se escapa como arena entre los dedos
en un desierto de alternativas
abrasando el sol de los consejos,
machacado y borracho por las dudas
ignorando lo dado en mi cervantina cuna
de estudios llenos de números*

*y alabanzas al más puro ingenio,
me aburren estos intervalos de tiempo
y me duelen las conclusiones
que me dicen muy bajito al oído
que así son los días perdidos
en el mal llamado empleo,
disolviéndose la vida
en la cal viva del minuterero
a la espera de un renacimiento
que de luz desborde las retinas
y pare los relojes al menos
hasta que me lleve el cielo o el infierno.*

Inmortal

*Chirrían y aparecen aprisa las palabras sobre el papel
prometiéndome una inmortalidad al oído y a la vista,
cobrando vida para no dejar de estar vivas
en una hazaña enfrentándose valientes al tiempo
poniendo al recuerdo en almíbar...
me gusta como nos describen, como nos dibujan
apilándose unas tras otras en procesiones de tinta
dentro del orden que les saca punta y afila
e incrustándose cual mirada de hielo en el alma
de las cosas que permanecen para siempre escritas.*

Reflexiones I

*Los más grandes momentos acaban estando en las pequeñas cosas,
imperceptibles, escondidos detrás de los detalles,
de lo cotidiano, de las personas.*

herencia

*Enderezado el acero, nada es imposible,
pensamos en otros materiales pesados
que soporten la carga de nuestros abuelos
a hombros de nuestros padres
y los de aquellos que con su legado nacemos
responsables de futuras cicatrices
a olvidar y terminar de curar por hijos y nietos
en interminables e infinitas generaciones
mientras seamos conscientes de la herencia
que supone estar vivos gracias a lo que hubo ayer
y mañana razón suficiente para no perdernos,
pues no solo somos lo que somos por sí solos,
también somos la prolongación de la sangre
en las venas de quién nos hizo ser herederos,
somos la esencia, la herencia y lo heredado,
somos lo que hará heredar a quien hagamos...
así, ¿cuál es nuestra verdadera y poderosa herencia?:
construir, perpetuar, y seguir por siempre amándonos.*

Argonautas

*Mientras hay gente durmiendo en sabanas de seda
hay otra gente que se da a esas horas y no duerme
en busca del Vellocino de Oro inventando ambientes
en los que no hay palabras, como en una solitaria espera,*

*fabricando estados de consciencia y niebla
aparecen sus imágenes con mil sombras flotando inertes
a intervalos de luces artificiales e incandescentes
al ritmo que impone el dios del jardín
en el habitáculo construido para adorar a la esfera
que refleja minúsculos espacios de realidad aparente...
hacia un arcano de difícil solución se mueven
aunque sigan la línea blanca directora de la mente
prefabricada a golpe de suspiro en polvo
y verde exhalación de humo con materia prima
proveniente de las Américas y Oriente.*

Grandes planes

*De corazón estriado y cabal,
un artillero tirando a llorón
de voz pálida y locuaz
habla de sí mismo en el próximo milenio,
habla de lo que hará, no podrá, y perderá,
habla de no dejarse engatusar
por los mimos maquillados de la calle
y de guardar esas cuantas monedas,
habla firmemente de ahorrar.
Habla del sorbo que dejó sin terminar
en un acto de previsión sin premonición,
dice que mañana seguro es mañana
y el hoy seguro se nos acabó,
dice que nunca más, eso seguro,
con doce uvas se volverá a atragantar.
Vende así el alma a un falso azar
por haber perdido todos sus cuartos,
hipoteca así la palabra porque erró
y confecciona ahora un gran plan,
infalible, una vida a largo plazo.
Desconoce las ventajas de tropezar,
rectificar con el próximo paso,
porque rectificar un paso es de sabios
y rectificar la manera de andar
suele ser sinónimo de distracción,
perdida de tiempo, y grandes fracasos.*

Jovencito Mr Hyde

*He desheredado a mi ángel de la guarda,
le he cogido en un traspies, le he despedido,
he prescindido de él y de sus servicios
y ahora no es más que un vulgar aprendiz
haciendo tiempo en la barra de un bar
rellenando un curriculum con mis vicios.
He empleado en su lugar a un loco de atar
desdoblado en dos diablillos, uno por sien,
que me chivan como buenos socios al oído:
"adelante, que no hay partida sin riesgo
y jugando el riesgo de un trago nos lo bebimos
pese a los achaques del andar en temprana edad".
Los deseos ocultos necesitan de algún retén
o se multiplican por diez alimentando al retraído*

*hasta hacerlo de ira reventar.
Retén: invitarles a cenar,
irse con ellos en busca del paraíso,
exprimirse los bolsillos,
y por último, devolverlos a su lugar
tras intentar y conseguir sobrevivir a su sonido...
ideal.*

Rajasthan

*La especia me hizo volver a los olores,
y de los olores, al invento de los colores,
no acabé de reconocer ni siquiera la mitad,
entre todos creaban un todo que me rodeaba
y me encharcaba a borbotones los pulmones.
La India me enseñó a ver, a vestir de blanco,
me enseñó a mirar a los ojos por un siglo sin hablar,
me enseñó como se vive riendo con desparpajo,
me enseñó que andar descalzo también es de señores.
Aún me eriza el bello recordar aquella forma de mirar,
no la supe descifrar, que significaba aquel don,
¿curiosidad?, ¿nos miraban bien?, ¿nos miraban mal?...
la pobre charla, la risa y el té aplacaban los temores.
Aún me eriza el bello recordar las caras de los niños,
repletas hasta los topes de una irreconocible dulzura,
tiznadas de raza y blanca sonrisa nunca contenida
o regalada, sino fruto de sus albores.*

*Bikaner...
allí saboreamos el monzón en toda su intensidad,
nos caló hasta los huesos a cambio de algunos de sus secretos
y de sortear con astucia la algarabía de sus bazares
donde diluvaron ante nosotros milenios de exótica variedad.*

*Jaipur...
ciudad rosada, hormiguero,
marabunta de indios frente al Palacio de los Vientos,
procesiones venerando divinidades en meditaciones
derramadas por calles rezumando variedad de inciensos.*

*Jaisalmer...
doró el viaje con arenisca y desierto,
con música y ron negro en las Dunas de Sam,
con atardeceres pintores de casas y havelis¹
barnizadas de oro y brochazos de saris² multicolores.*

*Puskhar...
pequeño oasis de tranquilidad en mitad del Rhajasthan,
recogedor de mi cuerpo viajero por una noche
y convertidor del tiempo en rezo
en la orilla a la que van a parar sus ghats³.*

*Agra...
lindando con un río que yace en mortandad
es cuna del trono vacío de Dios en tierra de hombres,
la maqueta a escala real del paraíso al que debo volver*

para aprender a memorizar su Taj Mahal.

La India...

*una y otra vez, insistentemente y sin comprender,
la gente me sigue preguntando:*

*"...pero, ¿no es un país de pobreza sin igual?",
y yo les sigo respondiendo: "no lo sé, de verdad".*

Las havelis son las antiguas casas de los comerciantes, con hermosas fachadas recargadas de detalles.

Los saris forman parte de los típicos ropajes de las mujeres en la India. Son largos pañuelos o velos que se suelen distinguir por sus vivos colores.

En la India, se conoce como ghats a las escalinatas que bajan hasta las orillas de los ríos donde los hindúes van a orar, bañarse y purificar sus almas,

Humo

*Este humo está carbonizándome por dentro,
alivia no sé qué*

*en un estúpido pulso a no sé quien,
y lo trago, no lo dejo...*

*esta neblina se desliza boca abajo
y va tiznando cual oxido de hierro
resbalándome por el gaznate
y abrazando una respiración fiel,
oxígeno y pulmones lamen el veneno,
acompanan en un lento vaivén
el cansino ritmo del instrumento
que me hace seguir en pié.*

*Es tormento y placer,
todo al mismo tiempo,
acariciándome la abstinencia
y deshollinándome a golpe de tos,
ennegreciendo las paredes del salón
y sosegando el devenir del miedo,
enmudeciendo el falso olor
y acaparando la atención en un velo,
elevándome si mezclado con "ella"
y expiando los pecados en perdón.*

El imperdible

*Con este imperdible voy a enganchar mi vergüenza,
voy a pinchar los globos que no me gusten,*

*voy a sostener la ropa que me viste,
voy a retener en mí*

*las canciones que te despiertan,
porque no te hacen sufrir
y sin embargo lloras con ellas.*

*Son escarcha, rocío, lino, jade,
son una siesta en compañía del candor
de una gran sonrisa opuesta
a lo convencional de un vulgar matiz,
ese que te haría ser infeliz,
ese que nos rodea cuando chillas
en mitad de una luna nueva.*

Todo este alcohol me marea,

*no me permite hablar con fluidez
y se apodera de mi condición,
de mis reflejos para morir en paz,
del sentido común que me atempera
cuando los días llevan corbata
y el rostro no me refleja.
Eso no me impide sentir el calor,
el sudor que me chorrea, que no es broma,
como tampoco lo es la mirada
que te disfrazo entre sollozos
de infierno y primavera,
calentando el ardor de un actor
en una particular puesta en escena
de besos que no dejan dormir
y se regalan en cerrado secreto
para evitar reprimendas.*

Las lecciones del insomnio admitido

*Ya de madrugada, a veces conviene volver solo a casa,
aprendes a escucharte, aprendes a escuchar tus pasos
devolviéndote al refugio de la almohada,
aprendes a relajarte oscuro, aprendes a olvidarte,
a devorar las primeras luces del alba en tu regreso,
aprendes a estudiarte a fondo en la estampida
a ninguna parte, hacia tu cama,
aprendes a ser tu mismo por los siglos de los siglos
esa noche, te emborrachas de ti, y decides,
de cuando en cuando rectificas, y sigues.
Por las calles de la huida te autoimpartes las lecciones
aprendidas al dedillo antes de que tu sol se fuera,
antes de que acabase tu día, y acabó cuando entregaste
tu cuerpo al sendero de la hora de vuelta.*

Bushido

*Enclaustrado en una pestaña
en el aleteo de un párpado herido
y en singular estancia comprimido
se ha quedado su imagen grabada,
en la retina de unos ojos sin lágrimas
el miedo a perder la templanza
cuando todo el mundo se ha ido.
Detrás de su escudo, un ser vivo,
en combate continuo de por vida
con aquellos que existen para destruir
y pisotean la fe en el bushido,
el camino del guerrero que busca la paz
aunque la paz sea el final de su camino
adornado con un código de lealtad,
pureza, modestia, justicia, honor, verdad...
luchando por la vida como buscando la muerte
entre imágenes de ira contenida
apretando bien los dientes
y semblante que obsequia bondad.
Los tiempos han cambiado sin medida
acoplándose al lado de las serpientes*

*que se enroscan al cuello de su suerte
procurándoles asfixia y deterioro de los valores
que sustentarían para siempre a la humanidad.*

Detrás del espejo

*Espiarte,
sin necesidad de descalzar
los pasos que me acercan a ti
por temor a desvelarte,
hoy es mi almohada verte dormir...
pero, ¿cual será el precio que habré de pagar
además de haber oxidado por diez mi cuerpo
en dos días de excesos y abril?...
bueno, tampoco importa demasiado
mientras la voluntad no extienda cheques
que el alma no pueda abonar
y el dolor sea el justo y necesario
para hacerme saber que voy a sobrevivir...
los pasos olvidaron ya ayer su rectitud
con el último trago de cordura
exacerbado en un desvelo provocado
por cosas que nos hacen cosquillitas para ser feliz...
todavía hoy le pregunto al espejo por mi reflejo,
¿quién es el que me mira así?,
¿quién está frente a mi?,
quiere hacerme creer que estoy despierto
y he pasado al otro lado de su cristal de piel,
solo quiere que vea mi cicatriz...
lo sé, siempre se está a tiempo.*

De bares

*Demasiado alcohol para tan poca convicción,
así no se ahogan los demonios,
saben nadar donde naufraga la oración
y fabrican los moldes del azar
que un día pensaste conquistar
en una afrenta para chicos sobrios...
y es que en una de esas muertes,
en uno de esos espacios,
aspiras el cloroformo de un bar,
te despistas, te duermes,
y te quedas dormido para siempre
en los brazos de una madrugá.*

Reflexiones II

*Muchos me tachan de soñador,
pero, pensemos una cosa,
¿no iría todo mucho mejor
si el mundo viviera de los sueños de cada uno
y la realidad fuera el lugar oportuno
en el que se ponen en practica?...
probablemente si,
aún morando en ella también el dolor.*

Lunas

*Voy a hacer caso a Ismael¹, voy a escucharle
y a planear en Marte una huida
para de quien últimamente me enamoro olvidarme,
mujeres comprometidas, llenas de abrazos,
llenas de mentiras... además,
voy a sentarme al borde de la luna y meditar,
a pescar aceitunas negras en la calma,
a variar el rumbo y las mareas como una luna
y a hacer estallar a besos lunas de cristal...
imposible pero cierto, invisible como el viento,
maravilla del soñar para escapar.
Ya tengo mi parcelita de cielo bien arrendada,
preparada para veranear en Navidad...
luna, ¿quieres ser mi próxima compañera de escuela
si subo y entre mis brazos te estrecho
en la noche en que te vistas llena y de cal?*

1. "Últimamente", Ismael Serrano

*Los estragos de la belleza
Con la duda de las apariencias nos movemos
entre siluetas de personas pidiendo que nos amen
por como somos mientras construimos un cuerpo
en desguaces de sudor y hierro
sin tener en cuenta lo que nace dentro y se deshace
con las esperanzas puestas en una imagen
y unas consignas publicitarias de carne y hueso.
No se escapan a la subconsciencia
abaratando el precio de la voluntad
de la que también somos pasajeros,
hacen estragos en cánones de belleza
distorsionándolos y haciéndonos más viejos y feos,
y hasta nos visita la enfermedad
que ni conocieron padres o abuelos
en los días que nos ocupan con nuevos miedos
relatándonos lo trascendental de un peso ideal
junto a lo irrelevante de la edad si lo tenemos,
se han confundido los términos,
se han creado valores vacíos
y no sabemos buscar la felicidad
cuando en realidad sigue en el mismo lugar
donde la colocaron nuestros ancestros
aunque enterrada bajo toneladas de superficialidad...
busca, escarba, pues el tesoro no está ahí fuera,
está en ti, está ahí, está en tus adentros.*

Desencantos

*Se quedó mudo, absurdamente mudo,
en una monstruosa caja de grillos
el silencio más sepulcral y absoluto,
en un desierto de metal
el frío que asegura su brillo,
en un día sin igual
un motivo para guardar luto.*

*Expía un pecado capital,
difícil de esquivar
en mitad de tantos saludos,
y la procesión que va por dentro,
desgranando los males del mundo
intentando escurrir el bulto
y así poder volver a hablar,
hablar solo y esconder su piedad
al asesino de diamantes amigos
verdugo de su última fidelidad.
No ha oído hablar nunca
de los seres ricos en devoción
y eso maltrata ahora su vida,
era aquello en lo que tan solo creía
sin alimentar jamás la sospecha
de que eso le descuartizaría
poco a poco y por cada amistad.*

Isla Tortuga

*Allí, en la Isla Tortuga, allí es donde me perdí
y allí es donde los viajeros, los mercaderes y el diablo
ansían ir a dejarse embaucar por la vida y varar.
Allí es donde se puede encontrar la morada del viento,
sin soplar, en una isla griega suspendida del Mediterráneo
donde un buen día se inventaron los amaneceres
y el instinto de los que no se dejan de besar.
Allí, en la Isla Tortuga, allí es donde no me reprimí,
allí donde no hay tortugas y el raki ¹ rebosa de los vasos
que aclaran las gargantas sin una gota que desperdiciar.
Allí donde respirar cicatriza cual milagroso ungüento,
donde el destino es parar el tiempo en los posos de tu café
y caminar por el puerto es odiar la vuelta al hogar,
sí, es allí, allí es donde sellan para siempre las puertas del averno
y los besos significan deliciosa vendetta al despertar.*

1. Aguardiente anisado de procedencia turca y típico también en Creta, la isla más grande de Grecia.

Oportunidades a tientas

*Amarrado fuertemente al dictado
de una bola de cristal opaco,
habitando sobres blancos
con remite apalabrado en el pasado,
al teléfono su voz...
de sol a sol trabajada la desilusión
y sumisión a un soldado de carmín
en guerra con el corazón
y los besos mercenarios...
háblale de una paz duradera,
háblale de viajar sin fin
y olvidaos de la razón...
solo éste presente es de verdad,
el futuro, vendrá,
y es que pensar estorba si el miedo llega
en esos días en que el viento no sopla a favor...*

*tantos abrazos tienen que dar calor a la fuerza
por muy hecha añicos que esté la piedra
que golpeó fuerte en la cabeza
y fue lanzada a traición por un azar,
nublándoos, haciéndoos dudar,
haciéndoos buscar pelea.
A puntadas de paciencia hilvanando el tiempo
se va tejiendo la tela que araña
miles de segundos a un posible final
y arropa desnudos a los cuerpos
haciéndolos uno y abandonándolos
merced al sostén de un sentimiento
inventado para inventar una oportunidad.*

Retales

*En un pedazo rojo de tela hecha un burujo
guardo el cristal de las lágrimas de una vela.
Empaladas en la melancolía de un viejo credo
sus colores destiñen a retales sobre la tierra.
Exponencialmente crece el tiempo invertido
en un redoblar de campanas pidiendo sofocar
antes de mil años el fuego declarado en el corazón
por el loco amor a un "Dios dirá",
un azul terciopelo y una seda impulsivamente
bordada de pasión escarlata en el pecho.
Recosido, remiendo tras remiendo, andrajoso,
ropajes raídos por el descuido involuntario,
anciano, más que anciano, el abrigo agujereado
por las flechas de un montón de abrazos...
mal vestido, bien amado.*

Brujita de Babia

*No es un hada madrina o un personajillo de leyenda,
es una brujita de fábula tan real como la vida misma,
encerrada en su bola de cristal, castigada
por un amor impronunciable hacia el esclavo
de su magia de colores, que no es magia negra,
es magia desde el principio de los tiempos practicada
y por la cual fue expulsada al país de las maravillas,
Babia, donde sueña con un arca de Noé de hierba,
sin diluvio y con animales llegados de todos los rincones
de la inmensa casa a la que solemos llamar Tierra.
Los conjuros que posee ni los conoce, los aplica a ciegas
consiguiendo que yo siga la estela de su escoba
barriando por completo de mí cualquier rastro de tristeza.
Este encantamiento con fecha de caducidad
aparenta ser demasiado real como para
no empezar a creer en estas cosas.
Que más me da, no voy a echarme atrás ahora,
además, estos hechizos, según tengo entendido,
no se pueden deshacer, se van o no se van,
y no es conocido ningún brujo sabedor de un antídoto
o remedio inmediato carente de efectos secundarios.
Y es que ando convertido en sapo sin ser príncipe
por las charcas de un palacio ya con rey,*

*en un espacio reservado a los que tienen la sangre
de un tono más bien azulado, tirando a plata de ley,
no decolorada por los arrebatos de la falta de estirpe.
Celebraré mi luna de miel la noche de San Juan
encendiendo una hoguera, invocándola por última vez,
aullaré muy fuerte espantando a los gatos negros
que se acerquen a husmear en silencio,
así la retendré, con el pensamiento, versos,
besos y quiebros de voz, muriéndome de sed.*

Reflexiones III

*Mientras lo importante para el que se dedica a estos textos sea ser escuchado
el mundo no habrá perdido a todos sus soldados defensores de lo humano...
la palabra ya es razón suficiente para seguir dialogando.*

Antonio José Quesada

Cuaderno poético del bolchevique sentimental

A modo de introducción
Poesía de aquí y de allá.
Arañada de la naturaleza.
Regalada por el animal que corre entre los arbustos.
Sustraída al bebé que mira el mundo con ojos claros.
Donada por mi perra, con su mejor intención animal.
Sin orden ni concierto.
Mejor dicho,
con escaso orden
y con peculiar concierto.
Destellos de algo.
Detalles elevados a rango de poesía
gracias a una mirada atenta
ayudada
por una potente lupa poética.
Y todo eso,
mezclado, agitado y con su toque de sal,
acaba dejándonos un Poemario caótico.
Escrito en un cuaderno con tapas rojas,
compuesto por hojas de cuadros
con margen a la izquierda.

El bolchevique se confiesa
Cumplimos con nuestra misión:
tomamos los Palacios de Invierno.
Y adornamos todo
con nuestras banderas,
esos rojos trapos.
Y empezó la nueva era.
Y teníamos el apoyo de todos.
Y era precioso amanecer, con todo por hacer todavía.
Sin lastres. Todo era posible.
Pero no todo cambió,
pese a nuestras buenas intenciones
(puede que el hombre, en último término, no tenga remedio).
Y por eso medito
desde mi trinchera.
Con el fusil al hombro, vigilante,
atento frente a los enemigos, por si acaso.
Pero medito.
¿Es todo esto que ahora me rodea
aquello por lo que luché?
¿Realmente?
¿Y ahora qué?

¿Por qué bolchevique...?

Preguntas que por qué bolchevique
y no otra sensibilidad más de moda y menos beligerante
(socialdemócrata, democristiano, liberal,
algo que alarme menos a madres, suegras, sacerdotes e inversores extranjeros).
Pues sí, bolchevique.
Bolchevique porque hay
demasiadas cosas por cambiar y nadie las cambia.
Bolchevique porque hay
demasiados problemas que nadie resuelve y todos miran para otro lado.
Bolchevique porque
alguien debe decir que el Rey va desnudo, ya que todos celebran
los preciosos adornos de sus ropas.
Bolchevique porque alguien debe dar la cara para mejorar todo esto.
Bolchevique. Sí, bolchevique, eso es.

¿... Y por qué sentimental?

Preguntas que por qué sentimental,
cuando tampoco los sentimientos están hoy de moda,
como esa tontería del bolchevismo.
La razón es clara:
todavía me siento el corazón dentro del pecho. Y siente.
Todavía soy incapaz de sumar personas y de ser insensible ante las injusticias.
Todavía sufro al ver un niño descalzo.
Mi bolchevismo no es científico, dogmático,
elaborado con textos sagrados y notas a pie de página
(no necesita a Marx, Lenin y a todos los demás, para ser):
es intuitivo, sentimental, nace de mirar el mundo con ojos despiertos.
Es sentimental, claro.
No podía ser de otro modo: sentimental.

Última voluntad

Cuando yo muera / no quiero flores ni llantos: /
a todos los que hice mal / les pido disculpas /
desde mi nuevo domicilio, /
este agujero a cuatro metros de profundidad,
un sitio perfectamente serio. / Si a alguien hice bien
y me echa en falta, / que sepa que ello me emociona
(es mentira que los muertos no sintamos).
Pero que no me llore nadie.
Es mi última voluntad.

(Poema personal, recogido en mi poemario
“Destellos de una existencia”, Editorial Vitruvio)

Contestación a mi otro yo (¿evolución personal?)

¡Qué inocencia la mía!
(inocencia teñida, a ratos, de egocentrismo).
Llegué a estar convencido de que
alguna vez
alguien
en algún sitio
lloraría mi muerte.

Máscara
Trabajó tanto
para ofrecer siempre un *rictus* serio, amargo,
y así parecer más respetable ante la sociedad,
que acabó lográndolo.
Su mueca se convirtió en su rostro.
Incluso una vez
quiso sonreír
y no supo hacerlo.
Ya no supo.
Ya no era capaz de fingir esas muecas de felicidad.

*“El monte parió una rata.
Y la rata se creyó
que podría parir montañas”*

(José Bergamín, “Duendecitos y Coplas”, 1963)

Lectura o lecturas
Me consta que mis compañeros de trabajo
no leen a Bergamín
(es rojo, feo, cainista, resentido, todo eso
y además
poeta).
No sé si que no lean es bueno o malo.

A cualquier efecto
Se reunieron los más sabios,
es decir, los más adinerados, poderosos e influyentes,
en torno a una gran cena acompañada del mejor vino.
A la hora de los postres, que es cuando se salvan las Patrias,
anunciaron su decisión:
tras mucho meditar,
concluyeron
que la Tierra era plana.
Aplaudieron el descubrimiento y se ofrecieron puros unos a otros, felices,
para celebrarlo.
Me atreví a sugerirles, desde la mesa vecina, que quizá eso no fuese del todo exacto,
y desde entonces me consideraron hombre muerto para ellos.
A cualquier efecto.

Horas extraordinarias
Los poetas no acuden a oficinas
a trabajar cada mañana.
O,
si lo hacen,
no son bien valorados,
pues sueñan demasiado
y
suelen mirar la vida desde el otro lado del espejo.
Pero no pueden descansar.

Los poetas no pueden callar:
tal y como está el panorama,
hoy,
no queda sino hacer horas extraordinarias.

Soldados

He guerreado durante bastantes años.
Los suficientes para saber que
es imposible distinguir
a los jefes enemigos
de los jefes propios.
Hasta en los colores de los uniformes se parecen.
Gestos, actitudes, todo eso.
Y en las condecoraciones (sus respectivas chatarras son intercambiables;
también los pechos viriles y las medallas al valor).
Forman una única carne,
una casta fabricada
para mandar a la muerte
a desgraciados como yo
o ése que tengo enfrente, con parecido uniforme al mío,
apuntándome.

Fulminado

“Un niño de doce años
que se encontraba en el patio del colegio
practicando deporte con sus compañeros,
en clase de Educación Física,
ha caído, de repente, fulminado al suelo y ha fallecido en el acto.
Se le está practicando la autopsia para determinar las causas de su fallecimiento”.
Cuántas veces no habría firmado algo así para mí,
cansado de tanto y de tantos.
Pero en un niño de doce años es injusto:
no tuvo tiempo, siquiera,
de sentir cansancio.

Naturalezas

Qué sabrá de amor
quien nunca lloró por perder a alguien.
Por no poder seguir adelante. Por verlo todo negro.
Quien se limitó a penetrar cuerpos de mujer
de modo sistemático;
en ocasiones, varias veces el mismo, pues hubo suerte y ella accedía.
Qué sabrá de amor
quien no tiembla al pensar
que
si hoy nos decimos adiós
ya no hay mañana,
ya no vendré a verte a como hasta ahora
ni me esperarás más en la parada del autobús.
Que ya no quedaremos citados a la hora que sea
para que llegues diez minutos tarde y corriendo, como siempre.
Hay quien morirá sin saber qué es eso del amor.

Esa habladuría, ese rumor.
Aunque haya penetrado vaginas, cuantas más mejor. Es otro tema.
Decididamente, eso del amor es otro tema.

Problemas de las máscaras

Desempeñé tantas veces el papel de idiota
frente a tantos y tan variados auditorios
que,
finalmente,
acabé convirtiéndome,
también,
en un idiota de pleno derecho.
No abrigo la más mínima duda,
hoy,
acerca de mi elevado grado de idiotez.
Así debo reconocerlo. Por cuestiones de higiene mental.

Psiquiatría

¿Qué Doctor en Psiquiatría
estaría dispuesto
a tratarme
de mi mal?
¿Qué científico querría
dar un paso adelante en su ciencia
a mi costa?
Porque yo así no puedo seguir,
esto va acabar conmigo.
Necesito ayuda.
¿Mi enfermedad? ¿Eso que no me deja seguir viviendo?
Exceso de lucidez.
Un mal mortal o,
cuando menos,
crónico,
como todos sabemos.

Acto solemne

No puedo negar mi inquietud en todo momento.
Pero al final se desarrolló adecuadamente:
me disfracé de decente, para la ocasión,
recité los textos imprescindibles con mi mejor dicción
y solicité las venias oportunas de costumbre
en los momentos acostumbrados.
Ellos se ajustaron sus dentaduras postizas
y decidieron que,
pese a los excesos propios de mi juventud,
pasaba la prueba.
Como otros antes que yo,
y
como los que me sucederán cuando les corresponda.
Levantaron la sesión y pasé a ser otro más del grupo. Uno de tantos.

Perspectivas

Derechos / Caridades.

Libertades / Abusos.
Democracias / Falseamientos.
Justicia / Desorden.
Igualitarismo / Mentira.
Igualdad / Recomendación.
Sin Dios / Dios Padre.
Ética / Demagogia.
Sin patria / Unidad de destino en lo universal.
Libertad de opción sexual / Vicios.
Represión / Orden.
Tantas perspectivas...

*“Si dices que eres poeta
voy a tener que decirte
que te quites la careta”*

(José Bergamín, “Duendecitos y Coplas”, 1963)

Como de costumbre

Como de costumbre
un poeta nos induce a pensar.
Por eso se lee poca poesía.
Pero no podrán con ella.

Habla

Ya sé, poeta,
ya lo sé.
Que lo tuyo es
el amor, el deseo, la pasión y todo eso
(perdón:
el Amor, el Deseo, la Pasión y Todo Eso).
Ya lo sé.
Pero
algo tendrás en tus cuadernos poéticos,
digo yo,
sobre injusticias, infidelidades, mentiras y lo demás.
Con minúsculas, al menos. También sirve.
Quiero pensar que
en algún momento habrás levantado tu pluma contra algo de esto.
Habla, poeta.
En estas circunstancias
no tienes derecho al silencio.
Habla.

Injusticia

¡Dios santo, qué desperdicio!
Obligar a un poeta a enseñar
arrendamientos urbanos o rústicos
a adormilados aspirantes a algo serio en la vida.
¡Qué desperdicio, por los clavos de Cristo!
Artista, ¿por qué todo esto?.

Debieran permitirte
jugar con las palabras,
crear,
no obligarte a encadenar tecnicismos jurídicos en veloces lecciones.
Perdiendo tu tiempo. Esto no se hace, no hay derecho.
¡Dios santo, qué desperdicio!

Restos humanos

Quisiera cantar al Amor,
a la Pasión,
al Deseo
y a todas esas cosas del Alma
que hacen más feliz la existencia
(los sentimientos, esas cosas del Alma).
Pero no recuerdo cómo eran.
Ya no.
Hace tanto tiempo de todo aquello...
Es triste convertirse en un resto humano,
en un despojo de sí mismo.

Eso que quedó atrás

Pocas cosas hay más serias en esta vida
que
las lágrimas de un exiliado
cuando escucha la música de su tierra perdida.
Y recuerda todo eso que tuvo que dejar atrás
y
que puede que no recupere, ya, jamás.

Ateísmos

Hoy asimilé la diferencia entre
un ateo católico
y
un ateo judío.
Hasta para no creer hay que determinar
con respecto a qué no creemos.
En este mundo complicado ya no basta con haber perdido la fe,
cualquier fe.
Sería demasiado sencillo.
Hay que enseñar tu árbol genealógico de divinidades.
Hay que llevar el cordón umbilical bien visible.

Tipos de lagunas

Es preferible tener
lagunas en la memoria,
con todo el problema que generan,
antes que lagunas en el alma.
Éstas son demasiado peligrosas.

*“Se me han cansado los ojos
de mirar y los oídos
de escuchar, y el alma toda
se me cansa en los sentidos.
El corazón se me cansa
de latir siempre lo mismo.
Se me cansa de soñar
el pensamiento dormido”
(José Bergamín, “Apartada orilla”)*

Desengaño anunciado del bolchevique sentimental

¿Hasta cuándo seguiré
apoyando apasionadamente revoluciones
para después disentir, porque aquello que vino
no era
eso que yo pretendía?
(no se modificó nunca la mentalidad de los hombres,
nada bueno podíamos construir).
¿Hasta cuándo levantando banderas rojas
para que otros administren la Victoria?
¿Cuándo asimilaré que el hombre
no tiene remedio?

Cosas que pasan

NOTA INTRODUCTORIA: ESE TÍTULO...

“Son cosas que pasan”, solemos decir cuando algo parece inevitable (o casi). También cuando no sabemos qué decir y queremos salir del paso.

Presento los cuatro relatos que incluyo bajo este título confesando que, como el lector comprobará, éstas que cuento son, realmente, cosas que pasan. Un creador puede sentirse en crisis, en algún momento Internet puede convertir en triunfadores a seres grises que no son capaces de seguir su Paseo de la Victoria cuando terminan la sesión, un profesor algo distraído puede dejarse el material pedagógico en casa, y alguien puede querer entrar en la casa de Gran Hermano para promocionarse, como tantos otros. Son cosas que pasan, ¿no creen? De lo más comunes hoy día.

En fin, que no debemos asustarnos ya de nada a estas alturas de la película. Como dice el título, son cosas que pasan. Que las disfruten con salud, queridos lectores.

CRISIS

“... Sí, estoy cansado
y un poco sonriente
de que el cansancio sea sólo esto:
ganas de dormir en el cuerpo,

deseo de no pensar en el alma
y por encima de todo una transparencia lúcida
del entendimiento retrospectivo...
¿Y la lujuria sin par de no tener ya esperanza?”
(Álvaro de Campos, ese heterónimo lúcido del no menos lúcido Fernando Pessoa)

“Soy candidato tanto / al trono del universo / como a las esposas”.
“Miradme: / estoy clavado al papel / con los clavos de las
palabras”.
(Vladimir Maïakovski, “La flauta de las vértebras”)

Cada vez que llegan estos días, la verdad, siento cómo se me cae el mundo encima. Por lo que me queda por pasar y por todo lo que vendrá después, ya que nunca sabes cómo terminan estas fases. Todo lo malo que pueda rondar en tu vida acaba llegando como si lo hubieras citado para una reunión a la que no pueden faltar (escritos mejorables, malas imágenes de ti, acusaciones de plagio, rechazos editoriales y personales...). ¡Qué de tonterías hago en estos días para que las maldades que me rondan en la cabeza no me impidan seguir adelante! Sabes cómo comienzan estas fases, pero nunca como acaban. ¿Saldré adelante esta vez?

Incapaz de escribir una línea. Ni prosa, ni poesía, ni artículo de opinión, ni nada de nada. Un cuerpo con ganas de dormir y un alma con ansias de no pensar, como ponía Pessoa en boca de Álvaro de Campos. Soy un vegetal intelectual que sobrelleva el día como puede, porque ha decidido pasear por las empinadas calles de su alma y se ha propuesto, pese a la tormenta metafísica y al mal tiempo existencial, llegar por la noche a casa sin la más mínima salpicadura intelectual.

Supongo que sufrir estas fases es frecuente en alguien que se dedique a crear, que a todos les pasa. Bien, lo admito. Que unos lo sobrelleven mejor y otros peor. De acuerdo, también lo entiendo. Pero eso no convierte en más ligera mi angustia. Me siento tan insignificante en estos momentos que llego a plantearme qué hago realmente en la vida, además de respirar y comer varias veces al día (unas veces mejor, otras peor). ¿Merece realmente la pena eso que hago?, pregunta que, debido a que soy malévolo, me conduce a si realmente merece la pena mi vida o, incluso, la vida en general.

¿Resultado imprescindible para algo o para alguien? ¿No sería todo igual, o incluso mejor, sin mi presencia? Ahondando algo más, si la fase es especialmente aguda, me planteo qué es la vida: venimos de la Nada, volvemos a la Nada, y mientras estamos aquí nos dedicamos a matarnos unos a otros para trepar socialmente y poder amasar dinero y poder. Así, seremos bien mirados en todas partes, podremos dejar propinas generosas en los restaurantes y las mujeres más guapas querrán tenernos cerca y podremos penetrarlas. ¿En qué clase de lío me metieron mis padres?

Soy despiadado conmigo mismo: llevo demasiada literatura y demasiada filosofía existencialista a la espalda (y bien asimilada) como para engañarme. No soy ya ese niño de cinco años al que llevabas a misa para que Dios le arreglase sus problemas desde las alturas celestiales. No, no es así, no. Esto no va así.

Lo paso muy mal, por tanto, en estos momentos. No es agradable tener que meditar, en soledad, sin nadie a quien engañar, acerca de si realmente eres útil para algo. Te han tenido que poner demasiado contra las cuerdas para llegar a esa situación, cara a cara contigo mismo. Estamos demasiado acostumbrados a utilizar eufemismos como para afrontar nuestra mísera existencia con palabras tan descarnadamente reales: en último término, ¿necesita la Humanidad que yo siga respirando?

Además, y ésta es otra, es muy difícil ser trascendente sin creer en un Dios: sería distinto si existiera Algo, aunque fuera ese protagonista de la novela semi-anónima que titularon Antiguo

Testamento. Ni siquiera pido ya a ese Dios joven y amable que se diseña en el Nuevo Testamento y que hoy sería responsable de alguna ONG y reclamaría el 0'7 ése (es imposible en este mundo que habitamos, no sobreviviría ni tres días). A estos efectos me vale hasta ese Dios cruel, el de las barbas largas y mirada dura, el que gusta a las jerarquías de todas las iglesias, clericales y laicas, porque fija claramente quien manda y quien obedece. En ese caso, existiendo un Más Allá de este Más Acá que me tocó en suerte, podría diseñarme algún tipo de actividad predestinada o trascendente. Pero ya sería curioso que un ateo como yo se autodiseñase una misión trascendente para vivir feliz. De ahí a depender de los horóscopos o de las líneas de la mano puede haber un paso, y no estoy dispuesto a darlo. Para eso me busco un Dios y ya está, asunto concluido.

¡Qué duro es no tener un Dios en estos días!. Claro, que si no tengo ni perro ni gato, ¿cómo iba a tener Dios? Pero ya es temerario salir hoy a la calle sin Dios, con lo que llueve, metafísicamente hablando, ahí afuera. Debería ir alguna tarde a la sección de Divinidades de El Corte Inglés, a ver si les queda algo que le siente bien a mi alma, aunque sea de saldo. O igual espero a las rebajas, que un 15 % de descuento suena muy bien a la hora de hacer las cuentas.

Me siento incapaz de escribir una línea más. Incapaz de un nuevo verso. Incapaz de un nuevo artículo. Incapaz de un nuevo capítulo de la novela de turno. Incapaz hasta de leer algo serio, y me tengo que conformar con mirar las fotografías de los libros que saco de biblioteca (son demasiado caros para comprarlos yo). Ahora miro y remiro uno de Kafka, que en este momento es la persona menos indicada para levantarme el ánimo, como pueden imaginar. Que Dios, que no existe, me ayude.

En esos momentos sólo me apetece mirarme el ombligo del alma y meditar vagamente: si mi misión aquí es escribir (¿misión? ¡Uy, uy!, en el fondo soy un cristiano inverso con destellos de jesuitismo), y no soy capaz de escribir, ¿qué pinto en todo este tinglado que llaman vida? Es terrible: llegar a la conclusión de que uno es perfectamente prescindible para el resto del mundo es algo duro de asimilar.

Desde fuera no se creen que yo sufra estas fases. “Tú, con lo bien que escribes, no tendrás ni dudas cuando te sientas a trabajar”. Piensan que para mi es sencillo, que me siento a las nueve de la mañana y me levanto a la una, después de haber escrito todo lo que se me ocurriera de una tacada, directamente, como quien escribe a su prima del pueblo (todos tenemos alguna prima en algún pueblo, hagamos memoria y acabará saliendo...). Incomprendido. Nadie dijo que esto fuera fácil.

Si fuese el hijo de un prestigioso abogado, empresario o médico que se hubiese hecho cargo del negocio familiar, mi vida tendría un sentido desde que nazco: mantener el status adquirido por los míos y conservar apellidos, dineros, propiedades y sirvientes para transmitirlos a mis descendientes, que seguirían mis pasos. Pero mi antepasado soy yo mismo: labro mi camino como quiero, un camino tan lleno de espinas y zancadillas como es el de las letras. Si no sirvo para lo que hago, si me aburro o si me amargo, ¿qué hacer entonces? No tendré a un mentor que me diga, pasándome el brazo por la espalda “hijo mío, no te preocupes, que éstas son cosas que ocurren. Hay días en que todo lo ves negro. A mi me pasa todavía. A tu abuelo le pasó. Y a tu bisabuelo...”. Y seguiría trepando por el árbol genealógico, para tranquilizarme con las batallitas de ese señor con largos bigotes puntiagudos que, una vez, decidió fundar aquello que hoy teníamos y que se ganó el derecho a estar colgado en la pared del salón de casa, con esa mirada de hace muchos siglos que vigila cómo va todo (y confirma que todo va bien; como siempre). Como me he hecho a mi mismo, mi mentor soy yo mismo. Y nadie es capaz de pasarse el brazo por su propia espalda, salvo un contorsionista. Y no es mi caso, al menos en sentido estricto.

Cuando estoy especialmente afectado, recuerdo anécdotas duras de los más grandes escritores a los que admiro, y eso me ayuda. Recuerdo cómo a Benedetti le definieron, en su cara, su primer poemario publicado como “un mal libro, pero no se preocupe, es un mal libro de un buen poeta”. Tenía futuro pese a todo, según se ve. Recuerdo también el fracaso de aquella lectura de “En la colonia penitenciaria”, donde el escaso público huía ante la mirada fracasada de Kafka. O

cómo a García Márquez le dieron su primer revolcón editorial con “La hojarasca” (novela, por cierto, que me encanta, cada uno tiene sus gustos). Ya sé eso que dicen de “mal de muchos...”, y es obvio que yo no soy Benedetti, Kafka o García Márquez, pero confieso que en esos momentos me anima saber que los grandes de las letras también sufrieron reveses y supieron sobreponerse. A Joyce, la editorial de Virginia Woolf le devolvió el Ulyses porque no terminaba de gustarle a la Woolf. Casi ná...

Envió “Gabo” la novela a la Editorial Losada y no sólo fue rechazada, sino que recibió una carta demoledora de Guillermo de Torre, a la sazón cuñado de Borges, el ciego guardián de la cultura que caricaturizara Eco en “El nombre de la rosa”. Llegó a la redacción de El Heraldo, donde trabajaba, totalmente destrozado, y quiso hablar con Fuenmayor lejos de oídos indiscretos, en una tienda del mercado próximo. Allí fueron, y entre carniceros que bebían cerveza festejando sus cosas, sacó la carta y le pidió a su amigo que la leyera. Quedó helado: el visionario cuñadísimo, pese a que reconocía cierta poesía al autor, le descalificaba como escritor, negándole cualquier futuro, y le sugería que mejor se dedicase a otra cosa, que para esto no servía. La consecuencia fue que “Gabo” cayó enfermo. Confesaría después que si su vocación de escritor no hubiese sido tan intensa, habría abandonado para siempre la literatura. Menos mal que era intensa, por el bien de las letras, y no hizo caso a ese visionario negligente. Rumorean que Barral dijo que no a “Cien años de soledad”, pero el interesado, desde detrás de sus barbas, lo niega y se oculta detrás de su capa, para que no le molesten más. En fin, ¡qué más da!. “Gabo” es y será uno de los más grandes, pese a quien pese.

Me sube la moral esto, lo reconozco. Yo también tengo mis viejas cartitas de editoriales, cartitas que me decían que no con mucha educación, como hacen las mujeres que tienen estilo. Siempre recordándome que era un gran escritor aunque quedaría inédito, pues con ellos ni agua. “Sentimos comunicarle que finalmente hemos decidido no incluir su obra en la previsión editorial. Es algo que lamentamos y que se debe más a consideraciones de saturación en la programación que a un juicio literario”. Qué contrariedad, ¿verdad? O bien otra, ésta más coloquial pues la editorial era más pequeña, y me tuteaban: “Lamento decirte que, en opinión de la mayoría, otras obras de entre las recibidas han obtenido una opinión más favorable que la tuya con vistas a incluirlas dentro de nuestras publicaciones del año que viene (un máximo de cinco publicaciones entre narrativa, ensayo y poesía). Siempre considerando que nuestra opinión es cuestionable (¡menos mal!), nos ha parecido que tus relatos están bien escritos, con ritmo y pulcritud (¡muchas gracias!), habiéndonos gustado unos más que otros (sobre gustos ya se sabe...). Te agradecemos que te hayas dirigido a nosotros y te deseamos la mejor de las suertes literarias”. En fin, después de lo que las editoriales pensaban de mi llegué a la conclusión de que tenía unos escritos excelentes que, desgraciadamente, seguirían inéditos. Por una razón o por otra nunca era la calidad lo que fallaba, ya lo ven, pero nadie quería publicarme. Es lo que nos pasa a los grandes genios malditos, claro. Toda una pena, en cualquier caso.

Pessoa tomaba con sentido del humor eso de que no publicaran sus cosas. Era un maestro. Su amigo Montalvor acudía a la oscura oficina donde el Maestro vegetaba por las mañanas para poder comer por las tardes, y le decía “Fernando, es un crimen que sigas siendo desconocido”, a lo que Pessoa respondía, con esa mirada tan de vuelta de tantas cosas que le caracterizaba, “Paciencia. Cuando me muera encontrarán baúles llenos de textos míos”. Insuperable, escondido detrás de sus gafas y de su gabardina, se colocaba el sombrero, daba media vuelta y se iba. Y pasaba (o paseaba) como una sombra, por Lisboa y, de paso, por la vida. Cuando yo muera no sé qué encontrarán. Deudas, seguramente, y algún que otro desengaño. Pero quisiera creer en otra vida para, desde ella, ver qué pasaba aquí después de mi muerte. Me resulta morboso saber quién me llora de verdad y quien baila sobre mi tumba. Me da igual ser olvidado, pero hay algo que sí me preocupa (y a veces, me obsesiona): como después de mi muerte, alguno de estos hijos de perra que hoy me dicen que no, decida que mis escritos no eran tan malos y se lucre a mi costa, convirtiéndome en un muerto rentable (¡otro más!), me aparezco en su despacho y lo arrastro de los pelos por toda la editorial. Pensar eso en estos momentos me hace daño, lo reconozco. La gloria póstuma está bien para tus biógrafos,

que así te crean un aura que les sirve para vender sus libros y comer a tu costa. Pero a ti ya te da igual, claro.

Oír música tendido en la cama, mirando al techo. Ésa es mi gran ocupación durante estas fases. Incapaz no sólo de escribir, sino de leer algo serio, debo dedicarme a reponer del todo a ese fingidor que llevo dentro y que emborriona folios para que los lean otros. Para que el espectáculo continúe. Si es eso lo que quiero, claro, que ya tampoco lo sé con total seguridad. Pero siento miedo: miedo de que llegue el día en que no tenga nada que decir o que escribir. O no tenga ánimos para seguir.

Mi esposa, ¡madre mía!. En estos momentos es cuando más me afectan sus comentarios, no puedo negarlo. Insistente, tenaz, todavía no ha aprendido a respetar mi necesidad de soledad cuando me siento así. Para ella nunca sufro un momento bajo, ni el resto del mundo descansa en su péfido afán por separarnos. A veces tengo la impresión de que, en esencia, puede que ni la entienda yo ni me entienda ella, ni la acepto totalmente ni me acepta totalmente. Me ama pese a todo, es innegable. Pero tiene la virtud de poder encontrar a alguna mujer interesada en mí detrás de cualquier esquina, y eso acaba cansando. Sobre todo cuando tienes la cabeza ocupada intentando recuperarte para el mundo de los vivos.

Basta un saludo que le parezca algo más afectuoso de lo normal para que la mujer en cuestión pase a convertirse en una potencial loba dispuesta a romper un matrimonio. A mí, habitualmente, me hace gracia el tema, pues jamás en mi vida hubo más mujeres interesadas en mí que desde que ella está a mi lado. Pero en estos momentos me cansa, la verdad. Me hace sentir miserable, un infiel negligente, un aprendiz de canalla que no termina de saber en qué trinchera se queda, cuando puede que se haya perdido ya hasta la línea del frente.

El cine también viene bien en estos momentos: te sientas a vegetar delante del televisor, te pones tu película y que te cuenten lo que sea. La última película que he visto en esta situación en la que soy un cuasi-hombre es "Doctor Zhivago". Leerlo fue un placer, pero ver la película no es poco tampoco. Estos rusos no tienen arreglo: cuando les das papel y lápiz te montan un novelón de setecientas páginas escrito como los ángeles. Aunque mejor es eso que no dedicar esas páginas a inservibles tratados de economía planificada o ciencias físicas o químicas, a lo que también son muy dados.

Pasternak fue un tipo grande. No es verdad eso de que a partir del siglo XIX en Rusia sólo hubiera plagio y campos de concentración. Alguna vez he escrito eso para ser chispeante, pero no es cierto. Qué duda cabe de que cayó algo la calidad, pero tampoco fue un paseo por la estepa, sino que se dejaron grandes obras.

Sentarme a ver cómo Omar Shariff mueve el flequillo por toda Rusia detrás de Lara me relajó. Pero en esa época también se hacía una revolución, y la hacían hombres. Es decir, que todos tenían sus vicios y sus compromisos, sus amantes y sus fanatismos. No podía salir bien, claro, porque todo lo que toca el hombre acaba podrido, por muy noble que sea.

El suicidio. A veces me lo planteo, es una salida. Hay que ser muy valiente para ser tan cobarde, pero es una salida. Nunca he leído nada sobre el tema, porque no pretendo recitar bibliografía al respecto, sino simplemente solucionar mis problemas personales. Pero sí que le he dado vueltas, y he llegado a la conclusión de que hay únicamente tres cuestiones que me impiden suicidarme. En primer lugar, me da miedo el dolor, y temo sufrir al darme muerte. Lo reconozco: no soy ningún héroe, me da pavor sufrir. No temo a la muerte, pero sí a agonizar. Sentir una soga quebrar mi cuello, morir bajo el agua con los pulmones llenos de líquido, estrellarme en el suelo después de una caída libre, estallando, darme un tiro en el cielo de la boca oirme de este putó mundo tras abrir la llave del gas, dejando olor en todo el bloque. Son actividades, todas, que me aterran. Porque todo eso no es indoloro, y siempre pienso qué me pasará por el cerebro en el momento culminante: ¿sentiré algo? ¿Será doloroso? Si me asegurasen que cuando yo quisiera morir bastaba con evaporarme y convertirme en agua, por ejemplo, lo hubiera hecho en varias ocasiones ya. Pero no es así, por lo que sigo aquí, devanándome los sesos por todo y aguantando

el temporal. Ganando un Cielo en el que no creo, por lo que no existe para mí (los ateos no vamos al Cielo, si es que hubiera algo allí arriba).

Por otra parte, siempre tengo la esperanza de que todo mejorará. Es como una especie de instinto de supervivencia social: todo mejorará con el tiempo, luego no debo irme tan pronto. Mentira: con el tiempo sólo mejoran el vino y la madera, y tampoco siempre. Sólo si su calidad es ya excelente. El resto de cosas o sentimientos (los sentimientos, esas cosas del alma) se pudre. Y yo sigo en la trinchera, aguantando la balasera, que diría un mexicano. Y sintiendo cómo todo (incluido yo) se pudre a mi alrededor.

Además, tengo una tercera razón, y es que siempre estoy leyendo un libro que me apasiona lo suficiente, en cada momento, como para querer terminarlo. Así que me digo “bueno, termino el libro y después me mato”. Pero siempre acabo abriendo otro libro. No soy un ser vivo y alegre, sino un suicida deficiente, un muerto que no termina de morir, un superviviente a mi pesar. Una sombra.

Pero también soy consciente de que, aunque yo lo pase mal, los grandes escritores, en muchos casos, lo han pasado mucho peor y han escrito sus grandes obras. Así que mejor no echar balones fuera y reconocer que, posiblemente, no tenga yo ese genio.

Hay lecturas que marcan, y hay lecturas para determinados momentos y no para otros. Cada vez que me vienen estas fases, suelo tener a mano “La gaviota”, de Chéjov, y me hace bastante bien en el alma. Alguien capaz de escribir lo que sigue debe ser grande, necesariamente: “El que no quiere nada, ni espera nada, ni teme nada, no puede ser artista... El que esté sinceramente convencido de que los objetivos más altos son tan superfluos para un hombre como para una vaca, y que toda nuestra desgracia reside en tener tales objetivos, no tiene más que comer, beber y dormir, y cuando se harte de todo eso, tomar carrerilla y partirse la cabeza en una esquina...”. A veces recuerdo a Chéjov y yo también busco mi esquina.

“La gaviota” me sirve y mucho. Básicamente porque Konstantín Gavrílovich Trepilov tiene el valor que a mí me falta y se suicida al final. Y al leer ese final es como si yo, cobarde por naturaleza, también me suicidara un poquito, y me siento más a gusto con mi alma temblorosa. Chéjov es valiente por mí y eso me reconforta. A estos efectos, me sirve. Soy como esos nostálgicos que no fueron capaces de hacer su revolución y se suben, emocionados, al carro de otra revolución que triunfó gracias al trabajo de hombres más valiosos que él. O más lanzados. Pero ello no quita para que celebren como propias esas gestas. Sin tener que sufrir las consecuencias de sus teoremas, además. Es fácil sentirse sandinista sentimental, viviendo en un chalecito en Alhaurín de la Torre, sin saber lo que es cortar caña, pasar hambre o agachar la cabeza ante los tiros de la contra. Pues eso.

También me identifico con algunos comentarios de Trigorin, como cuando alude a su obsesión por escribir como un deber y anota todo lo que se dice allí donde está, siempre al acecho de la palabra distraída. O como cuando confiesa que le resulta insoportable leer sus textos cuando están ya escritos, pues siempre los considera erróneos o mal escritos. Es descarnado: confiesa que “no me gusto como escritor”. ¡Cuántas veces me he preguntado, en una librería, si yo pagaría lo que cuesta alguno de mis libros!

Además, gracias a Irina Nikoláievna Arkádina sé que soy algo envidioso: “A las personas sin talento, pero con pretensiones, no les queda más que criticar a los verdaderos talentos”. Puede que algo de eso esté en la base de que me haga tanto bien leer sobre los fracasos de los grandes escritores. Por cierto, también a Chéjov le dieron de lado: “La gaviota” no fue un éxito hasta dos años después de que su estreno. Casi abandona la literatura...

Definitivamente, “La gaviota” es un punto de referencia para mí en esos momentos negros que tengo de vez en cuando.

Nadie me dice la verdad cuando estoy en esta fase. Me siento como ese enfermo incurable al que todos mienten para que muera feliz, sin terminar de ser consciente de que se está despidiendo de todo y de todos. Aunque, en el fondo, me ocurre lo que a aquel moribundo que es visitado por un amigo que, en su afán por animarle, le dice que le encuentra mejor. El moribundo, intuyendo todo, contesta “¡ah, entonces es que muero sano!”.

Algo así. De esa forma me sentí también, por ejemplo, el día en que defendí mi Tesis Doctoral, lo recuerdo perfectamente. Porque yo soy Doctor en Ciencias Políticas, aunque ni me sirva para nada ni me sienta orgulloso de lo que hice, claro. Sólo la Base Teseo se traga que yo mereciera ese grado. Y el Rectorado de la Universidad, que certifica que yo hice todo aquello y así de bien a los efectos que sean oportunos.

Mi trabajo se titulaba “La transición española a la democracia: estudio comparado”, y era una tesis bastante deficiente. No creía en lo que hacía, ya estaba envenenado por la literatura y este saber reglado y con notas a pie de página se me caía de las manos. Terminé el trabajo como pude, pese a mi director de tesis (que corregía hasta las correcciones de sus correcciones ya corregidas), pese a mis compañeros de departamento (que temían que yo quisiera optar a alguna de sus plazas en algún momento), y pese a mi mismo, que veía cómo desperdiciaba mi tiempo rehaciendo una investigación que no me interesaba lo más mínimo. ¿Por qué pasar las mañanas leyendo los plagios de uno y de otro para construir, por las tardes, mi propio plagio? ¿Por qué no escribir un poema, vivo, libre, sensual? Y es que ya lo decía Sciascia: sin esperanza no pueden plantarse olivos. Salen acebuches, lo sabe cualquier agricultor por inexperto que sea. Obviamente, el tribunal de tesis criticó con dureza mi trabajo, me dio la enhorabuena por tan excelente obra y le concedió la máxima calificación. Luego comieron todos a mi costa, como es costumbre. Pero toda la parafernalia académica no mejoraba un ápice la porquería que les había mandado encuadrada y por correo para que ellos la evaluaran.

Después de eso dejé la universidad: ¿para qué arrastrarme más?. Había agotado al mal investigador que llevaba dentro y ya era suficiente. Cogí mi acebuche y me marché para no volver. No tenía futuro universitario, además: en primer lugar, porque me tenían que sacar una plaza y no estaban por la labor y, en segundo lugar, porque debía seguir trabajando, en esa biblioteca triste, sobre temas muertos o moribundos. Y me sentía incapaz de encorsetar el torrente literario que llevaba dentro en el marco de investigaciones dirigidas por un catedrático, que corregía con bolígrafo rojo mis tonterías contrastadas. Y debiendo sortear, en todo caso, las zancadillas de mis compañeros. “Que se repartan ellos el pastel”, pensé y me fui por donde una vez llegué, sin esperar siquiera si iban a hacerme profesor.

Tras la lectura de mi tesis me quitó un peso de encima: todo ese tiempo vegetado no era en balde, y había dado un raquítico fruto. Ya era Doctor en algo. Pero no era feliz: comencé a vagar solo por las calles más solitarias y peligrosas de la ciudad, sólo para olvidar aquel acto solemne. Cuando agoté mi ciudad, cogí el hábito, para pensar e ir siempre de incógnito, de tomar autobuses e ir a los pueblos de la provincia a pasar el día, comer cualquier cosa y vagar solo con mis penas auestas. Doctor andante y solitario. Preciosa libertad: llegar a la estación de autobuses y tomar el primero que salga, para donde sea. Sin rendir cuentas. O ir a Granada, a pasar frío, ver librerías y admirar obras de arte. Pasear, pensar y no ver a nadie: ideal.

Aún recuerdo cómo todos me decían ese día que había estado brillante en mi exposición, cuando yo sé que no estuve tan bien. Cortesía universitaria: no me podían ver, pero no me iban a decir a las claras la birria que hice (sólo lo repetían en privado, entre ellos). Aunque me consta que se alegraron mucho del espectáculo que ofrecí. Más se alegraron cuando me fui, claro: un rival menos al que zancadillear en la carrera desbocada hacia los puestos de arriba. Como aquel monaguillo que se alegraba por la muerte del Papa, porque pensaba que todos subirían un peldaño en el escalafón. Aunque aquí la alegría era para todos: para los que estaban por encima de mi y, sobre todo, para los que estaban debajo, que alguno había. ¡Uno menos!. ¡A más tocamos!.

¿Cómo me veían los demás hasta que triunfé? Buena pregunta: cuando pasaba una racha de éstas me venía a la mente reiteradamente, unida a la duda de qué podría haber sido mi vida si hubiese tomado otro rumbo. Una vez leí en algún sitio que era muy útil saber cómo pensaban de ti los que te rodeaban, porque te permitía parar los puñetazos o, al menos, saber de dónde o cómo te vendrían. Creo que lo leí en “El Padrino”, pero reconozco que lo he adobado con mi verbo en día de gracia y suena mejor que como lo leí. Pero a lo que iba: si pienso en cómo me veían los demás antes de triunfar (triunfar relativamente, claro), la verdad es que el resultado es poco edificante. Y en momentos como éste, obviamente, como todo lo malo, ese pensamiento

llegaba veloz a su cita en mi mente, cita destinada a machacarme como persona. Inevitable: dice el refranero, que es tan versátil como para sugerirnos, a la vez, que “al que madruga Dios le ayuda” y “no por mucho madrugar amanece más temprano”, que “a perro flaco todo son pulgas”. Pues a ese perro raquítico que soy yo le venían más pulgas de la vida.

Yo venía a ser una mezcla de vago, soñador, trabajador, vividor y caradura con material bibliográfico. Un analfabeto ilustrado. Un culto ignorante. Un metódico vividor. Un responsable ilusionado. Un divertido riguroso. Un bon vivant académico. Una pura contradicción condensada en un metro y setenta centímetros de todo eso que dicen los libros de medicina que en realidad somos (agua y alguna cosa más).

La verdad es que era un ejemplar curioso, a medio camino de todo. No trabajaba tanto como los opositores, es evidente, pero estaba todo el día con mi tesis, no como mis colegas que trabajaban para empresas, que terminaban su jornada laboral y podían ir al cine. Estaba siempre trabajando, pero por otra parte siempre encontraba tiempo para descargar mi vena literaria. Era un soñador sometido a una disciplina de trabajo dura, o un riguroso investigador con destellos poéticos.

Mi familia nunca entendió eso de la tesis, y realmente pensaba que era una excusa para no trabajar ni buscar trabajo. Para ellos, yo no era sino un alegre caradura que sabía sacarle dinero al Ministerio de Educación haciéndole creer que investigaba como loco y no que gastaba mis mañanas, en realidad, tomando café en el bar de la facultad y persiguiendo alumnas de buen ver. Tengo un hermano que opositaba para ser diplomático y que siempre se preguntaba, angustiado, cuándo volvería yo al buen camino, al estudio, al redil académico, y haría algo de provecho en la vida, opositando para algo, como él, que se estaba labrando un porvenir.

Mis colegas de promoción siempre pensaron que en la universidad nunca ganaría dinero. Con razón. ¿Cómo alguien con mi expediente académico no opositaba a algo para tener un sueldo de por vida? No podían entender que yo necesitaba mis paréntesis literarios, que para mi la vida debía ser más que memorizar temas de algo para recitarlos ante un arrugado tribunal que ni necesitaría oírme para suspenderme otra vez por falta de contenido.

Para mis amigos opositores yo era un caradura simpático, como pensaba mi familia, un vividor que se había buscado un buen trabajo donde no se daba ni palo, no se cobraba mal y estaba bien visto socialmente. Y además, perdía el tiempo a mi manera, claro. Con literaturas y esas cosas menores.

Para mis compañeros de trabajo, yo era un soñador que nunca llegaría a nada en la universidad, porque siempre estaba pensando en mis cosas literarias y no conocía a la gente del Rectorado, que eran los que me podían ayudar a tirar para adelante.

Leyendo y escribiendo, de ese chico no era posible hacer carrera. Si en vez de a escribir hubiera dedicado mi tiempo a trepar en alguna cofradía, a seguir activamente la liga de fútbol, la temporada taurina o a asistir a grupos de confirmación, todo hubiese sido diferente. Pero era un desgraciado que iba por ahí ofreciendo versos y artículos en vez de trabajar. Un soñador que no encajaba en el Departamento, que alguna vez llegó y alguna vez se iría, como vino. Con las manos en los bolsillos, un cigarro caído en los labios y la mirada perdida, preguntándose acerca de todas esas injusticias que vivió hasta el día inmediatamente anterior a ése.

Para los escritores yo era un tipo raro, un bicho sometido a horarios rígidos, algo incompatible con el mundo de los sueños literarios. Un extraño incapaz de trasnochar, porque mañana a primera hora tenía clase con los chicos. Un profesor de universidad aburrido de dar clases que no quería impartir a alumnos que no deseaban oírle y que descargaba sus frustraciones en folios de cuadritos. Un soñador a tiempo parcial, un aprendiz de bohemio. Nadie.

En fin, una especie a medio camino de todo, que tenía todas las papeletas para no ser entendido por nadie y para que desde todos los sitios me cayera alguna torta. Por la razón que fuera. Esto era lo de menos: las había por todas partes.

Admiro a Vladimir Mañakovski. Era un tipo grande, y lo suficientemente lúcido como para suicidarse. ¡Bravo, Maestro!. Si tuviera algo de valor te acompañaba, Poeta, proletario del cuerpo y del espíritu, idealista de revoluciones que puede que existieran alguna vez. Tú mismo eres una fábrica, compañero de las palabras y de las métricas. ¿Qué hacer con el infierno que llevamos dentro?. Ponerle el punto y final, compañero rapsoda, supiste hacerlo: levantaste tu cráneo lleno de poemas para mirar al cielo, y comprobaste que todo aquello no era lo que alguna

vez soñamos. De repente, todo era en blanco y negro. Mejor reconocer que, pese a que lo hicimos lo mejor que pudimos, no fuimos capaces de asumir tanta tarea. Amén, compañero suicida. Una pena que no creyeras en Dios: tampoco irías a su Cielo, pero al menos hubieras podido ir al Infierno con conocimiento de causa. Allá ellos, que se repartan lo ultraterreno como quieran, o como digan sus libros sagrados, éstos que de vez en cuando miran para malinterpretarlos adecuadamente y sacar provecho económico de la lectura. Nunca les falta un fino intérprete que lea y relea de tal forma que no haya que pensar en cambiar el mundo, con el Cristo de los Evangelios, sino obedecer al Dios barbudo y malhumorado del Antiguo Testamento, que es el que manda, para que todo siga igual.

¡Qué importante es tener dinero en esta vida! ¡Qué mal camino llevo, y soy consciente de ello!. Dinero es igual a Poder, y Poder es Vivir. Si yo tuviera dinero se me habría mirado de otra forma en la vida, de eso estoy seguro (esto ya lo aclaró Quevedo en versos insuperables, hace bastante tiempo).

Todo me hubiese costado menos: una llamada a quien fuera en el periódico y ya hubiera estado mi columna preparada, esperando lo que yo tuviera a bien escribir, que se publicaba y cobraría, además, por ello. Un libro detrás de otro, los que (y lo que) yo quisiera, y mis amigos críticos serían suaves conmigo o se acabarían las cenas y agasajos a mi costa. Las mujeres me mirarían como si fuera guapo (¡entonces sí lo sería!), y podría gozar de los mejores cuerpos a cambio de alguna cena en algún restaurante caro, algún paseo en descapotable y alguna joya de vez en cuando. Serían gastos soportables para mí. Tendría coche deportivo y el autobús me parecería una ordinarietà propia de gente sin estilo o de fracasados sociales. Jugaría al tenis y al golf, y todos querían acompañarme, porque conviene tenerme cerca, y se dejarían ganar para que yo fuese feliz y les volviera a llamar. Mover un dedo y movilizar a todos. Que nadie pronunciara mi nombre sin algo de temor en la voz. Tener incluso línea directa para que el Obispo me perdonara mis pecadillos sexuales y de los otros (hijo mío, la carne es débil, no te preocupes por esas insignificancias, yo te perdono. Te doy mi bendición –me bendice con la mano- y ahora pasemos a los negocios, que tengo que presidir un oficio religioso y se me está haciendo tarde, espero que sepas disculparme. Necesito que hables con tu tío para recordarle lo de la cesión de los terrenos pendientes de recalificar, para que agilice la tramitación, y con tu primo, el barón, para lo de las inversiones en bolsa. Recuérdale que el Obispado no puede pagar en concepto de comisiones más de lo que ya hablamos, pero que será mirado con simpatía por nosotros donde haga falta y ante quien sea necesario).

Iría por la vida sobre una alfombra roja de bastantes centímetros de grosor, y todos me reírían las gracias desde niño, salvo algún resentido con hambre de siglos, claro (algún demagogo que pretende desestabilizar la sociedad con ideas fracasadas, obviamente). Obtendría siempre las mejores calificaciones en mis estudios en centros privados, y sería el mejor mirado en cualquier sitio.

En definitiva, habría gozado de la vida prepotentemente, aunque nunca habría conseguido ser eso que soy (aunque, para algunos, yo sea poco). Claro, que no sé si eso me importaría si luciera gemelos de oro, acumulara alabanzas de todos los jefes municipales y provinciales y gozara de un descapotable imponente y de una explosiva mujer agradecida por sentarse a mi lado y a la que veo de reojo un tanga que no oculta nada. Y es que los duelos con pan son menos, ¿no? Eso dicen...

Pese a todo, y aunque no puedo decir que me alegro de las necesidades económicas que he vivido (y vivo, aunque ahora ya menos), sí que estoy satisfecho de saber seguir adelante como he aprendido. Sé lo que valen las cosas, y eso es básico para mí. De la otra forma no sería capaz de ser el escritor que quiero ser. ¿Imaginan a Maïakovski veraneando en las islas griegas con un daikiri en las manos o a Saramago viviendo en una extensa finca con gran casa, ama de llaves, ganado y administrador que le descargase de las tareas económicas de gestión de la Hacienda?

Algunas personas que conocí se enfadaron alguna vez por, según ellas, verse reflejadas en mis obras. Como con tantas otras cuestiones desagradables, cada vez que paso por un trago de éstos, como el de ahora, me viene también esto a la mente.

Siempre he defendido que suele ser la vida la que te da las mejores ideas para crear. Te proporciona la materia prima, y luego tú ya utilizas aquella masa como te parece más oportuno. El escritor no es sino un creativo farsante que se sirve de la vida real para tomar lo que le interesa y después construir eso que quiera crear. Vampirizando la vida. Deformando esa posible realidad que en algún momento le inspiró.

Aunque no todo el mundo esté tan de acuerdo con esta concepción, claro. Hay quien lo intepreta como falta de ingenio. Lo siento, no estoy de acuerdo: ojalá pudiera unirme, alguna vez, a ese colectivo de hombres tan faltos de ingenio como Tolstoi, Dostoievski, Cervantes, Shakespeare, Saramago, Proust, Stendhal y tantos otros.

Pero cada vez que escribía algún relato todo el mundo entendía que era yo el que estaba debajo del personaje principal, y todo porque cometía el pecado de utilizar concretas experiencias vitales para organizar, sobre ellas, la ficción de que se tratará. Una amiga que conoció cierta trama que me traía entre manos me comentó “oye, sácame bien, ¿eh?”. O comentando con otra otro relato me decía “sí, pero mira, cuando entro yo en escena...”, dando por sentado que era ella la musa que inspiraba a ese concreto personaje. Con cierta frecuencia existía en mis textos cierta base real, pero luego todo era trama, y yo maleaba como quería. Pero esto no lo entendían. Allá ellos. Algunos se enfadaron conmigo y me llamaban desde farsante hasta cotilla (no quiero que mi vida privada aparezca en un relato: ¿de qué vida me hablas, alma de Dios, si todo eso es la historia de un personaje, no es tu vida?). Y yo siempre con las tijeras en el bolsillo, preparado para ir cercenando cordones umbilicales a derecha e izquierda, por lo que pudiera pasar.

El mundo no me entiende. Lo siento por él.

¡Qué mal lo pasaba cuando mandaba mis artículos al periódico y tardaban en salir! Era entonces tan joven... Fui censurado cuando alguien bastante clerical pasó a encargarse de la sección donde yo colaboraba, y dejaron de publicarme. Aunque en el pecado iba la penitencia: aquello se convirtió en una página dedicada ya, exclusivamente, a glosar a ilustres cofrades o sacerdotes, muy cristianos ellos, o para que algún sacerdote relejera el Evangelio pidiendo Paz, Amor y Caridad en beneficio propio. Siempre a pie de obra. En fin, una página para incondicionales del incienso. Algún francotirador de la guasa literaria me echó de menos, pero yo estaba pudriéndome en el Infierno del rechazo y del olvido. Olía a azufre y, claro, tuve mi merecido. Nunca más publiqué allí.

Pero esperar una publicación en el periódico me desesperaba: como no tenía padrino, necesitaba que lo que escribiera fuese bueno o no se publicaba. Y sin cobrar. Un día, y nada. Otro día y tampoco. A veces desesperaba y, entonces, me llamaba un amigo para decirme que le había encantado mi artículo. ¿Sí, cuándo se publicó? Y tenía que plantarme en la sede del diario para comprar el periódico atrasado. Porque yo no tenía dinero ni para comprar el diario local todos los días. ¡Qué tiempos!

Hoy compré una pistola de juguete, de ésas fabricadas para que los niños jueguen a matar a otros niños por Navidad. Aún sabiendo que era un juguete, he sido incapaz de apuntarme a la cabeza o a la boca y apretar el gatillo. He sudado y todo, lo confieso. No he sido capaz de dispararme ese chorro de aire que suelta por el cañón al apretar el gatillo. Además, he podido comprobar cómo esos simulacros de fusilamiento que catalogaban como torturas en los libros, y que para mi nunca terminaban de serlo (no los consideraba tan graves), son exageradamente crueles. Para saberlo, basta con ponerte en lugar del desgraciado que le toca en suerte el ritual. Sin embargo, sí he sido capaz de apuntarme al pecho y disparar. Como Maïakovski. He sentido alivio: he pensado que si fui capaz de hacerlo con aire, puede que sea capaz de hacerlo, cuando sea necesario, con bala. Y me he sentido feliz. He comprobado que nunca seré capaz de darme un tiro en la cabeza o en la boca, pero sí que me sentí capaz de, en su caso, tirotearme el corazón y acabar con todo. Así, además, comprobaría que todavía existía, aunque vegetaba en silencio dentro del pecho.

Una tarde de un deprimido, tengo entre manos todo un tema literario. “La tarde en la que Larra acabó comiendo palomitas”, la he titulado.

Se me caía la casa y resto del mundo encima si continuaba en mi habitación, intentando escribir todo eso que en estos días no soy capaz, y decidí salir al centro, a ver qué encontraba en la Feria del Libro de navidades. Hacía el frío suficiente para que montase mi particular numerito estético-estilístico y me acomodase en el seno de mi gran abrigo azul (ése que parece de ruso de la Plaza Roja) al que añadí mi bufanda blanca (muy de Umbral, lo reconozco) y mis vaqueros. Me asomé al espejo para mirar al desgraciado que estaría al otro lado: allí estaba, efectivamente, y venía a ser un cruce de Larra y fantasma de Canterville con destellos del mejor Gardel que recuerdo. Y salí, a ver qué me ofrecía la tarde para mis dolores de alma.

No estuvo mal: de entrada, compré a bajo precio el Tratado de la desesperación de Kierkegaard, muy propio para mi en estos días. Lo hice con la sana intención de sistematizar todas esas sensaciones e intuiciones que conozco tan bien y darles, por fin, una cobertura científica.

Aunque intuyo que en esas páginas Dios revolotea demasiado para que me resulten auténticamente útiles (ya se sabe que a los ateos estas omnipresencias divinas siempre nos huelen a trampa celestial, a caña de pescar manejada por monaguillos o adláteres asimilables, con cebo goloso que encubre el anzuelo mortal). Dejé para mejor ocasión el Elogio de la locura, de Erasmo. Otra vez será, hoy me pesaría demasiado el bolsillo del alma con ambos ejemplares en él.

Seguí mi camino, con ese porte de bolchevique dandista que hoy lucía, y pude comprobar que Málaga está llena de personas a todas horas, vayas por donde vayas y entres donde entres. Paseé solo por la ciudad, mientras mi bolsillo acogía en su seno el terrorismo existencialista de ese danés, precursor de tantas cosas y de alguna más. Mis paisanos lucían sus mejores galas y su mejor careta navideña, esa de feliznavidad, que pases unos días entrañables con la familia, felicita a tu familia de mi parte, que traigan muchas cosas los reyes, felices fiestas y próspero año nuevo, feliz entrada de año, que el año que entra sea al menos tan bueno como éste y todo eso.

De vuelta a casa decidí comprar un paquete de palomitas, pensando que ni a don Sören ni a Larra les importaría ese detalle tan poco dandista, ni echaría a perder una tarde tan glamourosa. Es más, volvía a casa sonriendo, pues pensé que esa tarde Larra acabaría comiendo palomitas en cuanto llegara a casa, y me hizo sonreír. Al llegar, dejé el manual existencialista para mejor ocasión y, efectivamente, el resultado fue el esperado: ésa fue, como adelanté, la tarde en la que Larra acabó comiendo palomitas.

Comienzo a remontar el vuelo, después de todo.

Nuevamente. Pese a todo.

Peró, si vuelvo a pasar por otra de estas fases, ¿seré capaz de salir nuevamente adelante? Con todo eso que cargo en las alforjas del alma, ¿seré capaz de hacerlo?.

EL “CIBERTRIUNFADOR”

Observando atentamente su aspecto desaliñado y de antihéroe de manual, a nadie se le ocurriría pensar que estuviéramos ante un triunfador.

Realmente, si en el Diccionario de la Lengua han incluido ya la palabra “antihéroe”, que no lo sé, al lado debe venir una foto de él, para ilustrar. El paradigma de antihéroe: feo (porque hay que llamar a las cosas por su nombre, que para eso están los nombres: es exageradamente feo), torpe (se le cuelan hasta las viejecitas en el supermercado), desaliñado (algo que lo inhabilita para aspirar a salir con chicas-bien), tímido (incapaz de preguntar la hora a esa muchacha que le gusta), introvertido (lector fanático, enfermizo, voraz, de clásicos y menos clásicos) y poquita cosa, por emplear términos de Daudet, al que a veces leía y a veces no. No seamos cicateros con los adjetivos: estamos ante el paradigma del antihéroe. Además sufre cierta mutación sorprendente: de la mano derecha siempre le sale un libro. ¿Dónde habrá metido esa mano alguna vez, en algún barreño con material radioactivo?.

No creía en Dios: “no tengo ni perro, ¿voy a tener Dios?”. En clase era un chico estudioso, pero como algunos otros. Sin destacar especialmente. En casa no era el primogénito. Tampoco el

benjamín. “¿Quién puñetas soy yo entonces?”, es la pregunta que se venía realizando desde hacía años.

En el bloque de vecinos todas las vecinas le alababan, por su educación y saber estar. “Qué maravilla de hijo tiene usted, Rosario. Tan educado, que ve a una señora cargada y coge las bolsas, o un carrito de niño...”. Una pena que le alabaran las madres y no las hijas, que es lo que él hubiera deseado.

Lógicamente, nuestro antihéroe debía encontrar su válvula de escape por algún sitio. Todos necesitamos nuestro ratito de gloria, ya lo expuso gráficamente Warhol. Y fue su padre quien se lo proporcionó: le conectó Internet en casa. La selva de los tímidos, las autopistas de la información, de los *chats* y de los erotismos de todo tipo, la ensalada social aliñada con frustraciones, con deseos, con soledades, con cercanías. Allí nuestro antihéroe pasó a ser FidelVillanueva.com. Perdón, ésa es la dirección de la página web. Fidel Villanueva a secas. Inventó un heterónimo suyo, Fidel Villanueva, le escribió una historia y le dio una personalidad concreta. Después de eso le bastaba únicamente ser fiel a la máscara que se había colocado. Algo así como un Pessoa de la postmodernidad en la red, coherente con su máscara. Fidel Villanueva tuvo un rostro también, pero no con los imperfectos rasgos de nuestro antihéroe de diccionario, sino con la bella cara de un primo suyo fallecido en accidente de tráfico en la plenitud de la vida. Y la personalidad con que dotó a su “cibermáscara” era la de un anarquista inteligente y literato, algo que le permitía escribir fogosos artículos con un estilo bastante depurado. El libro de visitas de su página web estaba plagado de mensajes alabando su incendiario pero cuidado estilo literario, así como la ayuda de las ideas de este “ciberrojo” a todas las causas nobles habidas y por haber en la red de redes.

Sus correos estaban inundados de mensajes dándole las gracias por los servicios prestados a las santas causas a las que se apuntaba. También de mensajes de amor de esas mujeres que caían rendidas a los pies de ese bello doncel que escribía como Proust, y de mensajes pidiéndole consejo desde todas partes del mundo.

El antihéroe, el gris, al encender su ordenador personal, teclear su contraseña y entrar en Internet, pasaba a ser el héroe. El triunfador. El “cibertriunfador”, para ser más exactos, con admiradoras en México, Chile, Colombia, Argentina y regiones inhóspitas de España. Sin salir de su habitación tenía enamoradas a todas las Juventudes Libertarias femeninas de la provincia de Córdoba, en Argentina. Bastaba para ello las palabras coherentes con la máscara elegida, bien escritas, y la imagen del bello fallecido. Un Cyrano de Bergerac en rojo y negro, pero que no se entere Stendhal, que ni Julián Sorel llegó a tanto.

Era alguien que no era capaz de saber qué era ya más real, si su cara o su máscara, si ambas o ninguna.

Una pena que en cuanto cerraba la sesión de Internet volviera a su pellejo consuetudinario, donde ni su prosa era enérgica, ni sus actitudes atractivas, ni se teñía de rojo y de negro.

UN PEQUEÑO ERROR

Cuando llegó al despacho se dio cuenta de la confusión, pero ya era demasiado tarde. Los libros habían quedado en casa y en su mochila, hoy, no llevaba más que un balón de fútbol y un artilugio para inflar balones y así patear pelotas en perfectas condiciones. Comenzaba bien la semana...

Si es que cuando se sale tan temprano de casa todo debe quedar preparado desde la noche anterior. Debe ser posible coger lo que sea a oscuras, con los ojos semicerrados y salir rápidamente a la calle, a tomar el autobús.

Y como la mochila estaba en el mismo sitio y era idéntica, pues pasa lo que pasa, claro. No tengo remedio.

Las lecciones que debía impartir hoy, ¡santo Dios!. Los textos legales de apoyo. La sentencia del Tribunal Supremo para realizar la clase práctica, con las dos chicas voluntarias preparadas para resolverla. Nada. Todo quedó en casa. Perfectamente ordenado, eso sí, pero no por eso iba a serme hoy más útil. Y yo con un balón de fútbol en las manos.

Claro que siempre quedaba el recurso de organizar a los alumnos en dos equipos y jugar un partido amistoso, por qué no. Llevaba encima hasta el inflador, pues era la mochila de los partidos de fútbol la que hoy había traído, con todos sus accesorios. Si se enterara el decano...

Mejor será agarrar el toro por los cuernos: no puedo dar marcha atrás. Hoy bajaré ligerito a clase y que sea lo que Dios quiera. Recuerdo que hoy iba a explicar a los chicos las fuentes del Derecho. No les interesa lo más mínimo, obviamente, pero algo debo decirles. La práctica de responsabilidad civil del otro grupo también está en casa, durmiendo el sueño de los justos. Y mientras, el balón de fútbol en el despacho, supongo que esperando el comienzo del próximo partido.

Es una pena, porque no tengo mala imagen en esta facultad, y eso que es mi primer año dando clases aquí. Tengo fama de extraño, pero no de mal profesor.

Docencia e investigación en la universidad, mundo curioso. Yo necesitaba ya bajar a clase: tanto tiempo encerrado para terminar mi Tesis doctoral, sin ver a nadie, me estaba afectando. Y eso ya pasó, ya quemé esa etapa. Ahora ya bajo a clase, paseando mi doctorado en Derecho por los pasillos viejos de esta facultad de barrio. Y me siento útil para estos chicos, que tampoco están demasiado interesados en el Derecho que les explico. Como es lógico.

- Buenos días, Ernesto.

- Buenos días, qué tal –saludo mientras un pensamiento malévolo me cruza la mente: ¿qué pensaría la funcionaria de la Sala de ordenadores si supiera la verdad de lo que me ha pasado esta mañana? ¿Me habría dado los buenos días tan cordial? ¡Madre mía, qué situación!. Por cierto, cada día está más guapa esta mujer, la madurez le sienta fenomenal. Claro, que ella a mí me ve como a un niño, no tengo la más mínima posibilidad con ella... ¡Pero bueno!. ¡Tengo encima la papeleta que llevo a cuestras hoy y no me da por otra cosa que por mirar con lascivia a una compañera madura y guapa!. No tengo remedio, lo que me ocurra me estará bien empleado.

Y bajó a clase. Y sobrellevó la situación. Y los alumnos siguieron admirando al profesor joven pero aceptable. Y él pasó su prueba de madurez personal: si era capaz de impartir sus lecciones sin más material de apoyo que un balón de fútbol, era señal de que merecía la pena como docente. O eso quiso creer.

Y volvió a casa feliz, con su balón de fútbol y su inflador como único material pedagógico. Y mañana sería otro día.

OPERACIÓN: TRIUNFO

PERSONAL I. La oportunidad que se me presenta es como para no dejarla escapar. Tengo que tener en esto una mentalidad comercial importante, ofreciendo mi producto y que resulte atractivo. Voy a estar al otro lado de un inmenso escaparate que me mostrará al resto del país, y es el momento de darme a conocer de una vez, como hacen esas pobres desgraciadas de Amsterdam. Enseñando lo que debo enseñar para que el cliente se pare delante de mi escaparate, que no siga su camino hacia el de delante o vuelva al de atrás. Que acabe entrando en el mío, entusiasmado por lo que ve.

Jugar con virtudes y defectos. Si tienes granos en la cara, tápala con una gasa de seda e incita al potencial cliente con la cara medio cubierta y mirada insinuante al estilo árabe, y si tienes un

bonito trasero, muéstralo bien y en vez de unas bragas de hace treinta años usa un tanga, para que todos vean lo que se pierden si pasan de largo. Cubre lo peor y descubre lo mejor, lo sabe cualquier diplomático ya desde antes de nacer (porque ya lo habían asimilado su padre, sus tíos y sus abuelos, diplomáticos por oposición todos ellos). Mejor dicho, camufla lo que no interesa y enseña lo que interesa. Es la clave en esto como en todo, qué remedio.

Pero es triste: diez años escribiendo artículos que no cobro pero que me sirven para hacer dedos, como los pianistas, tres poemarios y dos novelas en la calle, además de pequeños premios literarios y hasta una obrita de teatro, y nadie sabe ni jota de lo que hago. Ni le intereso al periódico local, aunque presume de estar interesado por los jóvenes creadores de Málaga. Y lo que es más triste: no sólo no saben ni jota, sino que tampoco quieren saber ni jota. Las editoriales me devuelven educadamente mis originales. “Sentimos comunicarle que finalmente hemos decidido no incluir la obra en la previsión editorial. Es algo que lamentamos y que se debe más a consideraciones de saturación en la programación que a un juicio literario”, o bien “Lamento decirte que, en opinión de la mayoría, otras obras de entre las recibidas han obtenido una opinión más favorable que la tuya con vistas a incluirlas dentro de nuestras publicaciones del año que viene (un máximo de cinco publicaciones entre narrativa, ensayo y poesía). Siempre considerando que nuestra opinión es cuestionable, nos ha parecido que tus relatos están bien escritos, con ritmo y pulcritud, habiéndonos gustado unos más que otros. Te agradecemos que te hayas dirigido a nosotros y te deseamos la mejor de las suertes literarias”. Total, que tengo unos escritos excelentes que, desgraciadamente, por una razón o por otra, nadie quiere publicar. Toda una pena, sí señor.

Pero ahora es mi momento. Debo enfocar esto como una operación militar. Una operación que puedo llamar “Operación Triunfo”, porque es lo que pretendo: si entro en esta rueda de la fama y sé trabajarla bien, las editoriales se pirrarán por mis textos, y ahí estará mi triunfo. Y que me perdonen esos niños guapos que cantan a las órdenes de la catalana ésa que sacó Cugat, pero para “Operación Triunfo” la que pretendo afrontar yo ahora. Por supuesto.

- Buenas noches, amigos, estamos en directo desde Guadalix de la Sierra, desde la puerta de la casa del Gran Hermano. Acaba de llegar Fidel, el próximo concursante que va a entrar en la casa. –Fidel, dejando la maleta en el suelo, mira a la cámara y oye atentamente lo que comenta el presentador-. Ya hemos conocido a Fidel por el video de presentación y sabemos que viene de Málaga y que es escritor. Fidel, mucho frío aquí, ¿no? Porque en tu tierra no estarás acostumbrado a estas temperaturas.

- Buenas noches. Pues sí, demasiado frío para mi, que vengo del sur. En Málaga los grados bajo cero sólo los encontramos en las obras de Tolstoi.

- Eres el intelectual del grupo, Fidel. Poeta, novelista, articulista y dramaturgo, incluso. España entera se hace la pregunta: ¿qué busca un hombre de letras en la casa del Gran Hermano?

- Bueno, eso de intelectual es matizable, pregúntele al mundo de la cultura en Málaga si lo soy y oírás las carcajadas desde Getafe. No creo que encaje en ese apartado a la vista de la repercusión que tengo, pero bueno, vengo aquí para realizar un viaje a los mares del sur, ya en el video he explicado lo que significa eso para mi. A ver qué encuentro, porque para marchar a estos mares del sur he debido caminar hacia el norte. Y eso, de entrada, es extraño y desconcierta.

- Eres todo un literato, Fidel, ya lo hemos visto en el reportaje. ¿Esperas encontrar a algún Gauguin o a algún Stevenson en estos mares del sur?

- Me conformo con conocer a buenas personas, para qué engañarnos. Eso sería ya algo novedoso para mi.

- Bueno, Fidel, me piden desde los estudios centrales que te acompañe a la entrada de la casa.

¡¡Mucha suerte, Fidel Villanueva, y ya tenemos a otro concursante que entra en la casa!!

Devolvemos la conexión a Mercedes. Mercedes, cuando quieras... –levanta mucho la voz, porque los aplausos que acompañan a Fidel en su entrada a la casa no permiten emplear un tono normal de voz.

PERSONAL II. Mi primera noche en la casa de Gran Hermano y creo que algo está ya logrado. Me ha gustado el reportaje de presentación en el Paseo Marítimo, y mi imagen de maldito olvidado injustamente por la cultura oficial de Málaga ha sido excelente. Es lo que necesito:

jugar esa carta. Le he dado una bofetada a la cultura oficial, ésa que sólo se embelesa delante de Manuel Alcántara, Picasso o la Generación del 27. Que están muy bien, por supuesto, pero hay más. Me pueden devolver la hostia, claro, pero ¿a mi qué más me da, si cuando me la den ya soy conocido en el resto de España?. Tiene cojones que mis trabajos de crítica de la sociedad actual no se publiquen (y creo que no están mal escritos) y a cada momento publiquen las editoriales de Málaga callejeros de la ciudad explicando quién era cada ilustre que da nombre a una calle o a un callejón de la capital, o libros de recetas que recopilen los potajes percheleros de la tía Carlota o los “guisaillos” trinitarios de La Pirula. Parece que en Málaga, para que te publiquen un poema, tienes que decir algo así como “¡Oh, mi farola, cercana al mar / qué de menos te echo cuando no puedo estar cerca de ti. / Y mi pasaje de Chinitas, / cerquita de Larios como mi corazón / loco por pasear por los Percheles / y la Trinidad, ¡para ver de cerca a mi Jesús el Cautivo! / ¿Por qué será, Málaga, / novia mía / que no puedo vivir lejos de ti? / Sin tu mar, sin tus espigones / sin tu vinito / sin tus verdiales. / ¿Qué hago yo lejos de mi calle Nueva?”, y cosas así, además de doblar la espalda ante los intelectuales habituales. Entonces eres el gran poeta malagueño tal o cual. Ja, ja, ja, ja, mejor será parar ya, que como empiece a reírme voy a despertar a esta gente.

¡Qué mierda de vida! Tener que hacer el titiritero para que todo el mundo sepa que escribo... ¡Qué país!.

- Y además de escribir, ¿en qué trabajas, Fidel? –descalza, Rosa apoya los pies en la mesa y se repasa las uñas, recién pintadas de violeta, mientras habla.

- Pues mira, en lo que va saliendo, chica, porque no se puede vivir de esto salvo que estés montado en el tren de la literatura. –habla acostado en el sofá, con una pierna apoyada sobre el respaldo, a ratos mirando a su interlocutora y a ratos mirando a la Nada, como esos pistoleros que aclaran lo duro que es el oeste americano y cómo sobreviven en esa leonera gracias a su buen hacer-. Ahora estaba con un contrato de esos para obra que le llaman, promocionando unas tarjetas de créditos en un centro comercial. En esas tarjetas no creo ni yo, y encima me tocaba venderlas. Imagina el porvenir que tenía ahí...

- Para salir adelante, literariamente, tienes que tener un grupo de gente que te apoye, ¿no?

- Hombre claro, escribir en alguna revista o periódico, o pertenecer a algún partido político, alguna capilla literaria o algo así.

- Joder, qué mierda, ¿no?.

- Pues ya ves. Pero el Gran Hermano es un gran escaparate. Por eso me dije “bueno, si luego los *grandes hermanos* de otros años se hacen famosos enseñando las tetas o acostándose con gente, algo que no critico porque comer es humano, y comer bien es divino, ¿por qué no voy yo a ir dando a conocer escritos?”. Mira, yo no pido que me publiquen cosas por haber salido aquí. Sólo pido una oportunidad para que se compruebe si lo que escribo merece la pena. ¡Que lo lean al menos, coño!. Y si no merece la pena me voy a mi pueblo a cultivar setas y santas pascuas. Pero al menos tener la oportunidad de intentarlo.

- Los escritores te van a dar mucha caña por el modo de saltar a la fama, Fidel.

- Los escritores me van a dar mucha caña por cualquier cosa que haga, Rosa. Si es blanco porque es blanco, si es negro porque es negro, y si es marrón porque es marrón. Tengo en la calle tres poemarios, dos novelas y artículos para empapelar esta casa entera dos veces, incluyendo el corral y a Mercedes Milá. Creo que he demostrado algo ya, ¿no?. Y no me conocen ni en mi comunidad de vecinos. Ni veo que haya la más mínima oportunidad de salir adelante. No creo que sea justo, así que me agarro a lo que pueda y ya está. Otros tienen apellidos ilustres para salir adelante, ¿no? Pues yo haré el titiritero aquí, y a tomar por culo quien se queje, ¿sabes?. A estas alturas de la película, ya, me la sopla, de veras. Suena una voz de otro miembro de la casa.

- ¡Fidel, te toca a ti pedalear, venga!.

- ¡Voy! –comenta levantándose, dando un abrazo a Rosa y un beso en la mejilla, y dirigiéndose a la sala donde están realizando la prueba.

PERSONAL III. La verdad es que no es fácil convivir con tanta gente, cada uno de su padre y de su madre. Pero en líneas generales va la cosa bien. Ya hay una parejita haciendo

“edredoning” y otra dándose achuchones cada vez que pueden, además de dos enamorados románticos que parecen los amantes de Teruel (¡mira, ya nos acordamos de Teruel para algo!). Estoy contento con mi conducta aquí. No he tenido líos, ni amorosos ni de los otros, todavía. Evidentemente no soy yo al 100 %, pero tampoco estoy actuando, la verdad. Si Baudelaire decía que había que ser sublime sin interrupción, yo no puedo ser personaje sin interrupción. Si cultivo un poco mi imagen de intelectual maldito en cuanto puedo es porque va ya demasiado conmigo (es una máscara que cada vez es más mi cara y empiezo a no saber distinguirlos). Es algo así como el estilo Carvalho, de vuelta un poco de todo: como los libros no me enseñaron a vivir, empecé a quemarlos. Como cuando le dije a Mari Paz que con la muerte de Vázquez Montalbán me había quedado más huérfano que cuando perdí a mi padre, con tres años, y ella se asombró. O cuando me empeñé en que yo era hijo ilegítimo de Boris Pasternak (“¿ése quién es?” me preguntó Luz, y le contesté que un primo segundo de Boris Izaguirre). O que había quien masturbaba a las palabras en sus artículos, y eso provocó una buena tangana. A veces no debes decir según qué cosas a según qué personas, pero bueno, montamos debate y yo era el protagonista, algo que me convenía. No estuvo mal, supongo que estoy ganando puntos para algo.

- Estar nominado no me molesta, Rosa, de verdad. Lo que me jode es que me digan que lo estoy por alejarme del grupo. Sabes que eso no es cierto, coño. Cuando hay que pedalear, ahí está Fidel hecho un cabrón, dándole a la bici como el que más. Cuando hubo que hacer el mural contra la violencia doméstica, tú dirás si yo no pinté más que nadie, que casi ni cené la otra noche...

- Ya, ya, pero ya sabes cómo es Adrián.

- Mira, ¿yo me meto con que él esté todo el día pendiente de sus músculos, que parece que es el único que tiene brazos aquí? Pues que me deje vivir como soy, coño, ya está bien...

- Posiblemente te tiene envidia...

- ¿Envidia? ¿De qué? Él es guapo, tiene éxito con las mujeres, trabaja de relaciones públicas en una discoteca de Benidorm y tiene ya todo a lo que aspira en la vida: descapotable, piso y hembras. ¿Va a tener envidia de un desgraciado tan feo como yo, dedicado a escribir (¡sí seré idiota!) e incapaz de publicar, siquiera? Venga, coño, esto es grandísimo, no me jodas...

- ¡Tú no eres feo, Fidel!. Y eso de que no tienes éxito con las mujeres será porque no te pones, porque eres un tipo interesantísimo. Pero... así es la casa, Fidel. Sabes que otros sí te queremos. Dame un abrazo, venga... –y se abrazan, cubriendo Rosa de besos la cara de Fidel y susurrándole algo que parece muy íntimo, entre risas.

PERSONAL IV. Mañana puedo estar fuera de la casa. Es más, creo que seré yo el que se irá. La gente no perdona que siempre tenga una respuesta en la boca, y me achacan aires de superioridad, como si lo viera. Todo porque no me intimida el de los musculitos. Claro, él está haciendo el Gran Hermano que le interesa. ¡Qué coño, yo también, me estoy dando a conocer!. Y encima he conocido a Rosa, que es un cielo.

¿Qué pensarán de mí fuera? ¿Qué imagen tendré? ¿Se hablará en España de la injusticia que cometen conmigo? Bueno, lo sabré pronto, porque mañana caigo yo, seguro. ¿A quién echamos: a un listillo que parece que lo sabe todo, a una huérfana dulce que ha sido nominada por haber montado una pataleta a la hora de hacer un pastel, o a un chico de Vallecas, sin un duro, que se mata entrenándose para ser boxeador? El que menos necesita el dinero parece ser el creído de Málaga. Pues a por él...

- Atención, chicos –la voz de Mercedes es inconfundible-. Os comunico que debe abandonar la casa...

Fidel, Poli y Lidia escuchan en el sofá, con las manos entrelazadas, tensos aunque quieran ocultarlo. Se alarga la espera, Mercedes sabe hacerlo perfectamente.

- ...¡Fidel!.

Los tres dan un salto y ponen cara de sorpresa.

- ¡Joder, joder, no! –grita dando saltitos Poli, llevándose las manos a la cabeza, como apenado.-
¡Tenía que ser yo, él no!. ¡Joder, joder! –grita, dando saltos en círculo.

- No es justo, no es justo –señala Lidia, como si no se lo creyera del todo.
- Bueno, joder, era previsible, venga... Ya sabéis, “otras tierras del mundo necesitan el concurso de mis modestos servicios”.
- Me cago en la puta, tío, debía haber sido yo... –comenta Poli, mientras Lidia se abraza a Fidel y le besa reiteradamente, entre lágrimas.
Alargan su despedida entre abrazos, besos, lágrimas, *mecagoenlaputa, joderlahostia*, y “dile a Rosa que siga cuidando las flores, díselo así ¿eh?, ella ya entenderá”.
- Fidel –nuevamente, la inconfundible voz de Mercedes, más autoritaria que de costumbre-. Fidel, debes abandonar la casa AHORA.
- Voy para allá, Mercedes –comenta Fidel, recogiendo su maleta-. Chicos, nos vemos fuera. ¡Cuidaos mucho!.
Y salió, saludando a la masa de personas que le esperaban en Guadalix, especialmente a los malagueños que habían venido a recibirlo si salía. Pancartas de “Fidel te queremos”, y una muy simpática que decía “Fidel, nosotros sí te leemos”. Los gritos de “¡Fidel, Fidel, Fidel!” daban a aquello un aire como de manifestación de apoyo a la Cuba revolucionaria. Pero era la primera vez que alguien se comportaba así por él. Él, que siempre había vivido de perfil, sin que se notara, ahora era el protagonista.

PERSONAL V. Los viajes en coche siempre me han invitado a pensar. Expulsado el segundo de la casa, no está mal. Además, a mi lo que me interesa es darme a conocer por escribir textos, no intentar tocarle el culo a una rubia teñida en una habitación común o cosas así. Misión cumplida, por tanto. Está bien, tampoco puedo quejarme, a ver qué me encuentro ahora en el plató de televisión.

- Fidel, ponte el micrófono. Ahora, ahora se te oye. Literato, muy buenas noches... –comenta Mercedes con algo de sorna como sólo ella sabe hacerlo.
- Buenas noches, Mercedes.
- ¿Qué? ¿Sorprendido de estar aquí?
- No, la verdad es que esperaba salir yo, para qué te voy a engañar. Sorprendido de ver el plató y tanta expectación, la verdad. Y he visto una pancarta al salir de la casa que me ha hecho muy feliz. Decía algo así como “Fidel, te leemos”. Eso me ha llegado.
- Bueno, literato, tendremos tiempo de hablar de eso y de mucho más. Reserva las palabras para luego, porque ahora vamos a pasar a publicidad –comenta Mercedes mirándole; cambia de postura y pasa a dirigirse a *su* cámara-. Pero Fidel tiene muchas cosas de qué hablarnos, señoras y señores. Sobre todo de la gran polémica que se ha organizado en Málaga porque estuviese al margen del Edén literario de la capital cuando, según dicen algunos, sus escritos merecen la pena. No, pero no me digas nada ahora –se adelanta, enérgica, Mercedes, a la intención de matizar algo por parte de Fidel-. Primero la publicidad. Volvemos en un momento. No se muevan.
Y pasaron a publicidad, qué remedio. Gajes del nuevo oficio.

Rafael Galante

COINCIDIR

Coincidir

No hay nada como coincidir
Aunque sea en un beso
Aunque sea en cerrar la puerta
Y dejarte gritando detrás

Lo sabes

He subido la persiana
Y un café oscuro remonta el vuelo
De la garganta
Estás tumbada
Y las sábanas evocan dioses
En el contorno
De mi vista temprana

He subido tu cuerpo bajo el mío
Y presento la dimisión en este mundo
Para incluirme en el tuyo
Por dejarme soñar mientras callas

Estás dormida
Hice trampas
Adelanté las horas para emboscarte
Trincheras de la noche que aún arden
Trincheras donde la piel evapora
Gritos y miradas

Lo sabes,
Las piernas son nuestra única salida
Porque la experiencia es la carretera
Más peligrosa
Lo sabes,
Estos besos son caída libre
El arte de naufragar
Entre susurros
Complicidad del deseo

Dejo el café sobre la mesa
Y vuelvo a la cama
Nunca necesitaremos olvidar

A contraluz

Es sencillo conocerte
Tus manos hablan
Y he aprendido a escucharlas

A tramitar sus ausencias
Con placeres tan efimeros
Como repetir tu nombre al espejo

La tristeza no me visita
Se instala en esta estación
De mil vueltas de tuerca
Donde la cabeza sólo sirve para recordar
Y morir sin ese último abrazo

Mientras
escalo lo vertical de tu sonrisa
de memoria
como si fueras una tabla de multiplicar
aunque lo único que multiplique
sea el silencio

No sé

Soy preposición en tu boca
Onomatopeya del vientre
Calor en la humedad
Del artículo
Determinado a quedar atrapado
Indeterminado en el tiempo
Adverbio de la mente
Adjetivo en la punta de los dedos
Cuando jugamos a los verbos copulativos
En el circunstancial de caer de pie
Sobre las manos

Besos en gerundio
Porque la saliva transitiva
Es objeto directo con la piel
En este abrazo infinitivo

No sé vivir
Sin tus comas de cabeza
Sin tus punteos de lengua
No sé respirar
Sin los diptongos de tu cuerpo
La diéresis de los días
Y el hiato de las ausencias

No sé no saberte

ES IGUAL

La mañana clarea el cielo como un refresco este último cubata. En el suelo la chaqueta improvisa un asiento en primera fila para ver nacer el sol. No hay nubes, tampoco esperanza. Dos noches enteras buscando hasta el punto de olvidar el qué. Quizás se trate de eso, de olvidar las razones, y empezar una nueva búsqueda para encontrarlas, así sucesivamente, así la vida, y la muerte en la misma balanza. ¿Por qué preocuparse de las cuentas? Todo empezó el jueves, la

verdad, todo siempre empieza el jueves. Los lunes, martes y miércoles de mi vida parecen tímidos colegiales que no te dan la hora. Si quiero llegar hasta algún punto, tengo que esperar hasta el quinto día, que la luz sugiera farolas, y luces de algún bar, siempre los mismos bares.

Pero esta semana tenía que ser diferente. Había acabado el cuatrimestre. Aún quedaba tiempo antes de saber los resultados, y las carreras de caballos siempre se me antojaron predecibles. Así que justo después del último examen me acerqué al coche, y en el maletero destapé un tesoro de alcohol y otras necesidades al mejor postor. La diferencia era una chica que estas últimas semanas parecía más interesada en mi forma de vida que en mí. Aunque pensándolo bien, es un alivio conocer a alguien a través de los deseos, sin intención de desparramar trincheras en cada abrazo. Sí, ella también estaba allí, sentada, tratando de hilvanar una conversación que poco a poco se disolvía. Apenas intercambiamos algunos besos. Ninguno de los dos éramos de ese tipo de personas románticas. Compartíamos ese tiempo como quien comparte piso. Por ahorrar.

Hacia algo de calor, tal vez fuera el tabaco aliñado, o el tinto de verano con vodka, no estoy muy seguro, tampoco pretendía parecerlo. Así que decidimos conducir hasta uno de esos escondrijos donde se apelotonan los coches y las camisetas improvisan cortinas en el asiento de atrás. No fue necesariamente bueno, un polvo más, descarga, recarga, la cámara de fotos falló en el último momento, otra vez será. Sonó un móvil. Malditos cordones umbilicales. ¿Quién sería? Ahora que caigo el mío estaba tan apagado como mi conciencia.

- Dime vieja... No, he terminado bien... que sí, que estoy con un amigo... no sé cuando volveré... ¿me necesitas ahora?... ¿y el niño no puede ir?... joder vieja, siempre me toca a mí... adiós

Era fácil imaginarse lo que pasaba por la cabeza de Amanda. Sí, así se llamaba. Coche, prisas, cuidar de alguien o de algo, la vida ahogada al ritmo de una botella a medio vaciar. No, no era mi plan perfecto, pero me caía bien, si me lo pedía, la llevaría hasta su portal. Y hasta nunca.

- Victor...
- Si quieres te llevo a casa
- Gracias

Si algo tenía Amanda, era su capacidad para acortar las frases. Huía de los soliloquios como de la luz. Todo quedaba explicado en apenas un suspiro. Quizás no fuera tan mala idea volver a quedar alguna vez más.

Vaya con la zona donde vive esta chica. No tiene desperdicio, bueno, sí, realmente tiene demasiados. Personas amontonadas en las esquinas parapetando el viento, débiles llamas inclinadas sobre rodillas acostumbradas al suelo. Creo que conocí a alguien de este barrio, hace mucho.

Llegamos frente a una torre de casas que se posicionaba junto a otras torres a modo de colmena. ¿Quién sería la abeja reina? Creo que tengo algo de sueño, la cabeza envuelta en celofán, y no me apetecía estar demasiado tiempo allí. Lo que tuviera que pasar, pasaría, aunque si fuera lejos, mejor.

- Amanda, cielo, creo que sería mejor que me fuer...

Mi sugerencia se cortó de golpe por una piedra que impactó de lleno en la luna delantera del coche de al lado. Miles de cristalitos a modo de abejitas zumbonas buscaban libar la piel y de camino llevarse un trozo. Amanda, con un movimiento tan rápido que no consigo recordar, se lanzó sobre mí, ambos tumbados sobre nuestras rodillas. Su pelo caía desde mis orejas, y el peligro había sensibilizado mis sentidos hasta el ridículo punto de notar por primera vez el olor de su cuerpo. Venía a ser una mezcla a tierra recién mojada, y pétalos en primavera. Algo casi

animal. En ese momento supe que una erección inoportuna hacía acto de presencia cerca de mi cara. Con el peso de su cuerpo sus senos se dibujaban en mi espalda. Eso, y el alcohol me hicieron olvidar porqué habíamos llegado a esta situación. Estaba a punto de volverme y besarla.

- Ggrrrrrr, ¡joder! Puta rata de los cojones

Una voz escondida tras una “bomber” de cuello alto insistía en devolverme al mundo real. ¿Quién sería ese yonqui? Por el ruido de su tos debía tener mil años, o mil kilos de droga acumulados en la tráquea. Giró la cabeza hacia el coche y al vernos soltó un eructo que me recordó a la espuma de la cerveza caliente. No se lo pensó mucho, supongo que es algo asociado a algún mecanismo instintivo de supervivencia, su mano buscó algo en los pantalones, y emergió describiendo el revoloteo de una mariposa de plata, una mariposa con los dientes muy largos, y muy afilados. Amanda levantó la vista, se recogió el pelo y el yonqui pareció reconocerla. Pronto volvimos a estar solos. Supongo que en estos barrios todos se conocen. ‘No se roba en casa de ladrón’, no sería lógico buscar tu tele en casa del vecino, o preguntarle al del primero que cuándo te devuelve el trozo de dedo que te arrancó con su navaja. Mejor así. Mejor para mí. Amanda me pidió que la acompañara arriba. ¿Arriba de dónde? Aunque pensándolo bien, desde este punto sólo se puede ir hacia arriba o confundirte con los charcos del suelo. Al ver que dudaba, su mano empezó a describir círculos en mi espalda y es curioso porque siempre que alguien me toca la espalda recuerdo a mi abuela, y sus largos dedos que tejían sin descanso, o se entretenían tocando una Fuga en Re. No pude negarme, eso junto al olor que aún permanecía apuntalado en mi mente, subí con ella hacia lo más alto de una torre de pisos. No había ascensor y las escaleras estaban forradas con papeles de periódicos de hace un año al menos. Las paredes desconchadas improvisaban una Biblia del vicio en sus pintadas, o alfileres clavados. Me sorprendió un grupo de personas acumuladas frente a una reja de estaño verde. Empujando billetes hacia dentro y sacando balas de plata del interior, balas con las que matar los ruidos que no les dejan dormir. Al fin y al cabo no somos tan diferentes. Ho sé porqué seguía subiendo. El caso es que cuando había perdido la cuenta, Amanda me arrastró tras una de esas puertas y me lanzó sobre un sillón.

- Estamos solos

¡Que descubrimiento! Tuve esa sólida certeza desde el momento que me deslizaba por las piernas de mi madre al nacer. Llevo toda la vida intentando encontrar el camino de vuelta. Y ésta parecía una de esas ocasiones. Empezó a desnudarme casi con desesperación, a mi modo hice lo mismo con ella. Pero esta vez fue diferente. Algo casi animal nos recorrió la espalda mientras gritábamos como metrónomos desacompañados. Cuando creía que el mundo se había disuelto, no se dio por aludida. Siguió moviéndose, y en el balanceo un helado viento me dejó estalactitas en la piel. Todo volvió a ocurrir, la cabeza parecía decidida a irse de paseo, pero sin mí. Las cortinas eran rojas y palpitaban alucinadas. Casi me desmayo. Ella se limitó a vestirse rápido, y a indicarme que hiciera lo mismo pronto. Su hermano iba a llegar. Semiinconsciente escuché su historia. No podía escapar, y me enteré de cómo su padre bebía como trabajaba, ocho horas; como su madre se dedicaba al sector de servicios de rodillas y vaselina; y cómo su hermano había nacido con vocación de ATS y practicaba con su brazo, a menudo, documentando venas. Su caso fue diferente, se crió con una tía hasta que ésta murió hace un par de años. Estudiaba en la facultad, y sabía que tarde o temprano saldría de esa madriguera. Pero, hoy tenía que esperar a su hermano para darle la ‘medicina’. Así arreglarían un par de horas más y un par de horas es importante, aunque al final siempre le siguen una procesión interminable de estas, y terminas tan aburrido, y tan decepcionado como los relojes en su absurda huída circular. En el punto de la historia en que encontró a su madre en la cama con otros hombres, la puerta del piso pareció desmembrarse, una fuerza imprecisa trataba de abrirla. De un salto Amanda descorrió los cerrojos, y algo se introdujo en el piso. Llamarlo ser humano sería tener fe en algún Dios que seguro murió de sobredosis, era algo casi como una sombra, pero una de esas que no necesitan del sol, porque quema.

Aún me caían gotas de sudor por la espalda, la frente parecía un campo de minas al rojo vivo, pero su hermano no reparó en mí. Estaba ostensiblemente nervioso, la respiración entrecortada como si hubiera subido las escaleras a la pata coja, de dos en dos. Alejó la mano unos centímetros de su chaqueta deportiva y descubrí que tenía unas llaves. Diría que eran unas llaves muy grandes, demasiado, no podían pertenecer a ninguna de las casas de este barrio. Habló rápido con su hermana. Cogió lo que quiso y se encerró en un cuarto. Amanda y yo nos quedamos mirando la puerta. Tenía que salir de allí, no volver nunca, pero el último encuentro con Amanda me había dejado una sensación sorda de vacío en los riñones, sabía que si me iba, nunca volvería a sentir algo así, y me gustaba. Normalmente me siento demasiado lleno del mundo, de sus ruidos, y esa sensación de vacío resultaba gratificante. En mitad de este silencio expectante la puerta del cuarto volvió a abrirse. La respiración había tomado un rumbo diferente, más pausada. Era la respiración de una luciérnaga en mitad de un eclipse lunar. Amanda le preguntó por las llaves, y el hermano se mostró esquivo, no sé qué de un plan para salir de toda esta mierda, el tren que pasa una vez y hay que cogerlo, aunque este tren iba a pasar en marcha y con las puertas cerradas, quizás si conseguía hacerse muy pequeño, y coger el impulso suficiente le serviría una ventana. Sí, se trataba de robar en una casa de las afueras, pero al otro lado de la balanza. Una casa enorme que se pasaba la mitad del año sin nadie, pero llena de tesoros, o lo que él consideraba tesoros: televisión, vídeos, equipos de música, incluso pensaba ir con un amigo que sabía abrir cajas fuertes por si se topaban con una. Ahora se sentía lo suficientemente seguro, o drogado para hacerlo y se fue.

En el silencio que siguió a repentina marcha, una mano helada tomó la mía y me arrastró afuera. Amanda insistió en seguirle, pero sin que se diera cuenta, y la verdad es que su hermano no se hubiera dado cuenta ni aunque lo hubiera seguido una manada de elefantes en celo.

Fue tan fácil que ni me opuse a seguirle con el coche hasta uno de los barrios periféricos donde los ricos amontonan piscinas y esperan que la lluvia las llene de billetes verdes o de cualquier color que sea canjeable por inversiones en el extranjero. Que ahora es la moda. La casa donde se detuvo su hermano y el anciano que le acompañaba era desproporcionada, rodeada por altos pinos sólo se intuía una chimenea. Miraron a todas las direcciones y con las llaves entraron casi como un milagro, no se activó ninguna alarma, ni aulló ningún perro-lobo hambriento de carne. Y aquí pasó algo sorprendente, no podía esperármelo. Amanda me pidió el móvil para hacer una llamada. Y llamó a la policía. Denunció que había visto a dos yonquis entrar en la dirección que teníamos plantada delante de nuestras narices. Cuando colgó, me pidió que nos fuéramos, y su voz sonó como si le hubiesen quitado toneladas, milenios, o lo que sea que pese más en el corazón de las personas. Escuché su voz como si fuera la primera vez que la conociera. Arrancamos y la llevé a mi casa. Vivía sólo y todo estaba un poco muy desordenado, pero pareció no importarle. Cuando estuvo sentada, en silencio, le enseñé algo que nunca le había enseñado a nadie, páginas y páginas de un diario inconexo, poemas sin rima, relatos sin final. Lo leyó todo sin decir una palabra. Sabía que no esperaba ninguna crítica literaria, sólo desnudarme, desnudarme para caminar, y la tinta era mi camino.

Cuando terminó, cenamos, volvimos a acostarnos y sentí de nuevo que me vaciaba de todos los ayeres, y de los cristales que dejan los sueños que caen de altos que están. Volví a verla con los ojos cerrados.

Amaneció deprisa, el día nos ofrecía varias alternativas y escogimos las más inmediatas. Desayunamos a la hora de comer. Y el café sabía diferente, la luz destilaba azúcares. No podía creer todo lo que estaba pasando. Sentía ganas de decirle que se quedara a vivir conmigo. En su casa no la echarían de menos, y aquí hay sitio para los dos. Incomprensible cómo podía estar pensando eso. Nunca me ha gustado acercarme más allá de la piel de las personas, para historias ya tenía los libros, o mis hojas que ahora estaban sobre la mesa del salón. No, no podía estar pensando eso. ¿Y ella?

Mi cabeza ardía, debatía, calculaba los pesos muertos, los pesos vivos. Mientras, ella dijo algo que no consigo recordar, asentí, y se marchó.

Al principio seguí desayunando con la mente sugiriendo formas, posibilidades, futuribles, sogas, argumentos. Así pasó una hora, o algo más y reparé en que Amanda no regresaba. Sí, en mi cabeza no paraba de aparecerse, pero el piso estaba desierto, exceptuando el espacio vacío que llenaba yo, y los minutos que empezaron a ordenarse firmes sobre el suelo, y armados con bayonetas me sangraban los pies. Cuando la tarde hizo acto de presencia en el reloj, me fue literalmente imposible seguir esperando. Salí a buscarla. Y encontré todas mis inseguridades en la guantera del coche. Y así estos dos días.

Ahora sigo en la playa, sé que la arena cubre mis pies, lo he confirmado en el reflejo de las nubes. El futuro risueño me ha gastado una broma, y he aprendido lo que siempre he sabido, estoy solo.

Pedro M^a Biribai Juez

El momento

Es vana la palabra que no logra aliviar el sufrimiento de los seres humanos y apaciguar su dolor, pero si esa palabra surge de tu corazón dará paz y sosiego a tu mente, expulsando de ti toda sensación de dolor que sientes en tu corazón..

No tengas nunca miedo de la vida y piensa siempre que esta merece la pena de ser vivida, sintiendo la creencia de que la vida hay que vivirla con la intensidad que requiere el momento actual; el pasado fue un momento, el futuro será otro momento y el presente el momento y nada ni nadie podrá sentir tu momento, podrán compartirlo pero nunca podrán sentirlo.

Sufrimiento y dolor

Patios infectados de trasiego, muros que se suicida en vertical del cielo y pasillos de espanto y líneas geométricas dividen los contornos de mis pasos, mientras mi vida se hunde en la burda miseria de la impotencia quebrada por los sortilegios de la vida.

Quisiera huir y perderme lejos porque estoy cansado de soñar en un cuerpo que sobrevive en este lado tan oscuro, como prueba de mi existencia quiero herir al aire que define mis errores y poder subsanar todo el daño y dolor que siente mi corazón.

Carta de amor

Mi amor, anoche, mientras intentaba conciliar el sueño, he llorado como un niño, mientras recordaba los momentos que juntos hemos compartido me estremecía al sentir la sensación que produce estar separado de ti y privado de libertad entre muros que cortan mis pasos al caminar y me hacen sentir la cruda la realidad de mi momento actual.

Es tal la frustración que yo siento por no poder sentirte entre mis brazos mientras te colmo de besos y caricias, que me falta hasta el aire que respiro y siento como la vida no tiene sentido si tú no estás a mi lado, sin poder compartir contigo el amor que por ti yo siento.

TE QUIERO MI NIÑA
TE QUIERO MI AMOR
SIN TI
NO ME ACOSTUMBRO
NI QUIERO TENER QUE ACOSTUMBRARME
A VIVIR

Siénteme mi niña, siénteme mi amor y guarda ese sentimiento en lo más profundo de tu corazón.

El camino de la vida

Voy recorriendo un camino, el camino de mi vida y escaso llego de fueras a este preciso momento y aunque me armo de valor para seguir caminando, el oscuro reptil del tiempo que no persona me pasa factura y me recuerda que tengo las manos vacías y mis piernas flaquean al caminar por el sendero de la vida.

Largo es el caminar que llevo vagando por los senderos y caminos de la vida, que hendida tengo la espalda y hendido mi corazón, por ello creo que estoy perdiendo hasta la razón.

Me aferro a la vida, deseoso de que ésta me brinde la oportunidad para poder vivir en paz conmigo mismo y con los demás en libertad, y amar y ser amado por la persona amada.

Ana Ortiz Bandera

UNA PEQUEÑA OBRA DE CARIDAD

-La actriz ha pasado unos días en este exclusivo hotel de la Costa Azul para recuperarse de las tensiones de su último rodaje...

Su mirada se apartó de la revista para deslizarse por cada detalle de aquella terraza: el azul turquesa del agua de la piscina, el intenso verde del césped, el rojo de las libreas de los camareros... A lo lejos se podía escuchar el sonido seco de una pelota de tenis acompañado del débil quejido de quien la había lanzado al otro lado de la red, y más allá las risas de los niños que jugaban en el club infantil. Pero sin duda, el sonido que con más facilidad conseguía hipnotizarla era el de las olas del mar... Sentía que podría quedarse escuchando ese ir y venir por siempre jamás. Allí sentada, en aquella misma terraza. Una tarde de azul dorado que durara toda la vida. Cerró los ojos e inspiró con todo su ser para que la suave brisa que había comenzado a soplar le despertara hasta la punta de los dedos. ¡Eso era vida, joder!

Volvió a abrir los ojos y los dirigió una vez más a la revista. El artículo venía acompañado de una foto de la actriz en una terraza de hotel similar a donde ella se encontraba ahora, sonriendo a alguien de espaldas a la cámara y sosteniendo lo que parecía un...

-¡Camarero! ¿Me trae una caipiriña por favor? Y póngale una sombrillita... ¡No! Espere...

Sus ojos consultaron rápidamente la foto.

-Póngale mejor una rodaja de naranja y una de esas palmeritas de papel brillante.

El chico torció el gesto en una débil mueca de fastidio en cuanto le dio la espalda y volvió a los pocos minutos con la bebida.

Asun observó la copa con atención antes de sonreír de oreja a oreja y llevársela a los labios.

-La actriz ha pasado unos días en este exclusivo hotel de la Costa Azul para recuperarse de las tensiones de su último rodaje -repitió en un susurro.

Vale, aquello no era la Costa Azul, pero se le acercaba bastante. Y ella podía ser incluso más atractiva que la actriz en cuestión. Sólo le hacían falta un nuevo corte de pelo y una semanita de absoluto relax en la que no tuviera que mover un solo dedo. Se lo había ganado. Llevaba treinta y cinco años ganandoselo.

La brisa volvió a llegarle como una caricia al rostro, le revolvió el cabello y agitó el papel brillante de la palmerita sobre la piel de la mano. Asun sintió cosquillas y una pequeña carcajada se le escapó de entre los labios.

Una semanita de absoluto relax, de no hacer nada y, sobre todo, de no pensar. No. No podía pensar. Porque si se permitía hacerlo, aunque fuese durante sólo unos segundos, estaba perdida. Se conocía demasiado bien y sabía que entonces dudaría y acabaría volviendo con el rabo entre las piernas a pedir perdón y devolverlo todo. Y se lo había ganado. Se lo había ganado, joder.

De todas formas, lo que tenía en su poder no era tanto como para poder pegarse la gran vida para siempre. Iba a ser sólo una semana. Después... bueno, ya vería lo que haría después. Ahora no quería pensar, no debía pensar.

Sus labios se curvaron alrededor de la pajita para sorber un poco más de alcohol y dejaron una marca de carmín rosa. Asun la observó distraída mientras los pensamientos llamaban con insistencia a la puerta de su conciencia. El ron estaba comenzando a acariciarle el estómago con manos ebrias. Debía seguir bebiendo, eso es. Después de esa caipiriña pediría otra y otra. Y otra. Hasta que esas manos ahogaran sus pensamientos y los obligaran a callar de una vez. Asun levantó de nuevo el rostro e intentó concentrar su atención en el hermoso atardecer que se extendía frente a ella. El sol comenzaba ya a tocar el agua con las puntas de los dedos, a sumergirse lentamente para prestarle al mar durante unos minutos su exquisita paleta de colores dorados. La noche anterior había diluviado. Resultaba extraño... Como una señal o una advertencia... El dedo de Dios señalando a la culpable y descargando sobre ella toda su ira. O al menos, así se le había antojado a Asun mientras andaba, casi corría, hacia la estación de trenes con la bolsa fuertemente apretada contra el pecho, bajo el abrigo. La chica de la taquilla le había dado el billete con una expresión de desconcierto absoluto en el rostro. Era comprensible. Asun se había percatado entonces del aspecto que presentaba: empapada de la cabeza a los pies, con

los ojos enrojecidos por el llanto, una sonrisa olvidada en los labios... y un bulto considerable sobresaliendo por la solapa de aquel abrigo barato que Antonio le había regalado el año anterior y del que ella se había deshecho nada más pisar el hotel. Antonio... ¿Qué estaría haciendo ahora? Seguramente llamando a la policía y diciéndole a Cristóbal con su tono de voz más conciliador que apurara el cacao, que no quería ver ni una gota en el vaso. ¿Qué excusas le pondría a su hijo? ¿Cuál sería su explicación para lo que había pasado? Seguramente le diría que había ido a pasar unos días con la tita Rosa en Alicante. Eso le daría tiempo para comprobar qué era lo que le había ocurrido a su mujer en realidad y si iba a volver a casa alguna vez. Pero ni ella misma sabía lo que iba a pasar a partir de ahora... Lo que sí sabía era que no iba a volver. No, de eso nada. No a esa vida que acababa de dejar atrás. No podría soportarlo ni un sólo día, ni un sólo minuto más. El aburrimiento..., la monotonía..., la mediocridad. Ni hablar. Ya había dado el paso. Ahora no había marcha atrás. Y Antonio tenía mucho de lo que culparse, con esas pocas ganas de vivir que se contagiaban tan rápido como el peor de los virus... Ella lo había intentado, de verdad que sí... quizá durante demasiado tiempo. Lo sentía mucho por el pequeño y se le encogía el corazón cada vez que se lo imaginaba sentado en aquel sofá de cuero gastado junto a su padre, viendo la tele sin ver nada. Pero, al fin y al cabo, Cris no era su hijo. Siete años de matrimonio le habían hecho llegar a quererlo como si realmente lo fuera, pero cuando llegó el día en que el alma se le había quedado afónica de tanto gritar ayuda... Decidió cortar ataduras y pensar un poco en ella por primera vez en su vida. Eso es. Tenía todo el derecho a pensar en ella misma por una vez.

Asun sorbió con fuerza hasta que la boca se le llenó de bebida. Tragó y cerró los ojos. Y la anciana... Bueno, de ella sí que no tenía por qué preocuparse. Ella no necesitaba ya nada. Había vivido, y había vivido bien. Pero lo que le había hecho... era un delito, lo sabía de sobras. Además, a una mujer ciega y mayor... Bueno, sí, pero sin nada que esperar, nada que desear. Y ella sí que deseaba, deseaba mucho, quería hacer tantas cosas en su vida... Pero para eso hacía falta dinero, como para todo. Y la forma en que la vieja se lo había ocultado... Se lo tenía merecido, eso es. ¿Cuántas veces le había dicho: «Ay hija mía, ojalá te pudiera pagar de alguna forma todo lo que haces por mí»? Y ella no le había pedido nada en ningún momento, se había conformado con las galletas que le preparaba cada tarde... Pero no soportaba que le tomaran el pelo, de eso nada. Una mujer con todo ese dinero y viviendo como una pordiosera... Es más, abusando de la generosidad de su vecina sin darle más a cambio que un puñado de galletas. Pues ahora se lo había llevado todo, así aprendería a no ser tan usurera. Nunca es tarde para recibir las enseñanzas adecuadas, ¿no?

Asun tragó saliva. Esta vez no había sorbido. Permanecía con los ojos llenos de terror fijos en el vacío frente a ella. ¿Qué había hecho, Dios mío? Ella no era una mala persona. ¿Cómo había podido llegar a aquello? ¿Qué la había convertido en lo que era ahora? Sus ojos volvieron a cerrarse con fuerza, hasta que casi dolía, y sus dedos se hundieron con rabia en sus sienes. ¡Basta! No era ninguna criminal, no lo era. Era una mujer desesperada, triste y cansada de todo. Por eso había hecho lo que había hecho..., y tampoco era tan disparatado, joder. La anciana jamás iba a utilizar todo lo que tenía, ni siquiera una décima parte. No tenía familia, no tenía absolutamente a nadie. Sólo a ella. Sólo a ella...

De repente, Asun casi pudo sentir las manos de la anciana palpando cada facción de su rostro exactamente como habían hecho la primera tarde que ella había bajado a su casa.

-Eres muy guapa... Sí señor, muy guapa. Tu cara me recuerda a las de las grandes de mi tiempo..., a la Garbo, o la Bergman. ¿Cómo es que no te has metido a actriz, reina?

Asun había soltado entonces una carcajada limpia de puro agradecimiento.

-¿Actriz? No exagere, mujer.

Pero la anciana no había hecho más que leer la mente de la mujer que acababa de conocer. Asun ya había perdido la cuenta de las veces que había pensado que debía haber seguido sus aspiraciones en lugar de estancarse en un matrimonio más que desafortunado con un hombre mucho mayor que ella, un viejo de cien años encerrado en el cuerpo de uno de cuarenta con un niño autista al que cada vez prestaba menos atención.

Después de aquello la anciana había esbozado una sonrisa enigmática y había permanecido en silencio durante unos segundos, y Asun casi creyó que sus ojos la veían de verdad.

-Bueno, traes mis revistas, ¿verdad?

-Sí... Me he encontrado en las escaleras con la chica que le limpia y me ha dicho que hoy se tenía que ir antes y...

-Paquita está muy rara últimamente. ¿Te has fijado en su ojo derecho?

Asun dejó caer la mandíbula en una mueca de asombro y la anciana se echó a reír.

-Soy más ciega que un topo, reina, te lo puedo asegurar. Pero hay otras formas de ver que a veces funcionan mejor que unas pupilas sanas. Siempre saludo a mi Paquita con una palmada en la mejilla, pero cuando la aparta antes de que la toque, aunque sea un milímetro, ya sé que es porque ese hijo de mala madre le ha vuelto a pegar. Pobretica..., con veintipocos años y esa mala vida...

Asun había colocado las revistas sobre la mesita ante la que estaban sentadas, pero la anciana alargó una mano y deslizó el montón para acercarlo de nuevo a la mujer.

-Bueno pues..., escoge la que quieras y empieza por leer la portada. Me encanta abrirme el apetito primero.

Asun cogió una revista, después otra y otra, y leyó todo lo que la anciana le pedía. Comentaron los vestidos de la gente famosa, los lugares donde pasaban las vacaciones, las bodas y divorcios, bebieron té y comieron galletas, y cuando quiso darse cuenta, Asun se sentía más animada de lo que lo había estado en años.

-¿Puedo volver mañana? -le había preguntado a la anciana, con el mismo tono de voz expectante de una niña pequeña que le pregunta a su madre si puede darse otra vuelta más en el tiovivo.

La anciana había esbozado de nuevo su enigmática sonrisa antes de responder.

-Eso espero.

Y ella había vuelto todas las tardes hasta que se creó una deliciosa rutina entre las dos. Ella la ayudaba a preparar el té -las galletas las horneaba la anciana cada mañana para que estuvieran listas cuando Asun llegara-, y después se sentaban ante el brasero, la anciana en su vieja butaca, ella en el sillón de terciopelo verde y tapete blanco, y se sentaban a charlar durante horas sobre las revistas o sobre la vida de la anciana, con fotos y cartas que hacían las veces de revista del corazón de toda una trayectoria vital de ochenta y tres años. Asun esperaba la llegada de la tarde como un recluso espera la hora de las visitas, con ansia y expectación, como lo único bueno de su miserable existencia.

Unas semanas después de aquello Asun comenzó a percatarse de que la casa estaba cada vez más sucia.

-¿Es que Paquita ya no viene a limpiarle? -le preguntó a la anciana una tarde mientras se sentaban ante el té.

-No. No viene desde aquel día en que te la encontraste en la escalera.

-¿Y eso?

La anciana se encogió de hombros y aceptó la taza que le ofrecía Asun.

-No lo sé. No me ha llamado. Y a estas alturas, estoy ya más que preocupada. A mí la casa me da igual, la verdad. Pero anoche mismo la llamé yo para ver qué le pasaba y me lo cogió el marido... Un mal nacido, eso es lo que es. Y me dijo: «No se va a poner. Buenas noches.» Así, sin más ni más. Y yo creo que ese desalmado le ha hecho algo malo a la Paquita. Algo serio de verdad, no un simple guantazo en la cara. Se veía venir. Y mira que yo se lo decía... Pero como luego la escuchaba lloriquear mientras limpiaba el baño pues... me callaba para no hacerla más miserable a la pobretica, que bien sabe ella lo que tiene en casa. No sé, no sé... No me gusta nada.

-Pero usted no puede vivir con tanto polvo y el suelo como está...

-No te preocupes, reina. No pasa nada. Si es por el desorden..., bueno, yo no lo veo, así que ya sabes lo que dicen de «ojos que no ven» -dijo con una amplia sonrisa de dientes postizos.

-Bueno, pero puede tropezar y caerse con algo, o resbalar en el suelo de la cocina... No. No se preocupe. Yo le limpiaré la casa a partir de ahora.

-¿Qué dices, mujer? ¡Anda ya, no seas tonta! Si la Paquita no vuelve en un par de días voy a hacer dos llamadas: la primera a la policía y la segunda a una agencia o algo para que me manden a otra.

La anciana volvió a esbozar otra de sus grandes sonrisas, pero Asun subió a su casa aquella tarde con la firme determinación de regresar al día siguiente con un cubo y una fregona. La

buena mujer soltó una sincera carcajada en cuanto la oyó entrar cargada de botes de desinfectante, escobas y palanganas, pero enseguida meneó la cabeza con gesto maternal y dijo: -En fin, hija mía, si con eso te quedas más tranquila...

Pues sí. Con eso se quedaba mucho más tranquila. Con eso acallaba su conciencia, lo sabía muy bien. La anciana se había convertido en su buena acción diaria, la forma de no sentirse una mala persona por no querer la vida que llevaba, ni la familia que tenía en casa. Cada baldosa que limpiaba, cada plato bien colocado, cada risa que le regalaba a la anciana eran una caricia cálida en el interior de un alma que ella creía ya inerte. Por fin había encontrado la forma de conseguir el silencio en sus entrañas y de conciliar el sueño por las noches...

Hasta que llegó aquel día. Un descubrimiento fortuito y el insomnio volvió a ella con toda la fuerza que la indecisión, la excitación y la esperanza podían llevar consigo. Y la conciencia. Aquel incansable compañero de fatigas también volvió para recordarle quién debía ser. Se había pasado toda aquella noche dando vueltas y vueltas en la cama, los ojos como platos, las imágenes sucediéndose frente a ella como una de esas pelis de suspense que ella siempre había soñado con protagonizar. En esa película ella se despedía de la anciana como todos los días, y mientras guardaba la fregona y el cubo en el trastero, apartaba una de las tablas de madera de la pared con cuidado para no hacer ruido y sacaba del agujero que había detrás la bolsa de lona marrón. Después volvía a despedirse y cerraba la puerta de entrada tras de sí. Asun se veía a sí misma subiendo los peldaños de la escalera con cuidado, el corazón le martilleaba con fuerza el pecho pero ella disfrutaba con cada golpe. Hacía tanto tiempo que no sentía... Después, una elipsis en el momento adecuado y la siguiente escena la mostraba en una playa paradisíaca, bebiendo un cóctel lleno de adornos y respirando profundamente el aroma salado del mar. Pero claro, en ese momento su conciencia proponía un final alternativo, un final que Asun contemplaba con el rostro encogido por el terror y la culpa. En él se veía a sí misma escoltada por la policía y entrando en una furgoneta mientras los vecinos le gritaban insultos o le escupían, Antonio la miraba con ojos llenos de dolor e incredulidad y Cristóbal le decía adiós girando su manita derecha con una sonrisa de bendita ignorancia.

Pero, ¿por qué iba a salir mal? ¿Qué podía torcerse en un plan bien trazado cuya víctima era una persona de edad más que avanzada que no podía ver?

-La actriz lucía un modelo de pedrería de Chanel que dejaba al descubierto la espalda, y su marido la acompañó al evento con un traje de Armani de chaqueta negra...

-Describeme bien el vestido de ella, reina -la interrumpió la anciana.

Asun levantó la mirada de la revista y sus ojos siguieron las manos de su interlocutora mientras éstas apartaban con torpeza las migajas de galleta que se habían quedado arrinconadas en una esquina de su mentón afilado. Asun sintió un acceso de náuseas.

-Pues... es dorado, con tirantes muy finos que cuelgan detrás como un collar y lleva también...

Además, pensó, ¿para qué necesita una mujer de ochenta y tres años tantísimo dinero? ¿Y por qué lo tiene tan escondido? Seguro que por las noches lo saca y lo cuenta como una usurera.

-... zapatos a juego atados a la pierna con cintas doradas.

-¿Y el pelo? ¿Cómo lo lleva?

-Rizado y en un moño alto que deja...

Tantas veces que me ha dicho que no tiene con qué pagarme... y no es que yo le haya pedido nada pero..., joder, me dejo las cejas limpiándole la casa, qué menos que un regalo de vez en cuando... Pues no. ¡Galletas y más galletas! ¡Y más galletas!

-... al descubierto el cuello, y tiene mechones cayéndole por todos lados. Va muy guapa.

-¿Lleva joyas?

-Sólo unos pendientes de brillantes pequeños y...

Y ya me estoy cansando de mi pequeña obra de caridad. Ya me estoy cansando de limpiarle, cuidarle, leerle... y aguantarla. Ya estoy harta. Le he ofrecido la mano y la vieja me ha agarrado el brazo y no lo suelta ni a la de tres.

-... unas pequeñas flores de brillantes en el pelo.

-Muy elegante, sí señor.

-Sí.

-¿Qué te pasa hoy, reina? -preguntó de repente la anciana. Su mano atravesó la mesa y buscó la de ella. Asun la acercó y dejó que se la acariciara.- Te noto distraída... o desganada. ¿Qué es? ¿Te has cansado ya de hacerle compañía a una vieja solitaria?

-No, no es eso... No me pasa nada, de verdad.

Asun observó unos segundos el rostro sonriente y gastado de su interlocutora, y después paseó la mirada por la estancia, recorriendo las fotos de las paredes, las mesitas y el aparador. La verdad es que había sido una mujer guapa de verdad. Y feliz, rodeada de gente que la había querido. Sus ojos se posaron por fin en una de las fotos favoritas de la anciana. En ella, sus brazos, todavía jóvenes y bien formados, rodeaban el cuerpo menudo de una niña y su mejilla se apretaba contra la de ella. Era la hija de una amiga. Le encantaban los niños, los adoraba, quizá porque nunca había podido tenerlos. Por eso trataba a Asun como si fuera una chiquilla, como a la hija que habría querido tener. Y seguramente había hecho lo mismo con la limpiadora, se había preocupado por su felicidad y por las palizas que recibía de su marido como si ella fuera parte de su familia. Porque ya no le quedaba nadie. Estaba sola.

La compasión recorrió de nuevo las venas de Asun y la hizo sonreír con ternura y apretar la mano de la anciana.

-Eso está mejor, reina. Seguro que estás mucho más guapa cuando sonríes, puedo notarlo. ¡Ay hija! No puedes imaginarte la compañía que me das, cuánto te agradezco que decidas dedicar tus tardes a aguantar a una vieja pelleja como yo. ¡Ojalá tuviera yo dinero para pagarte todo lo que haces por mí!

¡Lo tienes, mentirosa, lo tienes!, pensó Asun retirando su mano con algo de brusquedad.

¿Por qué había tenido que repetir aquella maldita frase? ¿Por qué? Cada vez que la escuchaba se sentía engañada, ridícula... y justificada. Con aquellas palabras la anciana acababa de darle permiso para robarle, la había convertido en una ladrona. Era culpa suya. Sólo culpa suya. La tarde de su huida, mientras introducía en la cerradura la copia de la llave que la anciana le había dado el primer día y entraba en la casa, todavía dudaba, todavía se sentía mal por lo que estaba a punto de hacer, pero seguía diciéndose a sí misma que la vieja no iba a utilizar nunca ese dinero, es más, si alguna vez lo necesitaba, estaba casi segura de que se negaría a sacarlo del escondite y gastarlo. No, ese dinero era simplemente el reflejo de una manía senil, y a ella podía cambiarle la vida, convertirla en lo que siempre había querido ser. Debía tomarlo como un regalo que le hacía la vieja por todo lo que Asun, a su vez, había hecho por ella. Como una señal caída directamente del cielo.

-¿Te vas de viaje, reina?

La mujer sintió un pinchazo en el corazón y volvió a dejar la taza sobre la mesa para que la anciana no percibiera el temblor que la había empezado a sacudir. Casi había olvidado lo perspicaz que podía llegar a ser.

-Eres increíble -respondió Asun a través de una sonrisa forzada.- ¿Cómo lo has sabido?

-Porque he escuchado cómo dejabas un bolso pesado en la entrada. ¿Me equivoco?

La sonrisa postiza de la anciana se le antojó esta vez cruel y cínica, y Asun respiró hondo antes de mentir.

-Pues no. Esta noche me voy a Alicante a pasar unos días con mi hermana. Necesito descansar un poco y Antonio no ha puesto peros así que...

-¡Y que los ponga! -exclamó la anciana antes de soltar una carcajada de sincera camaradería. Asun rió también y sus músculos comenzaron a relajarse.

-Pues muy bien que haces, reina. Disfruta todo lo que puedas que todavía eres joven. ¡Ea! Brindemos con té por tus pequeñas vacaciones.

Y una hora después, las imágenes que ella había visto a través de los ojos de su mente cada noche al acostarse se hicieron realidad. Asun guardando la fregona y el cubo en el trastero; Asun apartando la tabla de madera y sacando la bolsa de lona; Asun guardando la bolsa en el abrigo y despidiéndose de la anciana a voces antes de abrir la puerta de la entrada y cerrarla tras ella. Ya estaba hecho. Por fin estaba hecho. Asun dejó escapar el aire de los pulmones en un suspiro y comenzó a bajar las escaleras despacio, en completo silencio. La excitación por el delito cometido, por el rumbo que su vida estaba a punto de tomar, pugnaba por hacerse un hueco en su pecho y dominar sus emociones, pero la culpa no parecía ceder, y atenazaba su garganta con uñas afiladas hasta dejarla sin respiración. Había vuelto a dejar a la anciana

completamente sola en el mundo. La había traicionado. Podía sentir su dolor cuando fuese a buscar el dinero y descubriese que no estaba. Comprendería entonces el motivo de la desaparición de su querida vecina y lloraría desconsolada por la falta de alguien que verdaderamente la quisiera.

Asun se detuvo a dos pasos del portal y volvió la mirada hacia arriba. Todavía estaba a tiempo de arrepentirse. O simplemente podía retrasar la huida. Podía subir a casa y esconder el dinero debajo de la cama hasta decidir bien qué hacer... Pero la idea de volver a ver a Antonio, de enfrentarse a Cristóbal una vez más... No. No podía.

De repente, la puerta de entrada se abrió y una chica menuda entró en el portal y encendió la luz. Asun reprimió un grito de sorpresa y logró sustituirlo a tiempo por una sonrisa cortés. Era la limpiadora. Su ojo derecho ya no estaba hinchado, pero ahora tenía hematomas por casi todo el lado izquierdo del rostro y el cuello. La sonrisa de Asun se le congeló en el rostro y le impidió pronunciar palabra cuando la chica la saludó tímidamente antes de desaparecer escaleras arriba. Asun permaneció unos segundos con la mirada vuelta hacia la oscuridad que había engullido a la chica en el primer piso, y la sonrisa volvió a revivir en sus labios con nuevas energías. Bien, si aquello no era una señal... Ahora sabía que al menos no la dejaba sola. Paquita había vuelto y con ella la normalidad, las antiguas costumbres, su antigua vida. La anciana quedaba en buenas manos. Y quizá, cuando volviese a sacar el dinero para adorarlo y contarlo y descubriese que ya no estaba y atara cabos..., a lo mejor después del primer berrinche... o del segundo, puede que sonriera pensando en la travesura de su vecina y en que al final había conseguido hacerle a su «reina» el mejor regalo que podía imaginar por la caridad que había demostrado tener con ella durante varios meses.

Esa repentina euforia le había durado a Asun justo lo que había tardado en salir a la calle y darse de bruces con el mismísimo diluvio universal. Pero entonces había concentrado sus fuerzas en esa otra señal, esa aparición bendita en forma de chica menuda y apaleada que seguro había vuelto para buscar refugio en la anciana, tal y como ella había hecho meses atrás, y con ese pensamiento había logrado llegar a la estación de trenes. Empapada y exhausta, pero decidida.

La brisa templada volvió a acariciar la piel de Asun. Y con ella regresaron sus sentidos. Volvió a escuchar el sonido del mar y las risas de los niños, y volvió a sentir el sabor agridulce de la caipiriña y la calidez del alcohol en cada rincón de su cuerpo. Ya no llovía. Ya no iba a llover más. Sus ojos miraron al cielo y se dejaron llenar de azules, dorados y rojizos. El buen tiempo había llegado. Los buenos tiempos. Ahora sólo tenía que respirar hondo y disfrutar.

Cuando bajó de nuevo la mirada sus ojos se cruzaron con los de un desconocido que leía el periódico sentado enfrente. Ella sonrió coqueta y el hombre le devolvió la sonrisa y la acompañó con un gesto de la cabeza. Pues sí, iban a ser buenos tiempos...

Asun se inclinó hacia atrás y cerró los ojos. Pero inmediatamente el rostro de la limpiadora volvió a aparecer ante ella: los hematomas de la cara y el cuello, los pómulos angulosos, la mirada grande y oscura pidiendo ayuda a la cámara... ¿A la cámara?

Los ojos de Asun se abrieron ahora con la misma expresión de terror que había visto en los de la limpiadora y se estrellaron contra una foto en la primera página del periódico que sostenía el desconocido.

Joven de veinticinco años se entrega en comisaría tras matar a una mujer de ochenta y tres.

Francisca M.G. confesó en la madrugada de ayer haber acabado con la vida de E.R.L., que murió de una fuerte contusión en la cabeza, después de una disputa sobre un dinero que la joven aseguraba esconder en el domicilio de la anciana y que al parecer había desaparecido. Según confesión de la propia Francisca, el dinero procedía de un pequeño premio de lotería al que le había ido sumando durante varios años las cantidades de distintos hurtos discretos en las casas donde limpiaba, con el fin de ahorrar lo suficiente para abandonar a su marido, que la sometía a violentos maltratos físicos y psíquicos que habían llegado a mantenerla hospitalizada en las semanas previas al crimen. La joven, que se mostró arrepentida en todo momento, confesó que había perdido los nervios ante las negativas de la anciana a admitir el robo. Francisca limpiaba

la casa de E.R.L. desde hacía tres años, y los vecinos afirman que era una chica distante y reservada, pero que jamás habían escuchado discusiones o peleas previas a la noche del crimen.

-Joder... si es que no saben beber. Se gastan billetes y más billetes en ponerse hasta arriba de mierda... ¿Así cómo van a disfrutar bien de lo que tienen? Mira ésta, por ejemplo, cómo viene... más doblada que mi tío Genaro, que ya le da, ya...

El camarero que le había servido la caipiriña a Asun siguió los ojos risueños de su compañero hasta llegar a su objeto de burla, que caminaba hacia ellos con paso inseguro y una expresión de profunda angustia en el rostro.

-¡Qué va, tío! Esta mujer no va pedo, si a ésta sólo le he servido una caipiriña.

-Pues entonces, mucho pareo y mucha joya pero tiene el aguante de un mosquito.

La mujer pasó junto a ellos sin levantar la mirada del suelo, y el camarero burlón, que estaba más próximo a ella, hizo ademán de ayudarla cuando casi perdió el equilibrio al cruzar la entrada del bar.

-¿Que no va pedo, dices?

El chico meneó la cabeza, pensativo, y la siguió con los ojos al interior. Después se volvió a su compañero y sus labios se estiraron en una mueca compasiva.

-No. No es borrachera. Yo creo que es pena. Esta mujer tiene que tener problemas gordos.

-Ya sabes lo que dicen, tío, «el dinero no da la felicidad»... pero a mí me haría un apaño, ¿o no?

El camarero burlón soltó una sonora carcajada y la acompañó de un codazo cómplice en el costado de su compañero. El chico que había servido a Asun lo miró de soslayo y sonrió a medias.

Ernesto Martín Reche

Espejo

El desván estaba sucio y polvoriento, a diferencia del resto de la casa nadie había subido allí aun para limpiar.

Leonard acomodó con cuidado el baúl entre los numerosos trastos que apenas si permitían caminar en el pequeño desván y dejó escapar un suspiro de alivio al librarse del peso del mueble.

Mientras el hombre tomaba aire después del esfuerzo paseó su vista por el atestado lugar.

- Mariam, tenemos que reservar un día para limpiar aquí arriba. – Durante unos instantes esperó una respuesta, sin embargo su esposa no debía haberle oído, o si lo había hecho no creía que fuese necesario añadir algo a una observación tan evidente.

Leonard avanzó con cuidado de no pisar nada y notó como el suelo crujía ligeramente bajo sus pies. A su derecha un antiguo perchero de madera se alzaba orgulloso sobre el resto de los viejos muebles. A su izquierda un señor de adusto bigote le observaba altivo mientras dejaba que las polillas agujerearan el marco de su cuadro.

Un puñado de cajas cubiertas con una lona acumulaban polvo en mitad de la habitación mientras una antigua lámpara de araña descansaba contra el suelo.

- Mariam, cariño, deberías subir a ver todo esto.- La cara de Leonard reflejaba el mismo entusiasmo que la de un niño sentado junto al árbol esperando abrir los regalos de navidad. – Seguramente habrá algo de los antiguos dueños que podamos aprovechar.
- Leo, no te entretengas, baja y ayúdame a desembalar las cajas del salón.- La voz de Mariam llegaba lejana y algo amortiguada por la distancia. Así que en lugar de responder, Leonard decidió bajar para ayudar a su esposa.

Una figura oscura se dio la vuelta al mismo tiempo haciendo que Leonard quedase paralizado del miedo. Durante un instante su corazón se detuvo y notó como sus pulmones luchaban por tomar aire.

Con la mano en el pecho y respirando entrecortadamente Leo sonrió al ver que sólo se trataba de un espejo de cuerpo entero que le devolvía un reflejo distorsionado por la capa de polvo y la escasa iluminación.

Esbozando una sonrisa tranquilizadora, dirigida a él mismo, se acercó al ornamentado espejo y lo admiró con detenimiento. Era una pieza antigua, sin duda una verdadera obra de arte, que seguramente valdría una fortuna. El soporte de madera estaba finamente labrado imitando dos troncos de árboles con madre selvas enroscadas alrededor. El marco, como si fuese una extensión del propio soporte, imitaba a las hojas de las enredaderas.

Con un dedo, Leonard, retiró un poco de la gruesa capa de polvo que cubría la madera, el toque le produjo una extraña sensación. La madera no estaba fría, muy al contrario, parecía tibia y muy suave al tacto.

La voz de Mariam le devolvió a la realidad en un instante.

- ¡Leonard! ¿Vas a ayudarme o no?
- Ya voy para abajo, cariño.

Con pasos vacilantes, Leo, se retiró del hermoso espejo y comenzó a bajar las escaleras, no sin echar un último vistazo a aquella obra de arte. En el último instante Leonard hubiera jurado ver una leve iridiscencia que recorría la superficie del espejo, pero cuando terminó de bajar las

escaleras sólo tenía en mente ayudar a su mujer, el espejo había pasado a formar parte del mobiliario de su subconsciente.

Leonard y Mariam eran una pareja de clase media-alta. De esas que no son invitadas a fiestas, pero que pueden montar alguna de vez en cuando. O, para decirlo de otra forma, una joven pareja con un trabajo cada uno, y una hipoteca. Dinero suficiente para vivir de una forma desahogada pero sin excesivos lujos.

Él había decidido estudiar medicina, sin embargo a mediados del primer año descubrió que aquello no era lo suyo y finalmente había dejado el bistrú por la enseñanza infantil. Ella en cambio siempre había sabido que su vocación era la música y desde muy joven había estudiado en el conservatorio. Su ingreso en la orquesta sinfónica provincial como clarinetista fue una mera formalidad, Mariam había probado con creces que merecía el puesto mucho antes de presentarse al examen de ingreso.

Así pues la vida de ambos estaba más o menos establecida en esa dulce rutina que acontece tras los primeros años de matrimonio y que significa que ambos han encontrado su sitio en la pareja y que no van a cambiarlo en el futuro inmediato.

Sólo las visitas ocasionales de la madre de Leonard, una pequeña anciana de enorme papada y acuosos ojos grises, o las habituales travesuras de David, el hijo de ambos, rompían la monotonía en la vida del matrimonio. Por supuesto, la nueva casa familiar, había sido uno de los grandes acontecimientos en los siete felices años que habían pasado desde el día de su boda. La mansión era de construcción antigua. Con dos pisos, cobertizo, desván y porche, era más de lo que ninguno de los dos podía haber soñado jamás. Situada a las afueras de la ciudad, la casa estaba lo suficientemente lejos como para no tener que aguantar las inconveniencias de la vida urbana, pero lo bastante cerca como para tener todas las ventajas.

- Cariño, he encontrado algunos muebles magníficos en el ático. Creo que podríamos aprovechar algunos en lugar de tirarlos.- Con un leve gruñido, Leonard, levantó la última caja cargada con los adornos de porcelana, aunque él hubiera jurado que eran de plomo, y la llevó hasta el salón.
- ¿Tu crees? La inmobiliaria dijo que ahí arriba sólo había trastos.- Mariam, que había entrado en la treintena aunque no aparentaba más de veinticinco, también respiraba entrecortadamente por el esfuerzo de la mudanza.
- No creas, arriba he visto... - Leonard no pudo concluir la frase por que un torbellino rubio entró en la habitación con un avión de plástico en la mano e imitando el ronroneo de un motor a reacción.
- David, ten cuidado con esa caja, es la de la porcelana... Cariño, haz caso a mamá y lávate las manos que la cena estará lista dentro de muy poco.- David, que no contaba con más de seis años, torció el gesto y, haciendo ver que no estaba de acuerdo con la decisión unilateral de su madre, se dirigió al cuarto de baño.- Leo, si tu crees que ahí arriba hay algo que pueda servir, subiré contigo y le echaremos un vistazo. ¿de acuerdo?
- Perfecto, quizá...
- Pero hoy no, tenemos mucho que desembalar y tu lo sabes.- El tono y la mirada de su esposa no dejaron ninguna duda a Leonard de que su esposa no iba a ceder.- Por cierto, amor, ¿podrías decirle a tu madre que se venga a pasar unos días? La verdad es que necesitaría un poco de ayuda con David... apenas si puedo estar pendiente de él y de la mudanza.
- No creo que haya ningún problema, sabes que a mi madre le gusta sentirse útil. La llamaré y pasaré a recogerla mañana- Mariam sonrió levemente, Leonard sabía que ambas mujeres se llevaban bien aunque a su esposa no le gustaba demasiado tener a su suegra "organizando" su casa.

Poco después de la cena, unas delicias orientales encargadas por teléfono, los tres habitantes de la casa estaban ya en la cama intentando recuperar fuerzas para la jornada siguiente. David planeando excitantes aventuras en su nuevo entorno, Mariam organizando y remodelando la

distribución de muebles por enésima vez y Leonard sumido en un suave sueño en el que hermosas superficies cristalinas reflejaban la luz de la luna.

Había un largo camino. Un camino de barro húmedo y agujas de pino. A los lados del camino se extendía un profundo bosque y el viento movía los árboles de forma acompasada. Con paso vacilante, estaba descalzo en mitad del barro, Leonard empezó a caminar. No sabía que hacía allí, de hecho tampoco le importaba demasiado. Sólo sabía que tenía que avanzar y llegar hasta su destino, fuera el que fuese. La luna llena iluminaba el cielo sin estrellas y por alguna extraña razón a Leonard le parecía que aquella noche, el astro, tenía un familiar brillo iridiscente.

Quizá anduvo durante media hora, quizá fue más, Leo no tenía forma de saberlo. No llevaba reloj en la muñeca y su única ropa era una camiseta de manga corta y unos calzoncillos boxer, sin embargo cuando empezaba a perder la esperanza de llegar hasta el final del camino su mente le gritó con fuerza. De repente Leonard cayó en la cuenta de que estaba dormido y que todo aquello no era más que un sueño. Era una de esas veces en las que nuestro subconsciente se alía con la parte consciente de nuestro cerebro y ambos empiezan a jugar a ser dios en el mundo onírico, una de esas veces en las que creamos mundos de ilusiones y situaciones extravagantes donde nosotros mismos somos escritor y personaje de la historia.

Sin embargo Leonard no tenía ganas de jugar aquella noche y lo que menos le apetecía era tener extraños sueños, así que decidió que era mejor sumirse en la oscuridad y descansar.

El primer indicio de que algo andaba mal fue la inusual dureza de la cama. Leo sentía la superficie dura bajo la espalda y empezó a plantearse si no se habría caído de la cama durante la noche. Una vez había oído que un niño cayó de su cama litera desde un segundo piso y el chiquillo ni siquiera se había despertado. Sin embargo cuando abrió los ojos la tenue luz y el silencio reinante le revelaron que no estaba en su dormitorio.

Con el corazón latiendo desbocado en su pecho Leonard se incorporó hasta quedar sentado. A su alrededor, amenazantes, algunas figuras encapuchadas le observaban inmóviles. Necesitó unos segundos para que su aletargado cerebro entendiese que se trataban de muebles y adornos tapados con sábanas y que no se encontraba en ningún bosque inhóspito rodeado de fantasmas, sino en el desván de su nueva casa.

Con el susto aún latiendo en su pecho Leonard se giró para poder levantarse mejor. Frente a él se encontró con su imagen reflejada en el antiguo espejo. Se vio a sí mismo con el pelo desgreñado y los ojos aún velados por el sueño y no pudo evitar dedicarse una sonrisa un tanto estúpida.

De repente la superficie polvorienta comenzó a brillar con luz propia. Más tarde Leonard no estaría seguro de si las imágenes que había visto aparecían en el espejo o si habían sido proyectadas directamente en su cabeza...

Allí estaba su madre. Vestida con la bata de franela azul que tantas veces había llevado y sentada en su vieja mecedora. A su lado la bolsa con las labores de costura que siempre le acompañaba a todos lados. La anciana, empequeñecida por la edad, se inclinó sobre su bastidor y con los acuosos ojos empezó a contar las puntadas del día anterior. David también estaba allí, gateaba alrededor de su abuela empujando un pequeño camión de plástico amarillo.

Ningún sonido llegaba hasta Leonard, sin embargo en los labios del pequeño podía verse que imitaba, como siempre, el ruido del motor.

La madre de Leonard metió la mano en la bolsa de plástico donde guardaba sus labores y sacó una bobina de hilo. De repente, como si el tiempo se ralentizase, Leonard, vio como del bolsillo de la bata caía un pequeño pastillero de plata esparciendo su contenido por el suelo.

La escena comenzó a hacerse borrosa, distante, sin embargo antes de desaparecer completamente Leonard pudo distinguir claramente a David alzando un puñado de pequeñas pastillas y llevándoselas a la boca.

Una espesa niebla de color blanco inundaba el espejo, o quizá su cabeza, Leonard no estaba seguro. Poco a poco la imagen empezó a hacerse más nítida, ahora podía ver la puerta de una vieja iglesia. Allí estaba Mariam, toda vestida de negro y con los ojos enrojecidos por las lágrimas. Había mucha gente, algunos hablaban en pequeños grupos mientras otros se acercaban de vez en cuando a saludar a su esposa. Ella no parecía prestarles demasiada atención y poco a poco se alejó del bullicio por una pequeña senda sin asfaltar que partía desde la iglesia, mientras, con la mirada, parecía buscar algo o alguien. El ornamentado arco de piedra de la vieja iglesia podía verse aún de fondo, pero Mariam seguía alejándose, buscando... parecía demasiado ensimismada, tanto que, aunque frente a ella se abría un profundo precipicio, su mirada seguía buscando como si no lo viese.

De repente, con una expresión de pánico en los ojos, Mariam avanzó hacia el desnivel como si la vida le fuese en ello. La densa niebla volvió a cubrir la imagen, dejando sólo la sensación vértigo en el desvalido Leonard.

Llegados a este punto cabría decir que Leonard sólo deseaba apartarse de aquellas desagradables imágenes, sin embargo una fuerza más poderosa que su propia voluntad le obligó a mirar un poco más.

Ahora podía verse a sí mismo. Estaba abajo, en la cocina, con dos latas de gasolina, las mismas que había usado en muchas ocasiones para rellenar el depósito del coche, rociando el suelo y las paredes de combustible. Con la expresión desencajada de un loco miraba de un lado a otro como si se cerciorase de algo. Las imágenes eran más nítidas que ninguna de las dos veces anteriores. Ahora captaba todos los detalles con inusitada viveza: la naranja sobre el frutero, los números digitales del microondas marcando las siete y diez de la tarde, las llaves del coche con el estúpido muñeco de goma que tanto hacía reír a David, un trozo de pan sobre la mesa, las odiosas pastillas de Mariam, a las que acudía cada vez que no podía dormir... todo parecía vibrar con aura propia.

Cuando el Leonard enloquecido quedó satisfecho con la cocina pasó a rociar el salón y la sala de estar, finalmente salió de la casa dejando un rastro de gasolina. La cerilla prendió con fulgurante rapidez y su luz era tan brillante como el resto de los detalles de aquella visión. Pronto toda la primera planta se encontraba lamida por las llamas. En el rostro del enloquecido Leo se reflejaba el brillo anaranjado del fuego, y por primera vez pareció atisbarse un destello de paz en sus ojos.

Sin embargo esta breve chispa se apagó de golpe. El Leonard que había estado observando impassible como su casa ardía en llamas, giró la cabeza hacia la derecha y su rostro se contrajo en una mueca de dolor indescriptible. Mientras, su otro yo, el que observaba ante el espejo, no podía ver qué era lo que había perturbado tanto a su reflejo. La imagen empezó a titilar y a hacerse más borrosa. Lo último que pudo ver Leonard fue a sí mismo saltando hacia las llamas mientras se arrancaba el cabello con las manos.

La vuelta a la realidad fue tan brusca y repentina como el comienzo del sueño. Leonard se encontró sentado frente al espejo. Aun estaba en el desván, y se sentía aturdido y desorientado. Oleadas de un miedo irracional, primitivo, proveniente de las profundidades de su ser se apoderó poco a poco de Leonard. Tenía que salir de aquel lugar, alejarse todo lo posible de aquel diabólico artefacto. No sabía qué había ocurrido, pero tampoco quería averiguarlo, sencillamente quería poner toda la distancia posible entre él y la fría superficie brillante que ahora le devolvía su propio reflejo. Más que nada en el mundo Leonard, necesitaba salir del desván, cerrar la pequeña trampilla y no volver a subir allí nunca más.

Antes de que su cerebro pudiera procesar nada más, Leo, gateó hasta la salida y bajó rápidamente los pocos escalones, tirando tras de sí de la puerta del desván. Sólo cuando había recorrido la mitad del pasillo en dirección a su dormitorio empezó a sentirse algo más calmado.

Era temprano, aunque el sol ya había salido, así que, andando casi de puntillas, Leonard se acercó a su habitación. Mariam aún dormía y no parecía haberse percatado de su ausencia.

Con mucho sigilo se dirigió al cuarto de baño y cerró la puerta. El corazón le latía muy deprisa, era como si hubiese tenido una aventura inconfesable, como si fuese el dueño de un oscuro secreto que no debía revelar a nadie. Por ello se sentía sucio, mucho más sucio de lo que jamás había estado.

Sin pensárselo dos veces, Leonard, abrió el grifo de la ducha y se desnudó. Quizá, pensó, no estaría de más tirar después esas ropas manchadas...

La ducha matutina tuvo, al menos, un efecto positivo sobre Leonard. Tras despejarse con el agua tibia y a la luz del fluorescente, las visiones delante de espejos diabólicos no parecían tener mucha credibilidad. Es cierto que nunca había sido sonámbulo, pero siempre hay una primera vez para todo... ¿Y si hubiese caminado dormido hasta el desván y allí hubiera seguido soñando...? Posiblemente todas aquellas visiones disparatadas formaban parte del mismo sueño y al despertar sobresaltado por la pesadilla había sentido pánico, algo totalmente comprensible siendo la primera vez que caminaba dormido, y había huido como un niño pequeño...

A media mañana Leonard ya tenía la certeza de que todo aquello había sido un mal sueño, posiblemente provocado por la cena del día anterior. Aunque deliciosa, la comida oriental podía tener sus riesgos, seguramente algo le había sentado mal y por eso había tenido unas pesadillas tan horribles.

- ¿Cariño, estas bien? No tienes buena cara.
- He pasado mala noche... creo que la cena de anoche no me sentó demasiado bien...
- ¿Quieres que vaya yo a por tu madre? Quizá no deberías conducir.
- No, no, estoy bien. No te preocupes, ya voy yo. Tu sigue con las cajas del salón.-
Mariam esbozó una tierna sonrisa y tras estampar un fugaz beso en los labios de su esposo se metió en el salón. Leonard por su parte hubiera preferido ir y venir a casa de su madre diez veces antes que desempaquetar una sola caja más.

Su madre vivía a tan sólo tres kilómetros de la nueva casa y el trayecto en coche no suponía más de diez o quince minutos, dependiendo de cómo se comportasen los semáforos. La madre de Leonard, era una mujer pequeña, de gestos vivaces y extravagantes costumbres. A su edad a la solitaria anciana sólo le quedaban los pequeños placeres: Bordar cuadros de punto de cruz, sestar en su butaca, la única con la que no le dolía su encorvada espalda, o sencillamente cuidar de su nieto favorito, el pequeño David.

De vuelta a la casa, mientras Leonard conducía el utilitario familiar acompañado de su madre y cargado con la mecedora favorita de esta, la anciana echó mano al bolso y empezó a rebuscar en su interior.

- ¿Qué pasa mamá?
- Nada hijo mío, que tu madre está perdiendo la poca cabeza que le quedaba. – Leonard sonrió con cariño y sujetando el volante con la mano derecha le pasó el brazo sobre los hombros a su madre.
- ¿Qué se te ha olvidado mamá?

Con un suspiro de alivio su madre sacó un pequeño pastillero de plata del bolso.

- Nada, aquí está. No recordaba si había echado las pastillas del corazón.

Por un instante Leonard observó el pastillero y tuvo la sensación de que era él el que había olvidado algo importante, algo terriblemente importante. Su mente trató de atrapar el pensamiento pero este era tan intangible y etéreo como la niebla.

El claxon de un coche sacó a Leonard de su ensimismamiento, sin darse cuenta había ido levantando el pie del acelerador y el coche apenas si se movía a diez kilómetros por hora. El pensamiento se escurrió finalmente y Leonard decidió dejar la caza para más tarde.

El resto del día transcurrió entre cajas de embalaje y trastos de limpieza. Su madre se ocupó del pequeño lo que les permitió, a él y a su mujer, dedicarse plenamente a terminar la mudanza. Hacia las diez de la noche, mientras Mariam preparaba algún refrigerio en la cocina, Leonard llevaba las últimas cajas hacia el piso de arriba. Con paso decidido al principio empezó a caminar por el pasillo que llevaba hasta la trampilla del desván, sin embargo cuanto más se acercaba sus pies parecían hacerse más pesados. Al cabo de tres minutos se descubrió a sí mismo parado a varios metros de la trampilla incapaz de avanzar ni un milímetro más. Leonard movió la cabeza negativamente como si tratase de sacudir el miedo, se dijo a sí mismo que era una tontería, que no había ninguna razón para tener miedo. No obstante siguió sin moverse de donde estaba. Finalmente y apelando a toda su fuerza de voluntad levantó un pie, que más parecía de plomo que de carne, y trató de acercarse al desván. Todo fue inútil. Sin saber por qué de repente Leonard se encontró hecho un ovillo en el suelo y con las lágrimas resbalando por su cara. De repente todo estaba claro, las imágenes que había visto en el espejo se hicieron nítidas y adquirieron el tinte de realidad que habían perdido a lo largo del día. Fue como si alguien le arrancase la etiqueta de pesadilla a algo que siempre había sido real y el mundo que rodeaba a Leonard se derrumbase completamente.

- ¡Madre! – Apenas si susurró la palabra cuando la imagen de su madre sentada en la mecedora asaltó su mente.

De un salto se puso en pie y recorrió la poca distancia que le faltaba hacia la escalera. Leonard tenía un aspecto terrible. La cara desencajada por el miedo y surcada por las lágrimas. El pelo, que solía llevar peinado a la derecha, estaba encrespado y le confería un aire de animal salvaje. Con pasos rápidos bajó la escalera en dirección a la sala de estar, donde sabía que estaba su madre cuidando de David. Casi podía oír el ronroneo de su hijo imitando el ruido del camión con el que jugaba en aquellos momentos.

Su mano se posó en la puerta justo cuando un ruido metálico le confirmó a Leonard que el pastillero debía estar cayendo en ese mismo momento, esparciendo su contenido al alcance de las pequeñas manitas de su hijo.

Con un manotazo empujó la puerta que golpeó con fuerza contra la pared haciendo saltar algunos trozos de pintura. Leonard lanzó un grito que pretendía ser una advertencia, pero que al sumarse al ruido del portazo quedó transformado en un rugido casi animal.

A pocos pasos de la mecedora, David, aferraba en sus manos el camión de plástico amarillo, el mismo que Leonard había visto en el espejo, y lo chupaba en la boca con fruición en sustitución de su viejo chupete. No había ninguna pastilla cerca de su hijo, la escena era idéntica a la que había visto en el espejo, idéntica salvo por que su hijo estaba a salvo... Durante unos segundos Leonard saboreó el alivio y corrió a abrazar al pequeño.

Al cogerle en brazos, David, empezó a llorar, posiblemente debido al susto que le había procurado su padre.

El pecho de Leonard volvió a comprimirse por la angustia al ver como los ojos vacíos y vidriosos de su madre le observaban abrazar a su nieto. Con un grito Leonard llamó a su mujer mientras dejaba a David en el suelo de nuevo.

Sin embargo antes de acercarse a su madre, Leonard, ya sabía que estaba muerta.

Durante todo el día siguiente, mientras el médico le aseguraba que no había tenido la culpa, que el corazón de su madre siempre había sido muy débil, Leonard, sólo tenía un único pensamiento: “La he matado yo”.

Todavía no se explicaba por qué había pasado todo aquello. Sabía que el maldito espejo tenía algo que ver en toda aquella tragedia, sin embargo no era capaz de que su mente racional explicase lo que había ocurrido.

Aún dos días después de la muerte de su madre, mientras asistía al funeral, Leonard, continuaba inmerso en sus propios pensamientos, buscando una conclusión que nunca alcanzaba. Aquellos que le rodeaban achacaban esta actitud al dolor por la pérdida de un ser tan querido, sin embargo, el propio Leonard, aun no sentía dolor, era demasiado pronto. Se hallaba más bien perdido, como si todo lo que ocurriese a su alrededor le estuviese pasando a otra persona, el protagonista de alguna historia absurda de esas que ponen en blanco y negro por la televisión.

Al concluir la misa, Leonard miró a su alrededor como si se diese cuenta por vez primera de dónde se encontraba. Aquella escalinata le resultaba terriblemente familiar. Pertenece a una bonita iglesia con un arco de piedra sobre la puerta. Y entonces se dio cuenta. Estaba en el lugar que había visto en el espejo. Esta era la iglesia junto a la senda de tierra. El lugar donde Mariam caería por un barranco y, seguramente moriría.

Con la desesperación reflejada en el rostro, Leonard, buscó con la mirada a su mujer. Mariam, no estaba por ninguna parte. Al mirar a lo lejos le pareció ver una silueta vestida de negro que se alejaba de la iglesia... Tenía que ser Mariam...

Haciendo caso omiso de los familiares y amigos que habían acudido al sepelio, Leonard, se lanzó a la carrera en busca de su mujer. Durante los pocos minutos en que trataba de llegar hasta donde ella estaba las dudas se disiparon. Ahora tenía la certeza de que iba a ocurrir una desgracia. No necesitaba haberlo visto en el espejo, de hecho daba igual lo que aquel endemoniado artefacto le hubiera mostrado, él sabía que algo malo estaba a punto de ocurrir, y esta vez no lo permitiría.

Con gran temor, Leonard, hubo de admitir que la escena que tenía ante él era idéntica a la que había visto en el espejo. Mariam se acercaba al borde del precipicio, lentamente al principio, pero con paso decidido después.

Leonard, decidido a impedir que se cumpliera la segunda profecía empezó a gritar. Su mujer se giró un segundo, en su rostro podía verse la misma expresión de pánico que Leo había visto en la visión. Mariam grito algo pero sus palabras quedaron ahogadas por los latidos del corazón de Leonard. Haciendo caso omiso de su marido se giró y continuó decidida hacia el precipicio.

Ignorando el dolor de su costado y la asfixia que empezaba a invadirle, Leonard, aceleró la carrera para tratar de llegar hasta su mujer antes de que ella se precipitara al vacío.

Finalmente con sus fuerzas al límite logró agarrarla por el brazo, justo cuando ella había alcanzado el borde. Mariam trataba de resistirse y gritaba furiosa intentando llegar hasta el vacío.

Las palabras no parecían tener sentido para él. Lo único que entendía es que había logrado engañar al espejo, una palabra, no obstante, logró entrar en la confusa mente de Leonard.

- ¡David!

De repente Leonard se dio cuenta de que el camioncito amarillo de su hijo estaba allí tirado, al lado del precipicio.

Rápidamente soltó a Mariam y se agachó junto al barranco, justo para ver como su pequeño, que hasta el momento había permanecido acurrucado en un pequeño saliente, perdía el equilibrio y caía al vacío.

Con los ojos desorbitados por el miedo contempló como David caía agitando sus pequeños brazos suplicando su auxilio. Un auxilio que su propio padre había evitado.

Si tras la muerte de su madre, Leonard, parecía haberse refugiado en sí mismo, en los días que siguieron a la muerte de David, se sumió en un mutismo total. Mariam vagaba por la casa como un fantasma, haciendo las tareas domésticas más elementales, mientras que su marido permanecía sentado en medio del salón rodeado por algunas cajas sin desembalar y mirando al vacío.

Una tarde, quizá dos o tres días desde el funeral de David, Leonard miró a su alrededor como si pudiese ver por primera vez. La luz tenue del atardecer se colaba por las ventanas e iluminaba todas las cosas con un aura de irrealidad. Pese a ello, Leonard reconoció que se avecinaba la tercera visión que había visto en el espejo. Con gestos mecánicos salió del salón y se dirigió a la parte trasera de la casa, al cobertizo. Una vez allí cogió las dos latas de gasolina que tenía como reserva para el coche y entró de nuevo en la casa. La cocina estaba tal y como la había visto en la premonición. Allí estaba la naranja, las llaves con el estúpido muñeco de goma, las pastillas sobre la mesa y el trozo de pan. En el microondas, el reloj digital, marcaba las siete y diez. Leonard sabía que no podía acercarse al desván. No podía subir allí y simplemente destrozar el espejo. Estar en la casa ya le costaba un terrible esfuerzo y a cada instante se descubría jugando con la idea de alejarse de allí tanto como fuese posible. Sin embargo había elegido la venganza. Leonard quería destruir aquel artefacto del demonio. Y quizá el final más irónico que podía tener el maldito espejo era sucumbir a su propia profecía. Por eso, esta vez, no se resistió. Cuando se dio cuenta de que el momento había llegado, Leonard, se dispuso a quemar la casa hasta los cimientos. Lo único que quizá cambiaría es que él no pensaba lanzarse a las llamas después, como seguramente deseaba el espejo.

Con total tranquilidad roció la cocina con la gasolina y después continuó con el salón y la sala de estar. Mientras estaba en el salón dedicó una mirada al exterior. Leonard tenía el vago recuerdo de Mariam diciéndole que iba a salir. Después había escuchado el motor del coche. Fuera no se veía el utilitario, así que su esposa aún no debía haber vuelto. Plenamente concentrado en su tarea, Leonard, dejó un pequeño reguero inflamable hasta el exterior de la casa. Una vez allí prendió una cerilla y observó como la débil llama caía hasta la gasolina.

Todo se estaba cumpliendo tal y como había visto reflejado en el espejo. Las llamas iluminaron la decreciente luz del atardecer devorando el primer piso y comenzaron a subir al segundo. La paz que tanto había añorado empezó a apoderarse de todo su cuerpo y notó como los músculos de la espalda aflojaban la presión que habían soportado hasta entonces. Sabía la imagen que tenía en esos momentos. De pie, frente a su casa en llamas, con el pelo alborotado y barba de varios días. Se había visto a sí mismo hacia siglos, antes de que su vida se torciera. Había tenido tres visiones y había perdido a dos seres queridos. Sin embargo al final le quedaba el triste consuelo de la venganza...

Entonces miró hacia la derecha y el fino hilo de la cordura se rompió dentro de Leonard. Allí había algo que no debía estar. Reflejando el anaranjado brillo de las llamas estaba el utilitario. Mariam no lo había aparcado frente a la casa, como solía hacer. Lo había dejado demasiado lejos de la ventana.

La imagen de un estúpido muñeco de goma golpeó el cerebro de Leonard... ¿Cómo podía haber pasado ese detalle por alto? El paquete de pastillas somníferas adquirió un nuevo significado para él.

Con el rostro desencajado por la desesperación, Leonard empezó a correr hacia las llamas. Sabía que todo era inútil, Mariam estaba muerta y él ya había visto lo que iba a pasar.

Arrancándose mechones de pelo por la frustración entró en la casa. Mientras el fuego abrasador le arrebatava la vida y las lágrimas se evaporaban en su rostro, Leonard, sonrió débilmente pensando que dos pisos más arriba un espejo servía de pasto a esas mismas llamas.

Paqui Vega

El premio

Abrió los ojos. Al principio no supo identificar aquella sensación. El cosquilleo subió por su nariz y se detuvo unos segundos buscando una salida rápida. Estornudó y se incorporó de inmediato.

Algo iba mal. Lo percibió enseguida. El pánico se apoderó de él y se abalanzó sobre las pesadas cortinas.

La oscuridad espantó los escasos rayos de sol que lamían el borde de la cama. Se llevó las manos a la cara intentando descubrir alguna huella que delatase su descuido pero aliviado comprobó que no tenía quemaduras.

La humedad instalada en sus viejos huesos y en la pared de la habitación le hizo estremecerse. Botellas vacías se encontraban esparcidas por la mugrienta moqueta.

Lo buscó en la oscuridad y allí estaba, sobre la mesa, brillante y artificial. Recordó los aplausos del auditorio y las palabras del ridículo individuo cuando se lo entregó: “El mérito a toda una vida estremeciendo a los espectadores con su magnífica interpretación...” No había escuchado más de aquella perorata absurda. Sólo las zapatillas deportivas y aquella chaqueta de esmoquin que lucía la joven estrella en un alarde de modernidad, habían centrado su atención.

Cuando cogió el premio le tembló el pulso pero aquel idiota no lo notó, no hubiera notado nada a su alrededor aunque el suelo se hubiese abierto a sus pies.

“Vanitas, vanitatum y sólo vanidad. Estas enfermo de vanidad, por eso me necesitas...” Él siempre disfrutaba arrojándole aquellas palabras a la cara y aquella noche no iba a ser una excepción. Mientras se encontraba en aquel escenario controlando sus temblores delante de aquel efebo, él se reía desde el público. Situado junto a la puerta de salida, de pie, vestido para la rutilante ocasión y sus ojos brillando en la oscuridad. Sus carcajadas aún resonaban en sus oídos.

La sequedad de la garganta buscaba alivio rápido en un trago. Con decisión se dirigió a las limpias botellas para acallar la maldita sed. Ya no tenía frío pese a estar desnudo sólo una creciente necesidad que devoraba sus entrañas.

Encontró un resto de vodka que bebió con avidez. Sí, se encontraba ahora mucho mejor aunque el segundo de felicidad se esfumó cuando llamaron a la puerta.

-Servicio de habitaciones. ¿Puedo pasar señor?-

No hubo respuesta. Un minuto suspendido en el aire y la camarera dio un salto atrás al escuchar el golpe y los pedazos de cristal contra la pared al otro lado.

-¡Dejé bien claro que no me molestasen. Dígale al imbécil de recepción que me suba dos botellas más!-

Los gritos acompañaban la huida de la empleada que asustada se dirigía hacia las escaleras.

Sorteó los cristales esparcidos por la moqueta y entró en el pequeño aseo. Las baldosas estaban heladas lo que le obligó a dar varios saltos hasta el inodoro. La presión de la vejiga tuvo alivio rápido.

Encima de la cisterna vio el pequeño neceser rojo, desafiante desde su falsa piel de cocodrilo. La puta se lo había olvidado en su precipitada salida.

Le gustó desde que la vio y a él también.

-El aroma de la sangre de la vieja patria es inconfundible. -Le había susurrado al oído y él siempre se salía con la suya.

El miembro se le endureció al recordar el esbelto cuerpo y la larga cabellera teñida de negro. Apenas sabía hablar el idioma.

-Mercancía importada caballero. Acaba de llegar del Este. Es una joya- El chulo giró a la joven como una peonza mientras sus ojos azules miraban el vacío.

El precio era elevado pero él no quiso seguir mirando, quería a la joven con piel de alabastro.

Todo fue muy deprisa. Se desnudó rápido y se dejó hacer. Sabía bien lo que le gustaba al cliente.

-Ésta no ha llegado ayer. Te han engañado como siempre-

-Eras tú, él que la quería.-

La joven se movió inquieta debajo del viejo cuerpo que la aprisionaba, intentando ver si había alguien más en la habitación.

-¡Calla, la estas asustando y todavía no hemos terminado! – Le increpó.

-¡Déjame en paz, vete de una vez!-

Se incorporó liberando el cuerpo de la prostituta y gritó al sillón situado al otro lado de la cama. La mujer se levantó asustada y recogió con nerviosismo su ropa esparcida por el suelo. Sus ojos se habían vuelto de un azul pálido y por primera vez habían abandonado su expresión vacía.

No fue fácil calmarla y evitar que se marchara. Necesitaba beber algo y así la chica también se relajaría. Después de varias copas se sintieron mucho mejor. Ella le había acompañado en silencio y contestado con monosílabos a sus preguntas. Apenas tenía dieciocho años. Sus largas piernas al descubierto se perdían hasta la sensual cadera y sus generosos senos se dibujaban sinuosos debajo del encaje negro del sostén.

La escena de seducción fue magnífica como una de sus mejores interpretaciones. La resistencia de la joven cedió como arcilla moldeable en sus manos. Toda la sutileza y el erotismo del gran galán oscuro se desplegó en aquel desvencijado lecho. Tiró el neceser a la papelera y abrió el grifo del lavabo. El agua fría era un bálsamo para su etílico cerebro.

-¿Dónde cojones estaban esas botellas que había pedido?- Se preguntaba. Levantó la cabeza y se miró al espejo.

-Buenos días Tibor. Veo que no te has recuperado todavía de la fiesta de anoche. – La voz sonaba a sus espaldas, pero tuvo que girarse para contemplarlo.

El cabello pulcramente peinado hacia atrás brillaba bajo la luz mortecina del baño. Estaba apoyado en el umbral con su traje realizado por su sastre italiano, un artesano de los que ya no quedaban, y sus zapatos negros de piel que espejeaban a cada movimiento. Su voz sugerente estaba cargada de veneno.

-Tienes un aspecto lamentable, claro todavía no has bebido nada ¿verdad? En eso siempre nos hemos parecido, necesitamos un líquido caliente circulando por nuestro gaznate para devolvernos a la vida.-

-¡Vete déjame en paz!, ¿Cuántas veces te lo voy a decir?-

-Pero vamos amigo mío, no hay que ponerse de tan mal humor, formamos una bonita pareja. Además ¿qué harías tú sin mí? No serías nada. ¿Crees que el homenaje de anoche era para ti? O vamos, no pongas esa cara. Siento ser yo quien te lo diga Tibor pero esa rendida admiración, era para mí.

-¡Vete, vete de aquí!-

Los golpes interrumpieron la discusión.

-Servicio de habitaciones. Señor, aquí tiene las bebidas que ha pedido. – La voz sonaba opaca al otro lado de la puerta.

-Déjelas en el suelo y váyase - Ordenó recuperando la calma.

-Muy bien señor.- El adolescente dejó las botellas en el suelo y se marchó. Miraba hacia atrás con extrañeza pero la puerta de la habitación doscientos trece no se abrió.

Después de comprobar que el chico había desaparecido cogió las botellas. Se deleitó con un largo trago. El licor corría por todo el cuerpo sintiéndose al minuto reconfortado, dio otro largo sorbo y otro más. La botella disminuía su contenido al mismo tiempo que Tibor recobraba la confianza. Los temblores desaparecieron y todo dejó de ser irreal.

El tiempo perdido le abofeteaba haciendo que despertase. Tenía que llamar a su agente. Ese bribón había estado demasiado tiempo jugando con él y no podía consentirlo.

-No hay papeles, tienes que conformarte con lo que te doy... , Al final pensaron que tu caché era muy elevado..., El director es novel pero tiene un gran futuro... - Recordaba cada una de sus excusas baratas.

-*Esa rata de cloaca se ha llenado los bolsillos durante años con mi trabajo. Todos sus representados son basura, aficionados de tres al cuarto. Yo soy un gran actor.* – Pensó mientras daba otro eterno trago y se dejaba caer sobre el raído sillón. Contempló la mancha de humedad

en la pared que se extendía hacia abajo implacable. Un Titanic hundiéndose en un mar de blanquecina cal.

La boba sonrisa prendió en sus labios al escuchar la imaginaria música que se extendía a su alrededor. Empezó a tararear el estribillo mientras acunaba la botella de vodka contra su rostro y sonreía a la ficticia acompañante.

-¡Qué bien bailamos!, Toda la sala nos mira con admiración. El esmoquin hecho a medida me sienta como un guante, de eso no hay duda lo he notado desde que he hecho acto de presencia en el salón.

Dio una vuelta y dejó caer a la inexistente acompañante sobre uno de sus brazos acercando ligeramente su boca al supuesto cuello tentador.

-La sala arde en expectación. Ahora extendiendo una seductora sonrisa sobre mi pareja y doy el toque final depositando un beso provocador en su yugular. La sala ha explotado en aplausos rendida por el morbo. Gracias, gracias.. ¿Un autógrafo señorita?.- Tibor soñaba despierto recreando la escena mientras el licor se derramaba por la habitación a cada pirueta.

-¡Ladrona, ven aquí!, ¡Cuándo te coja te vas a enterar!- Los gritos ahuyentaron los recuerdos. La elegante orquesta y las luces doradas desaparecieron y también la pista de baile y los elegantes manteles de fino hilo. Abrió los ojos y retiró la botella de su mejilla.

Alguien huía escaleras abajo. Se sentó de nuevo mientras apuraba el resto de vodka. Cuando finalizó el vidrio rodó por la fibra sintética hasta sus compañeros que le recibieron con un alegre tintineo.

Reparó en sus escuálidas piernas desnudas y su ebria lucidez le hizo caer en la cuenta que seguía desnudo. Se puso de pie en busca del pantalón. La estancia daba vueltas. Se apoyó en la silla e inició la difícil tarea de hacer equilibrios para introducir la pierna en la prenda pero la operación finalizó con una caída estrepitosa. La cucaracha a un palmo de su nariz huyó sorprendida al verlo en el suelo.

Estaba junto al borde de la cama y algo brillaba debajo de ésta. Se arrastró hasta el lugar mientras el pantalón quedó enroscado en sus tobillos. Cogió la jeringuilla.

-¡Dámela es mía!- Miró hacia atrás pero sólo podía ver los elegantes zapatos de piel.

-Te estaba esperando- Las palabras se pegaban a su lengua.

-Ya estás borracho otra vez. Mírate eres patético. Ahí tirado y arrastrándote como un gusano.-

Reunió todas sus fuerzas para salir de debajo de la cama movido por un infantil sentimiento de ofensa.

¡Deberías mejorar tus modales, si quieres que te dé lo que has venido a buscar! ¡Pídeme perdón por lo que me acabas de llamar o lo estrellaré contra la pared!- Levantaba el objeto con tono desafiante y alejándose del visitante.

-¡No te atreverás Tibor! Si lo haces no volveré y sabes lo que eso significa.

Lo estaba presionando. Siempre le había gustado humillarlo. Lo conoció mientras actuaba en un club de tercera. Su agente le había buscado aquel trabajo como un favor o así se lo había sentenciado. *Te lo daré por los viejos tiempos, pero no me falles, no quiero oler ni tu colonia. ¿Entendido?* Durante la actuación lo vio entre el escaso público. Su clase y su atildado aspecto desentonaban en aquel tugurio. Acabada la función le esperaba en los camerinos. Al principio fue agradable tener un admirador con aquella categoría. Todo el mundo se fijaba en él y le ayudó a mantener a raya a su representante. Nunca olvidaría la cara que puso cuando se lo presentó, desde aquel día se afanó, el muy canalla, en buscarle algunos papeles que le hicieron sobrevivir durante algún tiempo. Sin embargo, su nuevo amigo se volvió cada vez más exigente con sus interpretaciones. Poco a poco fue descubriendo sus verdaderas intenciones pero no se iba a poner fácil.

-¿Otra vez en el pasado viejo loco, recordando tus premios y tu minuto de gloria con olor a naftalina?- Su sarcasmo no tenía límites- Pero vamos Tibor con el esfuerzo que te costó anoche conseguirlo. Tuviste que esperar a que la droga hiciese efecto. Sí, lo reconozco, fue una lástima que la dosis no fuese suficiente y se despertase. Un lamentable incidente, pero por lo menos conseguiste llenar una.

-¡Márchate o te juro que la estampo contra la pared! Me reiré mucho de ver como restriegas tu aristocrática lengua contra el muro. Estás tan deseoso de tomarla. Tú también tienes

convulsiones ¿Verdad? Y veo una intensa sed en tus pupilas. Necesitas ya un poco.-Miró la jeringuilla que escondía en la mano- No es mucha sangre pero bastaría por hoy.

-¡Dámela! – En un grito desgarrador el monstruo se abalanzó sobre él. Lucharon con fuerzas desiguales y finalmente le obligó a entregársela.

Tibor se refugió en un rincón contemplando la victoria de su enemigo que engullía el líquido con ansiedad. Sin embargo, la cara de terror de la prostituta no dejaba de atormentarle. Extendió la mano y alcanzó otra botella.

El elegante caballero se levantó del suelo y peinó su encerado cabello revuelto en la pelea y sacudió su negra capa.

-¿Ves que sencillo ha sido? No te puedes librar de mí tan fácilmente Tibor.

Nuevos golpes hicieron vibrar la puerta.

-¡Policía, abra la puerta!- El agente esperaba impaciente. Tras unos segundos el crujir de la madera dio paso a una pequeña abertura.

-¿Es usted el señor Zádor, Tibor Zádor?

El anciano salió de la oscuridad. El joven agente notó enseguida el espantoso olor a licor y dio un paso atrás con repugnancia.

- Sí, soy yo. ¿Qué ocurre agente?

Como un sabueso el policía inspeccionó al sujeto. Analizaba cada palmo de aquel rostro surcado por profundas arrugas. Los hundidos ojos negros enmarcados por unas pobladas cejas ridículamente teñidas de negro permanecían fijos en el interlocutor, mientras la boca grande de finos labios se contraía en un severo rictus. Sobre la comisura derecha había una pequeña mancha rojiza.

-¿Se ha cortado al afeitarse señor Zádor? Tiene un rastro de sangre en el labio superior- La pregunta hizo inquietarse al anciano.

-No, no agente. Me he cortado con una botella que ha caído al suelo... y uno de los pedazos me ha hecho esta pequeña herida.- Tibor intentaba cubrirse el rastro de sangre con la mano. El policía dudó un momento pero recordó que había venido por otra cuestión más importante.

-Bien, una mujer ha sido apuñalada en la calle a unos metros de este hotel, un testigo asegura que salió corriendo de aquí. El dueño me ha indicado que se alojaba en aquella habitación frente a la suya. ¿Ha visto u oído algo en estas últimas horas señor Zádor?- Mientras esperaba una respuesta sacó una pequeña libreta y un bolígrafo. Tibor lo miró directamente a los ojos. El agente daba pequeños golpecitos en el papel mientras un incómodo silencio lo llenaba todo.

-Bueno- carraspeó- ¿Ha visto algo o no?.

-Sólo oí unos gritos y creo que alguien huyó corriendo por las escaleras.

Los ojos del viejo Zádor no se apartaban del joven que empezaba a dar muestras de nerviosismo.

-Si recuerda algo más llame a este número.- Le tendió una tarjeta evitando cualquier contacto con aquel extraño sujeto y se marchó con rapidez.

El agente pensó que aquel individuo era muy extraño. Su cara le resultaba familiar y decidió interrogar al dueño del hotel.

Cuando llegó a la recepción el barbudo dueño con cuerpo de morsa le recibió con una sonrisa.

-¿Sabe algo del ocupante de la doscientos trece?.

-Es la primera vez que le veo por aquí. Llegó anoche con una fulana y todavía no ha salido de la habitación. Soltó un montón de billetes y no hace más que pedir botellas de vodka.

-¿Y la mujer está todavía con él?

-¡Ni mucho menos! Salió anoche como alma que lleva el diablo. Seguro que ese tipo tiene gustos “especiales”...- Esbozó una sonrisa de complicidad que resbaló por el rostro impasible de la autoridad.

-¿Sabe dónde puedo encontrarla?

-Hace su ronda por la Gran Avenida. Es inconfundible: alta, pelo negro, ojos azules de lo mejorcito de la zona... -El propietario se rascaba la barba con aire lascivo, intentando recordar más detalles, pero el agente ya se había marchado.

Seguía siendo el mejor, de eso no había duda. Aquel mequetrefe con insignia se había cagado en los pantalones con solo una de sus más famosas miradas- pensaba Tibor mientras se sentaba de nuevo- *¡Los días del teatro! ¡Cuánto tiempo ha pasado!-* Evocó aquellos maravillosos años

cuando todavía todo estaba por descubrir. Los viajes en aquella modesta compañía teatral salieron de sus recuerdos y escuchó de nuevo los aplausos las luces y las bambalinas. En aquellos años sabía que había nacido para interpretar y que tarde o temprano llegaría su oportunidad.

La cara de terror de la rumana ensombreció sus pensamientos. Sintió un ardor amargo en el estómago. Buscó la botella. La única medicina capaz de hacerle soportar el dolor.

¡Qué ironía, lo único que me da la vida y me la quita al mismo tiempo!- pensó mientras contemplaba el líquido transparente.

La penumbra se hizo más intensa. La tarde estaba llegando a su cenit. Un rayo aventurero penetró por un agujero del cortinaje y se posó sobre el bruñido trofeo. El falso ídolo sonrió complacido.

-¡A tú salud!- Tibor alzó la botella frente al premio y bebió.

-No está mal ¿no te parece? No es el oscar pero todavía se acuerdan de nosotros. Aún no está todo perdido.- Estaba de pie junto al trofeo y lo acariciaba con codicia.

-¡Aleja tus sucias manos de él, no te pertenece!- Tibor se levantó en un arrebato de ira, pero apenas podía mantenerse en pie y cayó de nuevo sobre el asiento.

Su tenebrosa risa se extendió por toda la estancia. Zádor se tapó los oídos para no oírla.

-¿Pero no te ves? Eres sólo las cenizas de una estrella fugaz. Un Nerón abatido contemplado los rescoldos de una Roma humeante que él mismo ha hundido. El gran actor ya no existe. ¡Ahora mírame! ¡Abre los ojos y mírame! – sostenía la mandíbula del anciano obligándole a girar el rostro y enfrentarlo con el suyo- Tengo tu juventud, tus modales, tu elegancia, lo mejor de ti y de tu trabajo. Me hiciste inmortal, ellos me ven a mí. Sólo yo permaneceré. Quieres someterme a tu voluntad, volver a dominarme pero ya es demasiado tarde.

-¡Cállate, eres un necio arrogante! ¿No ves que eres una ilusión, un sueño inventado por mí? Ya nunca brillarás porque los dos estamos muertos.

El personaje se movió por la habitación con calma. Tibor esperaba una respuesta lacerante podía ver como la urdía en su retorcido cerebro.

-Siento desilusionarle señor Zádor pero es usted quién intenta salir del ataúd con sus ridículos maquillajes de polichinela, cubriendo sus blancos cabellos con betún y viviendo como una vieja meretriz veneciana conjurando el paso del tiempo. ¿No se da cuenta señor Zádor que su vejez ha sido mi liberación?

-¡La inmortalidad! Eso es lo único que te importa sobrevivir a cualquier precio ¿verdad? Pero siento decirte que cuando yo muera tu también lo harás- Tibor se revolvía en aquella lucha dialéctica como un pez fuera del agua.

-Bueno eso piensa un vanidoso como tú. No eres el único. No te pertenezco. Es cierto que me has dotado de cualidades que me han hecho más fuerte, sin embargo, ya cortejo a otros que desean darme vida y el público empieza a olvidarte. Ya no tengo tu rostro Zádor. Pronto me iré de tu lado, dejaré estos mugrientos hoteles y esos locales de tercera, en cuanto esos últimos espectadores olviden tu cara, por fin podré abandonarte, pero... -su voz se había convertido en un dulce susurro- querido amigo sería tan fácil ahorrarnos esta lenta agonía. Podrías crear un acto final maravilloso digno de tu talento. Si tu quisieras, sería tan fácil...

-Sí, sería tan fácil...- Tibor repitió estas últimas palabras mientras la joven figura desaparecía. Bajó la mirada en una rendición incondicional y hundió el rostro entre sus manos. Así permaneció olvidando el paso del tiempo mientras una sola idea ocupaba toda la habitación:

Un grandioso acto final. ¿Por qué no?

Se levantó con decisión mientras una risa nerviosa se escapaba de su boca. Buscó la botella y dio un largo trago. Con energía apartó las cortinas que perezosas caían hasta el suelo y la luz lo inundó todo. Ya no sentía el dolor ni las quemaduras. Abrió los ventanales, pero se dio cuenta que faltaba un detalle.

-Sí, hay está,- miró hacia la silla. Como un perro fiel aguardaba pulcramente doblada. La cogió y acarició el forro de seda.

-Fuera sentimentalismo. La función debe continuar- Dijo a un público inexistente.

La capa voló por los aires hasta caer con suavidad sobre sus hombros desnudos y se arrojó al vacío.

Javier Sánchez López

EL NOMBRE EN LA CAMISA

Curiosamente no tengo resaca, la luz entra por la ventana e inunda mi habitación, ¿qué hora es? Siempre se me olvida echar la persiana. La una y media, buena hora. A duras penas salgo de la cama rascándome la barba de un par de días y me meto en el baño, echo la meada del siglo.

En la despensa, como de costumbre, no hay nada de picar. Me echo en el sofá azul y pongo mi tele Philips de 20", en la mesa 7 u 8 botellas de cerveza vacías y las páginas de mi novela que no va. En la tele la misma mierda de siempre, miro el teletexto... ¡olé! ponen "El Apartamento" esta noche, me encanta esa película, ¿cuántas veces la había visto? no sé. No tenía ganas de escribir, así que me preparé el almuerzo. ¿Por qué no avanzo con mi historia? cuatro tostadas con aceite y una birra caliente, me gusta comer en silencio, me hace pensar.

Las siete menos cuarto, suelto mi libro y salgo a la calle a comprar algo y a tomar un poco el aire, hace viento, es común en estas fechas... por cierto... ¿a qué estamos? ni idea. Me meto en mi Renault 5 verde de tercera mano y salgo de mi urbanización. No era una mala zona pero no me hablaba con nadie de allí, casi todos mis amigos eran de Málaga, además esto está muerto, no hay nada que hacer interesante, excepto pelear con delincuentes juveniles.

En fin, me dirijo a Torre Del Mar, está relativamente cerca de mi piso y siempre voy a allí a comprar y demás. Pero esta vez, y no sé por que, decido ir al super de la entrada, al que solía ir de pequeño con mis padres que, había cambiado tanto de nombre en los últimos diez años que ni siquiera sabía donde iba a comprar. Supersol... estupendo pensé. Aparco, al lado de un Volkswagen Carabel con matricula alemana, me gusta mucho ese coche. Entro y está como siempre, siete cajas registradoras pero una sola cajera, la diminuta papelería a rebosar de artículos, el bar cafetería vacío y la panadería. En el supermercado me doy una vuelta general y después de fingir estar interesado en las botellas de vino más caras(siempre queda bien)me decido a comprar de verdad, dos

bolsas de Doritos y un par de pizzas congeladas ¡ah! y cerveza apenas me queda. En la caja dos tipos con el carrito lleno, mierda, debería haber pedido que me dejaran pasar. Treinta minutos después puedo llevar a cabo mi transacción. Nueve con ochenta, dice la cajera con voz juvenil. Maribel, siempre acostumbro a leer el nombre en la camisa de las cajeras, no sé por que lo hacía inconscientemente, era como un acto reflejo. Tenía una cara simpática, pelo negro y rizado y cuerpo mas bien relleno, no era una chica guapa en el sentido estricto de la palabra, además el día anterior me había tragado el certamen de miss España y tenía el listón alto en este momento.

Pero su mirada familiar y su piel clara y limpia me producían cierto atractivo. Le di un billete de diez atropelladamente ya que, incomprensiblemente me había ruborizado. Maribel sonrió. Sus labios se separaron para dejar paso a un ostentoso aparato dental que ocultaba su dentadura, a pesar de ello era una sonrisa bonita. Quédate el cambio. ¡no toma! replicó ella. Déjalo, dije yo encaminándome a la salida ¡oye el ticket! me doy la vuelta, alargó mi brazo para cogerlo y la miro, ella me mira también, me fijo en sus ojos, eran marrón claro como los míos. Es un extraño instante, como si la conociera bien, mejor que a mi mismo, y como si a ella le ocurriera lo mismo conmigo. No es atracción física, pero no puede ser psíquica ni emocional, porque joder ¡no nos conocemos de nada! O al menos eso creo yo. De todas formas me doy la vuelta y me largo. ¿Qué cojones acababa de pasar? No paro de repetírmelo mientras Frank Zappa suena en la radio de mi coche.

Esta vez si tenía resaca, la una menos veinte y la puta luz, como siempre dando por culo. ¿Qué pasó ayer? ¡ah sí! lo de la cajera... Maribel, luego llegué a casa y me bebí la última botella de ron que me quedaba. Al final con todo el rollo no me acordé de ver la peli. Pongo música, Albert Ayler me parece la mejor opción dadas mis circunstancias anímicas. La botella de ron Negrita estaba tirada en el suelo, aún tenía un culo, me lo bebí. Entro en el baño e intento mear, no puedo. Al rato sale el chorro, transparente, intermitente e incontrolable. Consigo ponerme perdido, tiro de la cisterna (irónicamente,

ya que nada cayó dentro), me desnudo y me ducho.

Pensé ir a comer a algún bar y después pasarme por el super y ver que pasaba. Cogí mi coche y me dirigí a Vélez-Málaga, cogí la autovía, me habían hablado de un sitio allí, así que fui. El Trébol, entré, había dos camareros detrás de la barra, uno mayor y canoso y otro sensiblemente más joven de unos treinta y algo, y con aspecto curioso. Se podía adivinar que eran padre e hijo. Me senté al lado del único cliente que había, un viejo muy moreno que leía el periódico y bebía una copa de vino blanco. ¿Qué le pongo? me pregunta el joven con voz medio gangosa. Una cerveza y una tapa de... albóndigas, tenían buen aspecto. El camarero canoso me miró, me recordaba a David Lynch, salvando las diferencias claro. El sitio era cutre, más que los que yo frecuentaba, pero era acogedor y tranquilo. La comida estaba sorprendentemente buena y era muy barato. Cuatro cervezas y sus correspondientes tapas, pagué y me fui.

El aparcamiento del Supersol estaba prácticamente vacío, lógico era mediodía, entre y no había nadie en las cajas. Me doy una vuelta por dentro, no la veo. Comprando solo había un par de guiris y poco más. A lo mejor hoy libra o está enferma, vete tú a saber. Cogí un par de cervezas y una bolsa con dulces de chocolate y me encaminé hacia las cajas. Seguía sin haber nadie, miro a mí alrededor y veo a un tipo joven, robusto y con el uniforme de la empresa, que me hace una seña y se larga. Entretanto un matrimonio alemán de avanzada edad, se coloca detrás de mí y se ponen a discutir en su idioma. Por fin llega otro tío y me atiende.

Buenas tardes, hola, digo yo de mala manera, no está el horno para bollos pensé, y menos después de aguantar a la versión alemana de Pimpinela detrás de mí. Son cuatro con treinta céntimos, le doy cinco, él no lleva el nombre en la camisa. ¿Y sí le pregunto por Maribel? él no sabe quien soy yo, además puede pensar que soy su novio o algún familiar. Pero y si ella viene, qué le digo. ¡Hola! soy el de ayer ¿te acuerdas de mí?, no, eso sería patético. Pero y sí por el contrario hoy no trabaja, puedo venir otro día y pensarme lo que le voy a decir. De todas maneras no tengo tiempo para decidirlo, el

cajero sin nombre a la vista estaba a punto de darme mi cambio y los viejos de detrás no paraban de discutir. En ese momento tenía que elegir cara o cruz, y me fui sin decir nada. No tengo ni idea que hubiera ocurrido de haberle preguntado al cajero, tal vez con otras circunstancias me habría arriesgado, pero da igual, no me importa. Llegando a casa lo pensé, y lo cierto es que lo quiera o no, había alterado mi monótona vida.

Monótona, desde que dejé la carrera y decidí hacerme escritor. ¿Para qué? para trabajar en un periódico semanal de mierda, ganando lo justo para el alquiler y comer tostadas.

Y ni siquiera soy capaz de acabar mi novela...

Cuando llegué a casa tenía un par de mensajes, eran del periódico hoy debería haber ido, suelo faltar a veces, pero conozco al director, siempre dice que me va a poner en la calle y la verdad es que a mi no me importa. Abrí una cerveza fría y me senté en el sofá a ver la tele un rato, después me puse a trabajar en los artículos para el periódico y la columna que suelo hacer, normalmente la escribo sobre política pero esta vez me centré en lo que me había ocurrido con la cajera.

La alarma cojonera de mi móvil me despertó, son las siete y a las ocho debo estar en el trabajo, en el centro de Málaga, es Jueves y mañana sale el periódico. En la oficina intento eludir al director, pero es imposible, me ve, me dice lo de siempre, y a seguir con su trabajo, que no es otro que molestar a todo el personal, jugar al buscaminas en su ordenador y (cómo no) cobrar más que nadie. Por fin acabo, a las dos y esquivando cualquier incordio tipo: termíname tú esto por favor que he quedado con una tía, me voy a casa. De vuelta se me ocurre parar en el supermercado. ¿Por qué no? en fin, no tenía nada que perder.

Aparco, entro y allí estaba ella, atendiendo a unos guiris, para variar. Se ve que ayer era su día libre. Agarro una bolsa de patatas fritas para hacer el paripé y ya en la caja, un paquete de condones de frambuesa, ¡eso sí qué era una indirecta clara! me mira fríamente, parece cansada, y me da las buenas tardes. Yo no digo nada, la miro, ella me dice cuanto es, la vuelvo a mirar y nada, solo coloca la mano para recibir el dinero. Yo no me esperaba ésto, miro el nombre, Maribel, no hay duda es ella. De repente hace un

gesto de impaciencia, le pago, el dinero justo, me da el ticket y me voy. Salí de allí sonriendo con cara de tonto, pero era lo que me merecía, a decir verdad todo lo había creado yo, ella sólo me miró, nada más. Llegué a casa, Los Simpsons ya habían acabado así que me preparé algo rápido y me lo comí tranquilamente en silencio.

José Parra Extremera

NO SEÑORÍA. SOY EXORCISTA

La noticia ya estaba servida. Todo el mundo hablaba y especulaba sobre el tema, que pasaba de unos a otros, cada vez más exagerado, cada vez más macabro, cada vez con más sangre.

Algunos afirmaban que habían visto a sus vecinos realizando algunos actos un poco extraños, orando en grupo a media noche, en jardines, a la luz de las velas ... ¿Qué había de verdad en todo aquello?

En el informativo de la noche se amplió el tema. Salió la fotografía de la víctima y la foto del asesino. Declaraciones de los parientes y vecinos del muero y del matador. También se presentó una declaración, un poco más detallada del tema, realizada por el inspector de policía que llevaba el caso, Juan Álvarez Sarmiento.

-¿Qué opinión le merece el hecho, inspector Álvarez? –preguntó el periodista.

-Según los datos que tenemos y nuestras indagaciones –contestó el inspector –el autor de este delito parece estar un tanto desequilibrado, si se observa el tipo de asesinato, pero en los interrogatorios ha actuado como una persona muy normal, contestando sin ningún titubeo y muy tranquilamente a todas las preguntas que le he realizado.

-Perdone, inspector Álvarez, una pregunta que siempre he querido hacerle a la policía – ironizó el periodista -¿Por qué ustedes, cuando ocurre un hecho un poco insólito, siempre dicen que el autor está un poco desequilibrado, aunque tenga la mente más despejada que nosotros mismos?.

-Tenga usted en cuenta una cosa, señor Márquez –contestó el inspector Álvarez –Cuando no sabemos en realidad la causa que ha llevado a una persona a realizar un acto un poco raro, como ha sido este crimen, por ejemplo, la respuesta más lógica y más rápida, que más o menos nos deja un poco más libres para poder realizar nuestras investigaciones, sin que ustedes se metan por en medio, es decir que el asesino estaba un poco desequilibrado.

-Eso es quitarse el problema de encima –remarcó el periodista.

-Si usted quiere llamarle así –aseguró el policía –Pero tenga en cuenta una cosa, no se puede estar llegando a una conclusión sobre un robo, un asesinato, un secuestro, ... , teniendo a varios periodistas haciendo preguntas y llegando a conclusiones que no nos vienen bien, que nos pueden perjudicar en nuestras investigaciones y pueden hacer creer al público que, o compre los periódicos o vea los informativos en la televisión, algunas cosas ocurren porque la policía no puede defender la seguridad del pueblo.

-¿Puedo emitir todo eso que ha dicho usted, inspector Álvarez? –preguntó el periodista.

-Su misión es informar –le contestó Álvarez –además, cuando yo estaba diciéndole eso, sabía que estaba hablando con un periodista, sabía que lo que yo estaba diciendo iba a ser publicado y creo que es mejor que lo publique con mi permiso que no que lo publique sin él. Si lo publica sin mi permiso varía la información que yo le he estado proporcionando.

-Afirmativamente inspector –corroboró el periodista –Nuestra misión es informar y por eso estamos metidos siempre en todos los fregados y en todos los problemas. Buscamos información, pedimos esa información. Cuando nos la dan, nuestra obligación es de hacérsela saber al pueblo. Siempre queremos informar con el permiso del que nos ha proporcionado la explicación del tema, pero si no nos da su permiso, damos la misma información pero podemos variar algunas palabras, o la forma de decir alguna de las cosas que nos han dicho.

-Por eso –remarcó Álvarez –le doy permisos para que cuente todo lo que le he dicho.

La gente que estaba viendo el informativo no terminaba de comprender el porqué de la forma de contar el problema el inspector Álvarez. No veían lógico que criticar, él mismo, lo que hacía la policía para poder trabajar con más tranquilidad en los sucesos ocurridos.

-No deberías de haber hablado de esa forma, Juan –criticó el inspector jefe de la policía.

-¿Por qué, Andrés? –preguntó el inspector Álvarez –Tienes que tener en cuenta que lo que he dicho al periodista es lo que hacemos siempre aquí, además, es lógico que la gente sepa cual es la razón de que siempre digamos que el autor del delito no estaba bien de la cabeza.

-Lo comprendo, Juan –aclaró Andrés –lo único que ocurre es que de ahora en adelante nos va a costar mucho más trabajo quitarnos los curiosos de encima cuando estemos investigando cualquier delito.

-No te creas –le remarcó Álvarez –Ten en cuenta que la gente va a estar más cohibida para interrumpirnos porque no saben ya de la manera que podemos reaccionar. Además, si ven que hemos hecho esa pequeñez para quitárnoslos de encima, saben que nuestras mentes malévolas pueden estar pensando en cualquier atrocidad para quitárnoslos de encima para siempre.

-Inspector Álvarez, el acusado dice que quiere hablar con usted, dice que tiene algo muy importante que contarle –informó uno de los agentes de policía.

-¿Qué se le habrá ocurrido ahora a ese loco? –preguntó el inspector jefe.

-Andrés, ten en cuenta que ese hombre no está loco –marcó Álvarez –es una persona que se cree una cosa que nosotros no vemos como lógica, y que esa creencia le ha llevado a cometer un crimen. Bueno, voy a ver lo que me quiere contar.

-Te acompaño, Juan –dijo Andrés.

Los dos inspectores acompañaron al agente hasta el coche de policía que les llevaría hasta la comisaría. Ya en la jefatura, se dirigieron hasta la habitación, que se encontraba al final del pasillo, donde se encontraba el autor del macabro asesinato, acompañado de otro agente de policía.

-¿Tenía usted algo que contarme, señor Medina? –preguntó Juan Álvarez al entrar en la habitación, acompañado del inspector jefe.

-Si, tenía una cosa que contarle, señor Álvarez –aseguró el detenido –Pero lo que yo voy a contarle le interesa solo a usted, es decir, que aunque usted se lo cuente luego a sus compañeros, que es lo que va a hacer, a mi me interesa contárselo solo a usted, y no a ellos. ¿Me comprende?.

-Eso quiere decir que mis compañeros deben salir de aquí, ¿no? –dijo el inspector Álvarez - ¿Me puedo fiar de quedarme aquí solo con usted, señor Medina?.

-Usted verá señor Álvarez –dijo el detenido sarcásticamente –No creo que a su edad y con su experiencia policial le vaya a tener miedo a un hombre tan enclenque como yo y encima desarmado.

-Debéis dejarnos solos, quiere contármelo solo a mi –dijo Álvarez a sus compañeros.

-Si hay algún problema avisa –dijo el inspector jefe –estaremos aquí junto a la puerta.

-Pueden salir tranquilos –dijo sonriendo el detenido –no tengo pensado hacerle nada al señor Álvarez. Sería una tontería disponer de atacar a un policía en su comisaría. Podría entrar alguno de ustedes y dispararme para defenderle.

-Confío en usted, señor Medina –le aseguró el inspector Álvarez –además, si crimen, según nos ha contado, necesitó muchas cosas para prepararlo y llevarlo a cabo y en esta habitación no tenemos los cacharros que usted utiliza. Aquí solo tenemos una mesa y varias sillas.

-Puede estar tranquilo inspector –dijo Medina –lo que voy es a contarle una cosa que le va a interesar.

-Sentémonos –pidió Álvarez.

-Bueno, inspector –comenzó Medina –lo que le voy a contar tal vez me valga la cadena perpetua cuando tenga lugar mi juicio.

-¿Tan fuerte es lo que me va a contar?.

-La cosa es que no es fuerte –le contestó Alonso Medina –lo único que ocurre es que es la verdad sobre mis ritos de exorcismo.

-O sea –remarcó Juan Álvarez –que lo que usted me va a contar es que la víctima le pidió que le matase.

-Inspector Álvarez –aclaró Alonso Medina –tenga en cuenta que yo no he matado a nadie, en mis ritos exorcistas lo que ocurre es que se hacen cosas un poco arriesgadas y que si no se gasta cuidado puede ocurrir algo peligroso, como le ocurrió al hombre que hizo que me detuviesen, no que me denunció, sino que al haber muerto en uno de mis actos rituales, se me achaca a mi su muerte.

-Entonces, ¿usted se cree inocente de la muerte de Manolo Gil? –preguntó el inspector Álvarez.

-No es que me crea inocente, inspector, es que soy inocente, yo no tengo la culpa de que Manolo Gil hiciera una cosa que no se debía durante el ritual –contestó Alonso Medina –Pero no era de eso de lo que yo quería hablarle, en el juicio, haga lo que haga, se me va a declarar culpable de asesinato, sin haber tenido yo la culpa.

-¿No me irá usted a decir que no ha sido el único caso? –preguntó extrañado el inspector Álvarez.

-¿En qué sentido lo pregunta?.

-En el único sentido que existe –respondió Álvarez -¿No dirá usted que ha habido más muertes en sus rituales?.

-Yo no es que le vaya a decir que ha habido más muertes –dijo Medina -¿Por contarle lo que tengo que contarle me rebajarán la pena en el juicio?.

-No se lo que hará el juez con usted –contestó Juan -¿Usted me va a contar algo para que la pena sea más corta?.

-Lo que ocurre es que confío en usted y quiero contarle una cosa para quedarme más tranquilo conmigo mismo.

-Le digo una cosa señor Medina –añadió Juan Álvarez –le pido disculpas por haber dicho a los medios de información que usted estaba un poco desequilibrado mentalmente.

-Le ofrezco mis disculpas, inspector. Vi el informativo en el que usted lo dijo y comprendí la razón por la que lo hacen, a los periodistas hay que darles informaciones sin fondos sólidos para que dejen trabajar con más libertad.

-Bueno, ¿no me iba a contar una cosa?.

-¡Ah!, sí, entre tanta charla se me había ido de la cabeza la idea por la que había pedido que viniese –contestó Alonso Medina –Bueno, el cuatro de abril del año pasado fue a mi casa una mujer para decirme que su marido tenía el diablo en el cuerpo y quería que fuese a su casa para realizar un ritual para dejar el espíritu de su marido tranquilo, para que fuese una persona equilibrada, espiritualmente hablando.

-Espero que me disculpe en lo que le voy a decir –pidió el inspector -¿Cómo puede haber gente todavía que tenga esas creencias?.

-Según la religión, el diablo está andando por el mundo y es preciso que nosotros ayudemos a las personas débiles a las que les entra en el espíritu.

-Las personas que no creemos en esas cosas –dijo el inspector -¿cómo podemos admitir esas rarezas?.

-Todos debemos creer en Dios y estar seguros de que el diablo está en el mundo buscando espíritus débiles en los que introducirse –contestó Alonso Medina –Pero voy a seguir contándole lo que le estaba haciendo saber. El día cinco fui a ver a ese hombre para analizar como se encontraba su espíritu.

-¿Las personas en las que entra el diablo cambian de aspecto? –preguntó el inspector interesándose en el tema.

-Se nota que usted no ha visto nunca a nadie con el diablo en el cuerpo. ¡Claro que cambian!. Tenía la cara desencajada, los ojos se le salían de las órbitas y la mujer, para poder estar ella más tranquila, lo tenía encerrado en una habitación en la que solo había unos colchones recubriendo el suelo.

-¿No había nada más en la habitación?.

-Ese hombre no podía tener otra cosa en la habitación. La mujer había tenido que poner una reja en la ventana y preparar la puerta con un agujero para poder darle los alimentos sin tener que entrar.

-¿Y la higiene de ese hombre?.

-En ese estado la higiene es lo que menos importa. Hay cosas que interesan mucho más. Para poder entrar yo a la habitación tuve que llevar uno de mis crucifijos por delante para que no se abalanzase sobre mí. Tuve suerte. Aquel hombre se arrinconó temiendo la fuerza de Dios.

-¿Siempre pasa lo mismo ante un crucifijo?.

-Ante la fuerza de Dios todo el mundo es débil. Dios es omnisciente y omnipotente. Dios es el ser que nos gobierna desde arriba y, aunque el diablo intente apoderarse de espíritus más débiles, él, Dios, siempre lo echará hacia las cavernas oscuras donde vive y prepara sus malévolos planes.

-¿Qué interés tiene el diablo por apoderarse del espíritu de la gente? ¿No tiene suficiente poder?.

-Una pregunta un poco sin sentido, señor Álvarez. Compare usted al diablo y a Dios con otros dos componentes de esta ciudad, por ejemplo. Por mucho que uno tenga siempre quiere

más y, ¿qué mejor manera de tener cosas productivas que apoderarse de las cosas que otro ha creado y ha hecho productivas?. Contésteme, por favor, a esta pregunta inspector: ¿Qué le parece a usted más lógico: coger una naranja de un árbol que ya está produciendo o plantar la semilla de una naranja y esperar a que nazca y se críe el naranjo para después de alrededor de cinco años, poder comerse la primera naranja? —explicó Alonso Medina.

-Pero señor Medina eso es una cosa muy distinta. Aquí estamos hablando de personas y no de un árbol que nos dé un fruto —anotó Álvarez.

-Para Dios es lo mismo un hombre que un naranjo, las dos cosas son criaturas. Que el hombre puede andar, hablar, pensar y defenderse y el naranjo no, pero ambos seres tienen sentimientos, ambos seres tienen espíritu y ese espíritu debe estar en un lado o en otro, en el lado bueno o en el lado malo, en el lado del bien o en el lado del mal. Dios, a través de sus sensaciones y de nuestros sentimientos, nos está haciendo ver la vida más lógica, más clara, haciéndonos entender que el amor y la bondad puede mover montañas. No nos obliga a hacer nada, nosotros somos libres. El diablo, al contrario, se mete en los espíritus débiles y ataca sus mentes destruyendo nuestros sentimientos, cambiándolos por otros nuevos sentimientos con amor a la maldad y a la violencia. El diablo ataca y destruye.

-Señor Medina, me ha dado usted una charla religiosa ahora —dijo Álvarez —Podría usted haber sido cura.

-¡Dios me libre!. Creo que no sabe usted que los curas consiguen dinero leyendo la Biblia en público. Es lo único que hacen y además, después de cada misa pasan un canastillo para que los fieles echen algún dinero más. Eso es morbo religioso. Yo lo que hago es sacar al diablo del espíritu del creyente. Ellos, los curas, lo único que dicen es que el diablo es malo. Pero bueno, voy a seguir contándole la historia que creo que a usted le va a interesar mucho más que lo que le estoy explicando ahora.

-Perdone, me había emocionado mucho con lo que me estaba contando —repuso Juan Álvarez.

-Sigamos lo de antes: la mujer metió una silla en la habitación para que yo me sentase. Aquel día fue tremendo. Apenas pude conseguir que el hombre me prestase atención. Había momentos en los que estaba callado y tranquilo —sentado en un rincón. Otras veces comenzaba a pasear aullando y mirándose con sus ojos desencajados.

-¿No le atacó?.

-En ningún momento pensé en guardar el crucifijo. Todo el tiempo lo tuve en la mano. Eso mismo pasó dos veces más, pero después el hombre comenzó a tranquilizarse y a confiar más en mi, a confiar más en el amor que Dios intentaba ofrecerle en lugar de que viviese en un mundo de maldad y de tinieblas.

-Según parece, le salvó usted.

-Eso creía yo también. Yo iba todas las tardes y pasaba con él cerca de dos horas, parecía que se iba a curar, que el diablo iba a salir de su espíritu y que Dios le iba a proteger para que no entrase más el mal en su cuerpo.

-¿No fue así?, ¿empeoró la cosa?.

-El día veinticinco yo llegué como otras veces, lo saludé y me di cuenta de que él no lo hizo y que ni siquiera me miró. Se quedó en un rincón sin hacer caso a mis palabras.

-Había fracasado usted.

-No lo crea. Según me dijo después la mujer es que después de yo irme la tarde anterior, fue a la casa un hombre que a ella no le gustaba mucho, pero con lo que le dijo lo dejó entrar a ver a su marido ya que él también podría ayudarlo para que el diablo lo dejase en paz.

-Entonces, ¿qué ocurrió?.

-No habían pasado ni cinco minutos desde que yo había llegado cuando de pronto se dio la vuelta y, como echando espuma por la boca, se abalanzó sobre mi.

-El diablo pudo más que Dios.

-No sé como fue, pero parece que sí. Como le he dicho yo entraba allí con el crucifijo en la mano. Intenté parar a aquel hombre endemoniado mostrándole el crucifijo, pero no pudo ser. Saló sobre mi y tuve que clavárselo, atravesándole el cuerpo.

-¿Le mató con el crucifijo?.

-Siento decirlo inspector, pero eso ocurrió. Tenía aquel hombre la fuerza de un elefante y no pude defenderme de otra manera.

-¿Se da cuenta usted de que la cosa se está complicando mucho más?. Ya no es un asesinato. Son dos. ¿Dónde se encuentra el cuerpo?.

-El cuerpo lo quemamos en un descampado y los huesos que no se deshicieron los machacamos y los rociamos por allí.

-Señor Medina, creo que lleva usted todas las de perder en el juicio.

-Tenga usted en cuenta una cosa, señor Álvarez, en el juicio no se me puede acusar por asesinato, yo solo respondo a la voluntad divina, lo único que hago es intentar sacar el diablo del alma de los más débiles, lo que ocurre es que algunas veces hay gente que se entromete y hace que Dios pierda fuerza y que el diablo tenga el camino más fácil para poder llegar y apoderarse del alma nuevamente.

-Señor Medina le va a costar mucho trabajo convencer al juez de que lo que usted hace lo hace en nombre de Dios. Tenga en cuenta que eso mismo también lo podrían decir todos los asesinos que detenemos y así poder salvarse, pero eso no es la ley. Pero usted me está hablando de hace diecisiete meses, en ese tiempo, ¿qué ha ocurrido?.

-No sé como contárselo. En ese tiempo han venido a mi setenta y tres personas para salvarse.

-¿Las ha salvado a todas?. ¿Ha echado el diablo de sus cuerpos?.

-Según los casos. Ha habido gente que ha sido fácil de salvar. Cuarenta y una para ser más exactos.

-¿Y las otras treinta y dos personas?. ¿Siguen endiabladas?.

-De las otras treinta y dos personas, dieciocho me atacaron y defendiéndome las maté, o mejor dicho, les quité la vida. Las otras catorce no es que me atacaran, lo que pasa es que yo veía que no las iba a poder salvar y las tuve que matar. Pero sigo diciéndole que no soy yo quien las mata, es la mano de Dios la que me defiende de esa manera.

-Entonces me está usted diciendo que ha asesinado a treinta y cuatro personas.

-Si usted quiere llamarlo de esa manera, vale, pero no han sido treinta y cuatro, han sido treinta y tres, en ese último fue en el que ustedes me detuvieron.

-Treinta y tres personas, y, ¿dónde están los cuerpos?.

-Se está usted poniendo nervioso señor Álvarez –sonrió Alonso Medina –El primero ya le he dicho lo que hicimos con el cuerpo, los otros treinta y dos los enterramos en un descampado en al que yo sé que no llega nadie.

-Por muy bueno que sea su abogado no le va a poder salvar de la pena de muerte.

-Dios me salvará, amigo.

-Vaya esperanzas. Debe decirme donde ha enterrado esos cuerpos, hay que enterrarlos cristianamente en un cementerio. Mañana por la mañana me llevará a ese descampado y recuperaremos los cuerpos.

-Como usted mande inspector. Cumpliré sus órdenes.

Juan Álvarez salió de aquella habitación y no estaba escuchando al inspector jefe que lo llamaba. Se dirigió hacia uno de los aseos de la jefatura y metió la cabeza bajo uno de los grifos para que el agua aclarara un poco su cabeza.

-¡Eso es increíble! –exclamó echando hacia atrás la cabeza –¡Está loco!.

-¿Qué pasa Juan?. ¿Quién está loco? –preguntó el inspector jefe al ver al inspector Álvarez tan nervioso.

-Alonso Medina, ese hombre con el que he estado hablando –contestó Juan Álvarez –Ha asesinado a treinta y tres personas, bueno, no las ha asesinado, según dice, como es un exorcista lo único que ha hecho ha sido matar una parte del diablo que estaba en el espíritu de esos hombres.

-¡Ese hombre es un asesino! –exclamó el inspector jefe.

-No te creas, Andrés. Ese hombre al menos me lo ha dicho y ha explicado porqué ha matado a esas personas. Según dice en sus rituales exorcistas esas personas disponían de atacarle y él debía defenderse.

-Pero cuando le hagan el juicio, a no ser que el juez sea otro loco como él, la pena que le va a echar va a ser la pena de muerte. Una persona así no merece estar vivo después de lo que dices que ha hecho.

-Ten en cuenta una cosa, Andrés, ese hombre tiene mucho don de palabra y como el juez que le toque sea una persona no muy difícil de convencer, la pena que le va a echar va a ser de unos treinta años en lugar de la pena de muerte que tu dices. Además, mirándolo desde un punto de vista lógico, con la cantidad de maniáticos que hay sueltos por el mundo, lo único que hubiese hecho falta es que los que ese hombre ha matado también revolucionasen el mundo.

-Me parece que te ha convencido.

-Te explico una cosa, para convencerme a mi hay que tratar temas mucho más importantes que el exorcismo y desde un punto de vista más lógico del que lo ha hecho ese hombre. Me he dado cuenta de que está loco, no porque halla matado a esas personas, está loco por lo que cree, en los años que vivimos, con la cantidad de cosas que hemos visto y la pila de problemas que tenemos sobre nuestras espaldas y el diablo, según él, atacándonos de nuevo. ¡Qué tontería!

-Es un problema que antes no habíamos tenido. Ahora deberemos aprender a luchar contra el diablo, lo que pasa es que el diablo, al ser inmaterial, se podrá escapar de la cárcel.

-Después del rato que he pasado, tu te pones a decir más tonterías.

-¿Por qué tonterías?. ¿Tu te crees que se va a poder tener al diablo encerrado en una celda?.

-Sí, si no crees en la existencia del diablo, porque entonces las personas que dicen que están poseídas si pueden quedar encerradas tras unos barrotes, pero si crees en la existencia, esas personas podrán atravesar las rejas de la cárcel.

-Venga Juan, déjate de tonterías.

-Yo no estoy de tonterías –añadió el inspector Álvarez –Yo no creo en la existencia del diablo, lo que ocurre es que vamos a tener que esperar a que sigan ocurriendo cosas como ésa para poder descubrir poseídos, o exorcistas, como éste.

Los dos inspectores acordaron la hora de salida del día siguiente para ir al cementerio improvisado por Alonso Medina, desenterrar los cuerpos e intentar conocer sus identidades.

Aquella noche Juan no pudo dormir. La confesión de aquel loco le había puesto muy nervioso y no pudo tranquilizarse en toda la noche. Se levantó a las siete de la mañana y cuando se preparó salió hacia la comisaría. Tenían previsto salir a las ocho hacia el supuesto cementerio.

-No he podido dormir en toda la noche.

-Se te nota en la cara, Juan. Parece como si no estuvieras preparado para estas cosas –le dijo Andrés.

-Preparado si estoy. Tu lo sabes, lo que pasa es que he estado toda la noche dándole vueltas a lo que me contó ese hombre y no te creas que es fácil dormir con eso en la cabeza.

-¿Asustado?.

-No me he asustado por cosas más peligrosas, pero he estado pensando en que si hay muchas personas como ésta que tenemos aquí, nosotros, la policía, vamos a caer muy bajo, la gente va a pensar que nos pagan para nada.

-No creo que estén tan locos como para eso. Somos bastante eficientes, lo que pasa es que a los locos de este tipo no se pueden controlar de ninguna manera y para poder descubrirlos tiene que ocurrir algo como lo que ha pasado para descubrir a este tipo.

Poco después, a las ocho en punto, salieron el inspector jefe, Juan Álvarez, Alonso Medina y cuatro agentes más, preparados para desenterrar todos los cuerpos de las víctimas que habría aniquilado el supuesto exorcista.

Fue algo espeluznante y estremecedor. Huesos esparcidos, cuerpos putrefactos, un olor espantoso. Los policías estaban aguantando un espectáculo escalofriante.

Su trabajo lo terminaron bastante tarde. Desenterraron los treinta y tres cuerpos que estaban hechos trozos e intentaron medio agrupar las partes de cada uno. Los llevaron al depósito de cadáveres de la policía para intentar reconocerlos. Debían descubrir las identidades reales de aquellos cuerpos para darles un entierro religioso, aunque hubiese personas que, según Alonso Medina, tenían todavía el diablo en el cuerpo y no podían ser enterradas en ningún cementerio junto a otras personas de espíritu limpio cristiano.

Los dos inspectores hicieron todo lo posible para que el juicio por los crímenes de Alonso Medina se celebrase lo más pronto posible. Tras haber visto aquel espectáculo tan macabro se encontraban en la necesidad de que el juez condenase a aquel hombre y fuese, por lo menos, encerrado en una cárcel para el resto de su vida. Era necesario encerrar a los locos de aquel

calibre para que la gente estuviese más tranquila, que no se encontrasen en la casa de al lado con una persona que se dedica a hacer ritos satánicos para que se les valla el diablo de sus cuerpos y quedarse nuevamente como antes, con idea de bien y bondad en su mente.

Un mes más tarde ya lo habían conseguido. El juicio ya se llevaría a cabo. La sala del juicio era algo espectacular. Varias decenas de periodistas, cinco cámaras de televisión, muchísimo público, dentro y fuera de la sala, treinta acérrimos creyentes del exorcismo y diez o doce guardias de seguridad. Los periodistas comunicaban en la radio y en la televisión que estaban esperando ver aparecer al diablo, ya que iba a ser juzgado uno de los individuos cuya misión era echarle del mundo de los creyentes mortales.

Entró el juez. Silencio total.

-Hoy se va a llevar a cabo un juicio un tanto extraño –dijo el juez –Se va a juzgar a un hombre por haber asesinado a treinta y cuatro personas en nombre de Dios, de modo un tanto escalofriante. ¿Tiene usted algo que objetar, señor Alonso Medina?.

-Señoría, señores del jurado, apreciado público –se levantó saludando el acusado -¿Qué puedo decirles?, o mejor dicho, ¿cómo puedo explicarles lo que ha ocurrido?. Soy un enviado de Dios para intentar echar al diablo del alma de los débiles.

Se armó un gran revuelo en la sala. Todos comentaban las palabras del asesino.

-Entonces, señor Medina –añadió el juez –usted nos va a intentar convencer de que es inocente de todos los asesinatos de los que se le acusa.

-Se ve que no me ha entendido lo que le he querido decir –rió Alonso Medina –Yo no soy culpable ni inocente. Este juicio es una cosa que yo no entiendo. Juzgar a un enviado de Dios por hacer lo que el omnipotente le ha mandado realizar.

-O sea –meneó la cabeza el juez –nos quiere hacer creer que este juicio no sería contra usted sino que sería contra Dios.

-Si usted se atreve a presidir un juicio contra Dios, pues vale –dijo el señor Medina volviendo a sonreír. Se daba cuenta de que contra él se podía celebrar un juicio, pero no contra Dios -¿Lo va a declarar culpable o inocente?.

-Tenga en cuenta señor Medina, que el juicio que se está llevando a cabo es contra usted, no contra Dios –protestó el juez –Los informes que tengo aquí indican que ha sido usted el que ha ido matando a esas personas, que no le ha ayudado nadie más.

-Señor juez, me estoy dando cuenta de que usted o no me está escuchando o de que pasa de escucharme, porque yo le he explicado muy claro que lo que ha ocurrido ha sido porque Dios me lo ha ordenado.

-Entonces señor Medina –dijo el juez -¿Se considera usted culpable?.

-No señoría –contestó Medina con una sonrisa un poco macabra –no soy culpable. Soy un EXORCISTA enviado por Dios para salvar al mundo de la invasión del diablo.

Nueve de Abril de mil novecientos noventa y cuatro.

LA JUSTICIA, LAJUSTICIA, EL ORDEN Y LA LEY

Desde el día 4 hasta el día 11 de febrero de 1.945 se reúnen los presidentes de los tres países más poderosos del mundo (cumbre de Yalta). Los tres países que habían vencido en la 2ª Guerra Mundial: Roosevelt por los EE.UU., Churchill por Gran Bretaña y Stalin por la U.R.S.S..

La finalidad de la reunión era repartirse Alemania entre ellos como “botín de guerra”.

Tras esta decisión Alemania queda dividida en dos bandos, llegando, incluso, a construirse, por parte de la U.R.S.S. el muy famoso y temido “Muro de Berlín”. Se separa un país de hermanos en dos bandos: los corruptos y los que se van a corromper. Ambas partes con sus virtudes y sus defectos, con sus ideas y sus necesidades, con sus diferentes formas de vivir, de ver la vida, de expresarse.

Hoy, a finales del año 1.990 y comienzos del 1.991, ha pasado mucho tiempo, cerca de medio siglo. El muro sigue en pie. Existen necesidades, deseos, aspiraciones, sueños, ..., en la Alemania del Este. También existen necesidades de unión en la Alemania del Oeste.

¿Qué puede ocurrir hoy?
¿Caerá el muy temido muro?
¿Habrá libertad?
¿Habrá igualdad?
.....
¡¿Habrá trabajo?!

Nieva en la Alemania Democrática (Alemania del Este). En la Alemania Federal (Alemania del Oeste), sin embargo, hace buen tiempo. Parece como si el muro también controlase el estado de tiempo en ambos lados.

Un matrimonio de viejecitos está situado al lado del muro en la Alemania Federal.

BORIS: Recuerdas Sandra cuando éramos niños y no existía esta separación en nuestra ciudad.

SANDRA: Claro que me acuerdo, cariño. Entonces podíamos pasear por todo Berlín, corretear por todas sus calles.

BORIS: Pero menos mal que quedamos en este lado del muro. Aquí somos libres.

SANDRA: Si, libres, pero ¿a qué precio?.

Aparecen tres niños correteando y comienzan a jugar alrededor de los dos ancianos.

SANDRA: ¡Qué suerte tienen ellos!, no se dan cuenta de que al otro lado del muro hay también niños que no pueden divertirse tanto como ellos.

NIÑO 1: Venga colega, déjame el coche que tienes, es el que me falta para hacer la carrera.

NIÑO 2: Mira Dan, no te lo puedo dejar porque sino me lo jodes. No me fio de ti. Eres como tu padre.

NIÑO 1: Si, un hombre que buscaba la libertad y encontró el paro y la falta de dinero.

BORIS: ¿No decías que no se daban cuenta de lo que ocurre?.

SANDRA: Llevas razón.

Se acerca una pareja de jóvenes y se sientan en la otra esquina del banco (un chico y una chica). Los niños siguen con sus tonterías, con sus cochecitos, riendo y chillando.

La pareja que acaba de llegar no saluda a los ancianos, ni siquiera les miran. Se abrazan y comienzan a besarse con mucho deseo.

BORIS: ¡Cooño!, en nuestros tiempos no ocurría esto.

SANDRA: No ocurría esto en la calle como están ellos, pero yo me acuerdo que antes de casarnos hicimos un poco de todo, eso si, bajo la mirada del crucifijo del hotel.

BORIS: Pero era distinto.

SANDRA: ¿Distinto?, ¿por qué?, ¿por qué estábamos bajo la mirada de Dios?.

BORIS: Claro, Dios nos amparaba.

SANDRA: En aquellos tiempos Dios tenía otras preocupaciones muy distintas a la de estar amparando a una pareja que está jodiendo.

Los tres niños abandonan sus juguetes y se ponen a mirar muy descaradamente a la pareja de jóvenes.

NIÑO 3: Veréis como ahora le pasa la mano por debajo de la falda.

NIÑO 2: ¿Por qué?.

NIÑO 3: Porque es lo que hacen todas las parejas. El viernes comenzó mi padre así con mi madre y al poco rato se fueron para el dormitorio.

NIÑO1: ¿Y tu mirabas?.

NIÑO 3: ¡Claro!.

BORIS: ¡Hasta donde está llegando la juventud!.

NIÑO 2: Pero esta gente tiene mucho cuidado y las niñas no se quedan embarazadas.

NIÑO 1: ¿Por qué dices que tienen mucho cuidado?.

La pareja de ancianos está mirando a los críos y muy atentos a la charla.

NIÑO 2: Mi padre me lo explicó contándome un chiste.

NIÑO 3: Venga tío, cuéntalo.

NIÑO 2: Mi padre me explicaba que cuando se hacía el amor con una señorita, o ésta había ido antes al ginecólogo, o el hombre había ido a la farmacia a comprar preservativos.

NIÑO 1: ¿Preservativos?.

NIÑO 2: Si, unas funditas de plástico en las que se mete el pito y hagas lo que hagas no hay peligro. Bueno, sigo. Cuando el hombre va a la farmacia a comprar preservativos llega avergonzado, creyendo que todo el mundo lo está mirando. Se acerca al farmacéutico y le dice: “Por favor, ¿me da una caja de preservativos?”. El farmacéutico, acostumbrado al tema, llama a su ayudante: “Iván, una caja de condones”, dice en voz alta. Entonces toda la gente mira hacia el comprador y éste se cree que todos le están diciendo: “Ese tío va a follar, ese tío va a follar”. Y él se va con los globitos para evitar el riesgo.

NIÑO 3: ¿Y eso te lo cuenta tu padre?.

NIÑO 2: ¡Claro!, quiere que cuando sea mayor esté prevenido.

BORIS: Están los niños bien informados, no como en nuestros tiempos.

SANDRA: En nuestros tiempos había menos cultura sexual y el único método que se conocía era la “marcha atrás”.

BORIS: ¡Vaya tontería!.

Al joven que está allí con su novia no le gusta que los ancianos estén allí hablando mientras que ellos están en su tarea.

IVAN: ¿Es que no nos pueden dejar tranquilos?.

NINA: Vámonos, Iván, esta gente está muy vieja y no entienden de esto.

Los jóvenes se van. Los niños vuelven a ponerse a jugar y los ancianos menean la cabeza pensativamente.

Fin del primer acto. Se va apagando la luz y comienza a encenderse al otro lado del muro.

Alemania Democrática. Nieva. Tres personas se encuentran al lado del muro. Miran hacia lo alto.

MICHEL: ¡Qué mierda de vida, compañeros!. Nunca hemos sabido lo que hay al otro lado.

VICKYE: Tiene que ser algo muy bueno. Los que se han ido no han vuelto. Deben de estar allí mejor.

MICHEL: Mucho mejor. Allí están libres.

EVA: Libres y sin trabajo.

VICKYE: ¿Por qué sin trabajo?. Al otro lado viven mejor que aquí.

EVA: En un sitio donde hay trabajo para diez personas, si aparece alguno más, alguien se quedará sin trabajo.

VICKYE: Solo miras lo malo. A mi me encantaría cruzar el muro, encontrarme en un país libre, con una casa mía, un coche mío, trajes míos, ...

EVA: Y sin trabajo.

Suena la radio. Un comunicado de Estado.

LOCUTOR: Compañeros de Alemania Democrática. Mañana, veinte de Noviembre, a las doce del medio día, se realizará una concentración al lado del muro para presenciar su derrumbamiento.

MICHEL: ¡Coño, van a tirar el muro!.

VICKYE: Calla, calla, a ver lo que siguen diciendo.

LOCUTOR: El presidente de la Unión Soviética, Mijail Gorbachoff, mañana dará comienzo al derrumbamiento del muro. Es obligatoria la presencia de todos vosotros, compañeros. Debemos ir mañana a ver como es el otro lado del muro.

VICKYE: Incluso mañana que va a ser el último día nos obligan a hacer cosas. Ni siquiera para eso podremos ser libres.

MICHEL: Pero mañana noche seremos libres, haremos lo que queramos, podremos pasear por las calles a media noche, podremos ...

EVA: Tomar por el culo. Aparecerá algo nuevo para que no podamos ser tan libres. Eso sí, los hombres encontraréis más saunas y salas de fiesta para poder ir a divertirnos.

ULRRICH: (Entra corriendo en el escenario. Tropieza con Vickye, casi se caen). ¿Habéis escuchado la radio?. Mañana seremos libres, no tendremos que aguantar más órdenes de nadie, haremos lo que queramos.

EVA: Lo siento, compañero, en el otro lado también tiene que haber alguien que dé órdenes, que ...

VICKYE: Pero no como en este lado. Allí podremos hablar.

EVA: Si, podremos hablar y al vez dentro de unos años tendremos que aguantar al presidente de los Estados Unidos de América dándonos órdenes.

LOCUTOR: Al otro lado del muro nos estarán esperando nuestros hermanos, encabezados por el canciller Helmut Köll y su esposa.

MICHEL: Veremos mañana al canciller de la otra Alemania, ¡qué alegría!

ULRRITCH: Y veremos otras mujeres, muchas señoritas.

EVA: No ...

LOCUTOR: Será un acontecimiento recogido por todos los medios de comunicación. Radio Directa de Berlín tendrá un enviado contando el acontecimiento y Televisión Alemana mandará una cámara y un reportero para grabar el acontecimiento y hacérselo saber al resto del mundo.

MICHEL: Vamos a salir en la televisión. Seremos famosos.

EVA: Si, seremos unos imbéciles famosos.

VICKYE: Oye tía, la imbécil lo serás tu. Yo me voy a convertir en una mujer libre, sin tener que rendir cuentas a nadie que no sea mi marido. (Se coge del brazo de Ulrritch).

EVA: Y a lo mejor de alguien más.

LOCUTOR: Compañeros, mañana noche dormiremos en un país libre. Podremos hablar tranquilos sin temer a la K.G.B. ... Tendremos hijos libres.

ULRRITCH: Pues habla bien ese tío. ¿No parece que le está gustando la idea de que las dos Alemanias vuelvan a ser una?

EVA: Yo también quiero que haya una sola Alemania. Libre, justa, unida, pero también con trabajo. Quiero que mis hijos puedan trabajar, que tengan trabajo.

MICHEL: (Pasándole los brazos por los hombros). No te preocupes, Eva, tendrán trabajo. Nuestros hijos tendrán trabajo. Serán hombres libres con trabajo.

Comienza a nevar otra vez. Suena un poco de música (algo clásico). Las dos parejas, cogidas de la mano, miran hacia el muro con esperanza y alegría por su próxima desaparición.

Comienza el tercer acto con un grupo muy numeroso de gente a ambos lados del muro.

En Alemania Federal se están preparando el reportero y el cámara para grabar la caída del muro.

REPORTERO: ¿Qué, te falta mucho?

CÁMARA: No. Solo me falta mirar a ver desde donde se puede tomar mejor esta tontería. ¿Tu crees que llamar a un cámara y a un reportero para grabar la caída del muro?

REPORTERO: Que nadie te escuche Antonio. Gracias a esto nos van a pagar bastante por ser una cosa muy importante y, además, nos van a conocer en todo el mundo.

CÁMARA: Eso si está bien, que nos conozcan en más sitios y tengamos más trabajos.

SANDRA: ¿Te das cuenta Boris?, Alemania va a estar al fin unida.

BORIS: Si, unida, pero ¿hasta cuando?

SANDRA: Hombre, yo creo que para siempre. ¡Mira!, ¡mira!, ahí vienen el presidente y su esposa, ¡está bueno el tío!

BORIS: La mujer está mucho mejor que él.

REPORTERO: Señoras y señores. Son las 11:45 de hoy miércoles veinte y siete de diciembre de 1.990. El presidente de Alemania Federal, Helmut Köll y su esposa, se están acercando hacia el muro. Es un día importante. Ellos volverán a hacer que oda Alemania esté otra vez unida.

En Alemania Democrática solo están Vickye, Eva, Michel y Ulrritch. Están esperando la libertad de su Alemania.

ULRRITCH: Ya falta poco. Dijeron que a las doce tirarían esta tapia.

VICKYE: ¡Qué bien!. Vamos a ser libres.

EVA: El rollo este será algo después de las doce. No creo que esta vez vallan a ser tan puntuales.

VICKYE: Ya verás como es a las doce en punto.

MICHEL: Pues me haría falta llevarme unas piedras de este muro para poder hacer otra habitación más en la que va a ser mi casa. Ahora tenemos que tener casas más grandes, con jardincito y con una perrera, como el resto de los europeos.

EVA: ¿Con perrera?. Todos los europeos no tienen perro.

ULRRITCH: Ahí viene ya el colega. ¡Qué contento viene!

Aparecen Mijail Gorbachof, su esposa y otro hombre, que es el que lleva la herramienta para tirar el muro.

En Alemania Federal el cámara lo único que está haciendo es tomando planos del señor Köll y su esposa, que se están contoneando al lado del muro.

VON(El hombre que acompaña a Mijail Gorbachof): Ahí tiene, señor presidente.(Le ofrece al presidente de la U.R.S.S. unas tijeras para que tire el muro).

GORBACHOF: Vamos allá, todo sea por la patria.

Intenta cortar la cuerda, pero las tijeras no funcionan.

GORBACHOF: Me cago en la leche, la clase de tijeras que me has dado.

VON: ¿No cortan, mi presidente?.

GORBACHOF: Ni la leche ... pelota.

VON: Deme esas y tenga éstas. Yo creo que éstas si cortarán.

Cambian las tijeras. Gorbachof lo intenta con las nuevas pero parece que con éstas tampoco lo va a conseguir.

GORBACHOF: Von, éstas tampoco cortan. Me parece que como sigan así las cosas, voy a tener que cortar esto a bocados.

VON: (Sacándose un machete de su bota derecha). Pues tenga esto, señor Gorbachof. Éste no falla.

GORBACHOF: (Coge el machete y corta la cuerda). ¡Coño!. Ya era hora.

Al caer el muro el gentío aplaude.

GENTÍO: ¡Bravo!. ¡Bravo!.

Los dos presidentes se aproximan, se estrechan la mano y se abrazan.

REPORTERO: Después de cuarenta y cinco años de este muro en pie, hoy han llegado al acuerdo de tirarlo, de unir las dos Alemanias, de unir los dos pueblos hermanos en uno solo.

Los niños están allí correteando y en una ocasión le dan al cámara que casi se cae encima de la cámara.

CÁMARA: ¡El puto niño!. Niño, vete con tu padre a tomar por el culo. ¡No ves que casi me ha tirado!.

Comienza a sonar música que hace que todo el mundo se calle. Son ya las doce. El muro ha caído.

SEÑORA DE GORBACHOF: ¡Anda Mijail!. Ahora toda la gente va a decir que ha estado muy bien lo que has hecho. Vas a ser mucho más famoso.

GORBACHOF: Y me pedirán autógrafos. Mi foto se cotizará muy alta.

SEÑORA DE GORBACHOF: Recuerda que yo quiero ser más famosa también.

GORBACHOF: BuenoUna foto de los dos será lo que saldrá en los periódicos y en los carteles publicitarios.

REPORTERO: El muro ha caído. Ya sólo hay una Alemania. Estamos, al fin, unidos.

KÖLL: Bueno, Gorbi, ya están todos unidos. Todos juntos. Ahora nos podremos ver por aquí tu y yo y podremos irnos de juerga.

GORBACHOF: Si, claro, pero tendremos que llevar a nuestras esposas.

KÖLL: Tu lo has dicho, pero unas veces las llevaremos y otra veces deberemos ir solos.

Los dos presidentes, y sus esposas, se despiden y se van alejando de las ruinas del muro.

REPORTERO: ¿Qué tal te ha quedado, Antonio?.

CÁMARA: Creo que bien. La gente ha tenido que ver bastante bien esta grandísima tontería.

REPORTERO: Por tanto si te tumban.

CÁMARA: El puta niño por tanto si me tira.

MICHEL: ¿Qué tal se está en esta Alemania?.

IVÁN: Se está muy bien. Aquí todo está permitido.

MICHEL: ¿Todo?.

IVÁN: Bueno, todo, todo, no. Todo está permitido menos el trabajo. Aquí solo unos pocos tienen trabajo.

MICHEL: Pues si es así, entonces la hemos cagado.

Se callan, comienzan a irse todos. Se apagan las luces.

Fin del tercer acto.

11 de septiembre. 11 de la mañana. Hay un grupo de gente paseando al lado de las ruinas del muro. Es raro. Un martes paseando en lugar de estar trabajando.

Aparecen Sandra y Boris. De ellos si es lógico que se les vea paseando. Llevan ya algunos años jubilados y no tienen otra cosa que hacer.

BORIS: La cosa no salió tan bien como se esperaba.

SANDRA: Ya me he dado cuenta, cariño. Antes de tirar el muro, a estas horas, estaba casi todo el mundo trabajando y ahora ...

ULRRITCH: (Dirigiéndose a ellos). Perdonen, pero no estamos trabajando porque no hay trabajo.

EVA: Parece mentira lo que son las cosas. Antes teníamos trabajo todos. Ahora lo único que podremos llegar a tener es hambre.

BORIS: ¿Hambre?.

ULRRITCH: Si, hambre. Llevamos ya tres meses sin poder trabajar y los ahorros que teníamos ya se van gastando. No sé lo que vamos a hacer.

SANDRA: ¿Antes teníais siempre trabajo?.

EVA: Si, todos los días podíamos, o debíamos, ir a trabajar. Teníamos trabajo seguro. No teníamos la libertad que ahora dicen que tenemos, pero el trabajo si era seguro y, por lo tanto, también la comida.

SANDRA: Otra pregunta, ¿es verdad eso que decían que os daban una casa para vivir?.

ULRRITCH: Teníamos estudios gratuitos. El que quería y sabía estudiar sacaba una carrera sin gastarse ni un rublo. Quien no valía para estudiar tenía un puesto de trabajo de por vida. A una determinada edad se nos daba una casa y si cuando nos casábamos nos resultaba pequeña, se nos cambiaba esa casa por otra un poco más grande.

SANDRA: Pues aquí todo cuesta dinero: los estudios, el trabajo, la casa,

BORIS: Antes de tirar el muro la tasa de desempleo era de un 3%. Ahora, al cambiar también un poco el sistema político, la tasa de desempleo alcanza ya el 35%, más o menos lo mismo que Málaga, una provincia de España.

ULRRITCH: La libertad nos está costando cara. Queríamos libertad y lo que estamos consiguiendo es hambre y libertinaje.

Vicky y Michel, que están sentados un poco más allá, se ponen en pie y se acercan al grupo.

MICHEL: ¿De que estáis hablando, del trabajo?.

ULRRITCH: Si, le estoy contando a este hombre que hace tres meses que no podemos trabajar, que no encontramos trabajo, que no hay trabajo.

VICKYE: Ten en cuenta que queríamos libertad y ...

ULRRITCH: Si libertad, pero no hambre. Porque a nosotros nos pasa como a vosotros, los ahorros se nos están gastando.

EVA: Y sin dinero no hay comida.

BORIS: ¿Y no podéis montar algo, algún negocio para que os dé un poco de dinero?.

MICHEL: Para crear un negocio hace falta dinero, y eso es precisamente lo que ya casi no tenemos.

SANDRA: Podéis pedir un préstamo al banco.

ULRRITCH: Señora, tenga usted en cuenta que eso es lo más difícil. Lleva usted razón, podemos pedirlo, pero para que nos lo den, debemos presentar alguien que nos respalde y eso, tal como está la cosa, es tan difícil como hacer una ralla en el agua.

BORIS: Lleva razón. Nadie se compromete a respaldar a nadie y menos si no se conoce.

MICHEL: Si no se conoce y además esa persona es de los que pertenecía a lo que antes era la Alemania comunista.

SANDRA: Eso es verdad. La gente de esta Alemania aún no se fía de vosotros.

EVA: Y ¡arriba Alemania que es un país libre!

MICHEL: Y además de verdad. ¡Pero qué libertad!

ULRRITCH: No debemos quejarnos, mis amigos, queríamos libertad y eso es lo que hemos encontrado.

Se apagan las luces. Se oye de fondo música clásica.

VOZ EN OFF: Las dictaduras son represiones para mucha gente. Hay que buscar la libertad, pero debemos tener en cuenta que en un mundo con la libertad que cada uno quiere no siempre podremos encontrar trabajo. No siempre podremos comer. Estaremos entonces encerrados sin la libertad de poder comer, sin la libertad de poder sentir, ..., sin la libertad de poder vivir.

Para de sonar la música clásica. Comienza una canción de “La Polla Record” titulada “El ataque de los hambrientos”, que habla sobre los problemas de la sociedad y del muro,, pero, ¿de qué muro?...

Rosa Lozano Durán

El arriate

“*Arriate*: 1. Era estrecha para plantas de adorno junto a las paredes de los jardines y patios. 2. Camino. 3. Enrejado.”

Lo que me preocupa es qué va a ser de ellos ahora. Están sanos y fuertes, pero necesitan cuidados; están acostumbrados a ser tratados con mucho mimo. Supongo que enviarán a alguien que se encargue; ellos son los únicos que no tienen culpa de nada.

Están preciosos, y eso que aún faltan unos meses para que estén en flor; este año, con la temperatura que está haciendo, se van a llenar por completo de rosas, y el aroma será tan penetrante, tan embriagador, que ningún vecino podrá pasar por delante de la cancela sin sentir un leve mareo. No me gusta presumir, pero ya el año pasado todos hablaban de mis rosales, y me preguntaban cómo los cuidaba, si se cruzaban conmigo cuando volvía de la compra. “Con mucho cariño”, respondía yo, orgullosa. Y esa es la verdad.

Desde la ventana de la cocina, me di cuenta de cómo estos señores los miraban al entrar en mi casa; pese a estar de servicio, no pudieron evitarlo. Como es lógico, me sentí halagada; al mismo tiempo, su gesto me despertó alguna clase de ternura. Para corresponderles, decidí enseñárselos directamente, antes de que pudiesen decir nada y se vieses limitados por sus obligaciones profesionales, perdiendo así la oportunidad de admirarlos con la dedicación que merecen. Salí apresuradamente, aún secándome las manos con un paño, mostrando mi mejor sonrisa, con tanto entusiasmo que me siguieron en esos escasos cuatro metros hasta el arriate casi de forma inconsciente. Creo que se han quedado gratamente impresionados.

Cuando se prepara la tierra, sobre todo en los días más calurosos, siempre despide un olor un poco desagradable. Quizá un poco menos intenso que en los primeros días después del abonado, pero similar. Sin embargo, ningún vecino se quejó nunca del olor del estiércol.

Un buen jardinero debe saber que no todos los rosales son iguales: cada uno tiene su historia y su personalidad, distintos requerimientos y preferencias, y aportará algo diferente al jardín. Adentrarse en el mundo de las variedades es realmente asombroso; para mí es, de alguna manera, como sumergirse en un fascinante viaje: nunca dejas de descubrir cosas nuevas ni de maravillarte al darte cuenta de que la belleza puede extenderse en dimensiones que jamás habías imaginado.

Los rosales miniatura son, a mis ojos, la imagen de una perfección íntima y delicada, elegante, escondida tras una máscara de fragilidad. Quizá lo más sorprendente de ellos sea que una planta que apenas levanta quince centímetros del suelo pueda dar unas flores proporcionalmente tan grandes. Siempre me ha dado la sensación de que, en lugar de estar resentidos con la naturaleza por habarles negado un tamaño mayor, concentran todas sus energías en dar lo mejor de sí mismos.

En algunos aspectos, yo he sido un rosal en miniatura durante gran parte de mi vida.

Al menos una vez al año es necesario podarlos. Eso Manolo lo tenía muy claro: que para que floreciera, era su deber podarme. No parecía haber asimilado tan bien lo de la periodicidad. O quizá simplemente se tomaba muy a pecho el “al menos”.

Manolo era un híbrido entre el escaramujo o Rosa silvestre y la Rosa de Francia: espinoso y duro, rastrero, y de flor pequeña y siempre solitaria. Un híbrido, sobre todo, espinoso. O puede que, sobre todo, rastrero; es difícil de precisar.

El cultivo de los rosales no se puede improvisar: exige dedicación, y hay que planear cada paso con tiempo y cuidado. El suelo empieza a prepararse en verano, aunque la plantación

tenga lugar entre diciembre y febrero: hay que darle la acidez necesaria, mezclándola con arcilla y humus, y luego trabajarla profundamente, hasta más de medio metro, para que las raíces puedan expandirse con libertad. También hay que cuidar la compactación, y añadir arena si es excesiva, de forma que se asegure un buen drenaje. Y, por supuesto, no hay que olvidar añadir estiércol bien descompuesto.

No todo el mundo tiene mano para las plantas; hacen falta ciertas cualidades para ser capaz de cultivar y mantener un bonito jardín. Entre ellas está la paciencia, que yo cultivaba ya mucho antes de plantar mi primer rosal.

Es una gran virtud, la paciencia.

Para que crezcan fuertes y sin enfermedades y den muchas flores hay que poner especial atención a las condiciones ambientales, que deben ser las adecuadas: exposición al sol y abrigo del viento son las principales. Si, una vez plantados, surgen condiciones adversas, lo mejor que se puede hacer es cubrir tallo y ramas con tierra, dejando asomar sólo una o dos yemas. En el caso de los rosales trepadores, también es importante sujetar firmemente sus tallos en otoño; el rosal trepador es todo lo contrario al rosal miniatura: es débil y carente de espinas, y se quiebra con suma facilidad. Si se dispone de un invernadero, merece la pena dedicarle un hueco, porque es una planta preciosa; en jardines al aire libre, sin embargo, y especialmente en zonas ventosas o de temporales frecuentes, está condenada.

Después de tantos años de matrimonio, Manolo sólo había aprendido un par de cosas acerca del cuidado de mis arriates: que los rosales necesitan que los abonen, y que la poda es indispensable. En su defensa hay que decir que, ante su incapacidad de asimilar otros aspectos del cultivo, concentraba todas sus fuerzas en estos dos, repitiéndolos con energía y entusiasmo hasta la saciedad; como siempre había considerado que él no había nacido para trabajar la tierra, yo misma hacía las veces de rosal. Un rosal en miniatura, resistente y concentrado en sacar lo mejor de sí, en florecer después de que su hombre le eche la mierda encima, o después de que la magulle con dedicación.

Las plantas crecen más vigorosas y parecen presentar una mayor resistencia a enfermedades cuando se las trata con mimo: no basta con regarlas y dejar que les dé el sol; es muy conveniente hablarles, lavar con cuidado la superficie de sus hojas, e incluso, dicen, ponerles música clásica.

Hay que reconocer que lo del abono se le daba bastante bien; cada vez que abría su boca para dirigirse a mí era como recibir una buena paletada de estiércol. En ocasiones, tenía la sensación de que no había calculado bien, como le puede pasar a cualquier inexperto, y me había enterrado en una montaña de guano. Entonces moverme me resultaba más difícil que normalmente, como si estuviese abriéndome paso entre tanta materia orgánica y eso hiciese resentirse a mis articulaciones. Pero después, quizá mientras le preparaba la cena, con la luz que se escapaba a través de la ventana iluminando mi pequeño jardín, me daba cuenta de que eso sólo podía ayudarme a florecer, si tenía un poco de paciencia; me asomaba a la puerta para verle encajado en su sillón de orejas, con la mirada vacía clavada en el televisor y la papada reposando sobre el pecho, subiendo y bajando al ritmo del resuello de su respiración, y era capaz de mirarle sin sentir nada. Como mucho, un poco de lástima por su falta de habilidad como jardinero.

Si la poda no se realiza en el momento adecuado, y la savia se concentra en los tallos que deberían haber sido cortados, la formación de brotes nuevos se verá perjudicada. Básicamente, existen tres tipos de poda diferentes, según si el rosal es de tallo bajo, de copa, o trepador o sarmentoso; en cualquier caso, es una operación delicada, que requiere una manos hábiles y herramientas bien afiladas. Mi marido era un manazas y, para colmo, me temo que ni

siquiera conocía la técnica al detalle; para cualquiera con un poco de sentido común, eliminar las ramas a golpes habría sido impensable.

Siempre había pensado que el tiempo iría mermando sus fuerzas, y eso le haría perder esas costumbres. Pero pasaban los años y yo seguía esperando. Es asombroso, con lo mucho que había cambiado su cuerpo, que se había ido marchitando y aflojando, perdiendo todo el vigor, arrugándose, y con el trabajo que parecía costarle levantarse del sofá o hacer cualquier movimiento, que incluso al andar iba arrastrando las pantuflas, que diría que hasta respirar le suponía un esfuerzo inmenso. Y luego le entraba el nervio, y sacaba la misma fuerza de siempre, yo no sé de dónde. A lo mejor toda la secuencia transcurría un poco más despacio, como a cámara lenta, pero la violencia que se veía en sus ojos era la misma que las otras veces. Igual que la expresión de su cara, contraída por la ira. Cualquier día le habría dado un infarto.

Ante condiciones ambientales adversas, hay que cubrir el rosal con tierra, dejando asomar sólo una o dos yemas; la tierra sólo se retirará cuando las condiciones vuelvan a ser las adecuadas.

La constancia y la meticulosidad son dos cualidades indispensables para un buen jardinero. Por eso, yo sabía que Manolo no tenía madera. Aunque descargaba toda su energía en mí, nunca lo hizo de forma organizada, con un método, como Dios manda. No planeaba sus actos; sencillamente, le daban esos arrebatos, y se dejaba llevar. Cogía lo que tenía a mano, cualquier cosa podía servirle: una botella, la correa, o incluso el mando del televisor. Recuerdo que una vez cogió el sacacorchos: me lo clavó en el pecho y, al intentar cubrirme, en los brazos; cerré los puños con tanta fuerza que me abrí heridas con las uñas en las palmas de las manos. Después, mientras me lavaba encerrada en el cuarto de baño, no pude evitar reírme al pensar en lo torpemente que se comportaba, en lo ridículo que se le veía en realidad; un sacacorchos no era un objeto contundente ni un arma afilada, y nadie más que un enfermo niño enrabiado lo habría utilizado de esa forma. Pobre Manolo.

No debemos olvidar que las plantas son seres vivos y, por tanto, responden a estímulos.

Se considera estímulo cualquier cambio en el ambiente capaz de provocar una respuesta.

Al fin, me di cuenta de que mi marido no había nacido para la jardinería. Podía esperar tanto como la vida me permitiese, pero él nunca terminaría de entender los verdaderos secretos que dan lugar a una rosa. Jamás sería capaz de ver todo lo que se esconde detrás de sus múltiples pétalos de seda. Nunca se daría cuenta de que hay algo más que poda y abono.

Lo comprendí al instante cuando me vi huyendo, en mi propia casa, de un hombre que blandía un portarrollos de madera que debería haber estado en la cocina. Un portarrollos. Qué utensilio tan tosco.

Ya estamos entrados en marzo, y este año la primavera parece haber llegado pronto, así que no es de extrañar que mis rosales estén empezando a echar brotes; es muy recomendable abonar tanto cuando brotan como cuando florecen, y yo siempre procuro no tardar mucho en hacerlo, incluso adelantarme en la medida de lo posible: hay que cubrir sus necesidades nutricionales cuanto antes. Por eso, ya hace más de dos semanas que enriquecí la tierra.

Es inevitable que el suelo despida cierto olor desagradable cuando se abona; también pasa cuando se prepara tierra nueva, en verano, para la plantación siguiente, aunque en este caso, al estar más mezclado y en un contenedor, el hedor suele ser más leve.

Mis vecinos, hasta hoy, nunca se habían quejado del olor a estiércol; es por eso que estoy un poco sorprendida: no entiendo por qué Manolo iba a despedir un olor diferente.

Amor al peso

El amor es el sentimiento más bello y puro; es luz que ilumina tras los párpados cerrados, abrigo para el alma. Es quien da al desgranar del tiempo un sentido, una razón para detenerse a escucharlo, y desear que continúe.

El amor es aire; sin él, dejamos de estar vivos, aún cuando no muramos. En su ausencia, el espíritu se ahoga y se hace nada, perdido en una oscuridad sin límites eternamente absurda.

El amor lo es todo. El amor nos nutre.

A veces, quizá él también se nutra de nosotros.

Algunos amores pueden poseernos hasta llevarse nuestro último aliento. Hacen crujir nuestros huesos al exprimírnos, y consiguen que con ese sonido nos estremezcamos de placer. Llenan los sentidos tanto que rebosan. Tanto que te arrastran al límite, al umbral a partir del cual sólo hay vacío. Esos amores te absorben e invaden todo lo que es tuyo, o incluso lo que pudo haberlo sido. Son amores que no nacieron para ser vividos. Son amores que te viven.

Yo tengo un amor. No, no es cierto; tuve un amor. Y me lo arrancaron como una costra seca. Ellos, que no comprendían. Los que tanto me querían que estaban dispuestos a salvarme de mí misma sin saber quién era, ni qué llevaba dentro. Ni cuánto.

Lo extirparon. Pero los amores grandes tienen raíces profundas.

Era tan fuerte, tan intenso... Lo alimentaba de mí, de mi carne, de mis entrañas, y él devoraba ávido. Él conmigo, yo con él, sintiendo cómo me desgarraba. Extasiada. Ambos encerrados en un mundo incomprendido en el que cada gesto cobraba sentido propio. Un mundo en el que las fronteras eran de su propiedad.

Y qué más daba que nadie lo entendiese. Estaba más allá de lo que jamás sentirían en sus vidas vacías, silenciosas.

Cada día me hacía más suya. Se sentía más dentro, más clavado en mis vísceras. Sujetándome con más fuerza. Me cubría, me mantenía en una burbuja de cristal en la que no necesitaba nada que no fuese él. Quién habría rechazado ese arropamiento. Cómo huir de un universo en que tienes todo lo que deseas, en que has dejado de desear todo lo que no tienes. Un mundo en que la necesidad no tiene cabida.

No eran capaces de ver que yo ya no era como ellos, que empezaba a existir en otra dimensión. Que ya nada era indispensable para mí. Que mi amor me llenaba.

A veces yo no era lo bastante buena. No merecer lo que se tiene y no llegar a perderlo es un dolor intenso y punzante, que chirría desde dentro. A veces chirriaba, y tenía que doblarme sobre mí misma.

Mi amor me laceraba por no recibir tanto como entregaba; porque yo, que no tenía nada más que darme, ni siquiera era capaz de hacerlo íntegra y sinceramente, y la relación así queda coja y se tambalea. Me sumergía en el castigo hasta dejarme sin aliento. Todo era más límpido después, y mayor la seguridad de que podría dejarme morir si era en sus brazos.

Cuando desgarraba la culpa y la dejaba atrás, hecha jirones, como una muda, sólo él venía a arroparme y mecirme contra su pecho.

Quién habría podido negarse.

Estaba en las manos dormidas, en el músculo que se contrae, entre los mechones de mi pelo. Vivía a través de mí.

...Lejos, lejos y fuera, arrebatado, sin sentido ni pies ni cabeza ni espejos ni tacto, sin lugar donde hacer resonar su voz, de cuajo y de repente. Sin mí. Sin él. Sólo un caparazón vacío.

Vacío.

Sin guía ni luz en un laberinto en que todos los rincones son idénticos.

Un laberinto de espejos, quizá.

Y un hueco con el nombre impronunciable de mi amor, y la impresión de su sombra fugaz en un rincón cualquiera. Los amores grandes tienen raíces profundas.

Modesto Téllez

EN LAS RUCAS DE BOGO

—*Adiós, adiós, que Bogo los perdone por haber arruinado una vida.*
A. Burgess

Cometí, siendo un dios, el más execrable de los pecados. Fui desposeído de mi rango y sufrí todo método de vejaciones. Pagué con la inmortalidad el precio de mi osadía. Ahora habito el mundo de las alimañas y de los hombres. Ambas formas de vida comparten el mismo aire y un destino similar. Fui arrojado al hábitat de los mortales y desde entonces me estoy muriendo.

Siendo una divinidad siempre me repugnó en la condición humana la obstinada abnegación de madrugar para acudir al trabajo. Y ahora yo también soy uno de esos humanos mediocres que acuden a la oficina cagándose en dios. No soy libre de dar rienda suelta a mi pereza en la cama hasta que se me antoje; he de cumplir un horario si no quiero que el negrero me despida; sufro de estrés y jaquecas. No soy libre para transformarme en cisne o jovencuela y gozar a la bella secretaria de contabilidad o al guapo maromo de mantenimiento. En resumidas cuentas, la mortalidad me está matando.

Aún recuerdo vivamente mis regios milenios de hegemonía. Aunque la palabra de Bogo, mi padre, era la Ley, como vástago suyo tenía carta blanca para hacer y deshacer a mi antojo. Los insignificantes mortales, con sus insignificantes vidillas de mierda, me proporcionaban inolvidables momentos lúdicos. Yo preñaba a tontas y a locas, y a hermosas azafatas de congreso, y la tierra luego se llenaba de pequeñuelos y bastardos semidioses que acababan conquistando las medallas de oro en las olimpiadas. Yo provocaba graciosos conflictos vecinales por un quítame allí esos presupuestos. Realmente me lo pasaba pipa enriqueciendo fulgurantemente a corredores de bolsa a los que súbitamente dejaba en prendas menores. Y aunque solían ser estúpidos adoradores del dinero, que era para lo único que tenían talento, se redimían lanzándose al vacío, aunque lo hacían de la forma más torpe. Mis actos no tenían otra motivación que mantener el equilibrio demográfico en las sociedades occidentales.

Ah, aquellos días dorados. No tenía que cepillarme los dientes por temor a que se me pudriesen; no era un adicto a la telebasura; no estaba enganchado a la mierda del tabaco; ni siquiera tenía que jiñar. La misión de un dios era el castigo, el ejemplo y concubitar de vez en cuando. Comprenderéis que el cambio fue traumático. El primer año fue el peor. No levantaba cabeza. Pero toda forma viviente necesita un periodo de adaptación al medio. Yo venía de un reino celestial, de una vacación de siglos. Mis pulmones hubieron de acostumbrarse a la polución; mis movimientos a la rotación planetaria; mis ojos al espectro de colores; mi pene a mi mano; y mi corazón a las pequeñeces humanas. En fin, descubrí el prozac, la pornografía, la lucha de mujeres en el barro, la irresistible atracción de los viaductos y las muñecas hinchables. Repito: fue duro. Durante el primer mes me mantuve con las grasas del cuerpo. Luego un mortal me mostró la manera de entrar en el hiper en ayunas y salir alimentado.

Qué terrible e ignominioso sacrilegio cometí para ser degradado a esta horrible condición, pregunto. Con lo buen dios que yo era. Una deidad entregada, magnificente. El dios de los contratos labores basura y el santo patrón de los suicidas. ¿Pues no es irónico? Castigo divino, escarmentado por Bogo: mirad mi contrato eventual, ¿no es como para pegarse un tiro? La vanidad me perdió cuando intenté atentar contra mi padre. Pero fue el deseo de yacer en el lecho de mi madre, la Gran Diosa Mura, el que me impulsó a derrocar a mi progenitor. Por un miserable coito edípico aquí me veo, en este vagón de metro atestado por soñolientos y murrios mortales, camino del degolladero.

Mi nombre, que me fue despojado junto a mi poder y omnipotencia, vaga huérfano en el limbo de mis antepasados, los dioses ancestrales. Desnudo caí en la tierra, en un barrio de inmigrantes marroquíes. Me tomaron por un pederasta y fui perseguido por airadas bestias bípedas de pelo ensortijado. Mi primer contacto con el miedo. Pues me golpearon, también fue mi primera constancia del dolor y de la sangre. ¡Padre!, llamé, perdóname, perdona a tu hijo.

Ya me veis, tirado en el arroyo, el hijo de Bogo, llorando como una chiquilla, pisoteado por aquellos a los que tuve bajo mi puño, magullado, compadeciéndome de mi humillante destino, enviando ondas telepáticas al cosmos para que se colapsase el universo. ¿Me veis? Pues veréis sobre mi cabeza el cartel publicitario desde el que una picaruela top model en ropa interior me recomendaba usar el salva slip “Evax”.

Esta es mi parada. Me clavan un codo en el bazo, me pisan el juanete, me meten una rasta en el ojo, y consigo llegar al andén sin mayores contratiempos. Me quedan quince minutos de caminata hasta el curro. Me enamoro quince veces antes de llegar al edificio y fichar. Contaré las horas que quedan para la salida. Me paso el día empujando un carrito, llevando paquetes y circulares de un departamento a otro. Aprovecharé cualquier descuido para meterme en los servicios a fumarme un *Chester*. En el último piso, en el más alto, vive el pez gordo. Cuando caga y tira de la cisterna, su mierda pasa al lado de todos sus empleados. Si coincido en el ascensor con el tipo de morenas altas y garbosas que tiene en nómina el jefe de recursos humanos, tengo material suficiente para hacerme un par de pajas esta noche.

Como todos los dioses, el dios de los suicidas era un guaperas. Mitad James Dean, mitad Colto Maltés. Qué belleza neoática era la mía o qué atractivo hollywoodiense. Y qué seductor de pacotilla soy ahora. Con la divinidad se fue el sexapil y los marcados pectorales. Qué esmirriado me veo y vulgar. Cuando una morena bien desarrollada y rumbosa, con el pelo suelto y limpio, comparte el ascensor a solas con el del carrito, quisiera convertirme en lluvia y poseerla por los poros de su piel. Pero el del carrito se contenta con aspirar su fragancia, en la que se mezcla el perfume, el café de su aliento y su cálida hormonación.

De vosotros, imbéciles, no quiero lástima. Quien ha sido dios está por encima de vuestras mediocres existencias. Dormiremos en la misma cama, ocuparemos el mismo vagón en el metro, nos compraremos los perritos en la misma cutre camioneta sin licencia, nos gustará la misma marca de cerveza, miraremos los mismos absurdos programas de televisión, nos asustará salir un sábado por la noche a la calle por si volvemos a casa con un navajazo en el riñón, comeremos la misma mierda congelada todos los días... Pero tú y yo no somos iguales, porque el que ha sido dios conoce a dios. Mi alma nada teme. Se comerán mi corazón los gusanos, pero he sido un dios, y eso no podrán comérselo.

Había sido un día duro en la oficina. Y como siempre triste. He pasado por algunas crisis de ansiedad. El doctor Giorgios dePollas me tiene recetadas unas pastillitas que son la bomba. Ellas mantienen a raya mis tendencias suicidas. El recuerdo del dios que fui está cada vez más enterrado dentro del subconsciente de mi cáscara mortal. Las pastillitas lo mantienen lobotomizado. A veces dejo de tomarlas, pero entonces empiezo a quedarme en cama, o me paso el día tirado en el sofá haciendo zapping. Y entonces me vuelvo a sentir de nuevo poderoso, y me dan ganas de plantarme en mitad de la carretera para desafiar a Bogo. Pero sé que nada es cierto, que me agarro a una ilusión como uno de esos koalitas al cuerpo de mamá koala mientras esta defeca, trepa y come eucalipto al mismo tiempo.

Últimamente me siento en forma. He vuelto a tomar la medicina del doctor dePollas. Pero créanme, no olvido aquella sensación. No puedo omitir de mis recuerdos el más importante. ¿Qué autobiografía sería la mía sin mis gloriosos días cuando domeñaba el rayo y la centella? ¿Y qué pensaríais si supieseis, oh niñas de colegio de pago, que ese que os mira tras las rejas fue un dios de verdad? ¿Qué diríais, amados plutócratas, si aquel que os envidia hoy empujó ayer a vuestro primogénito hacia la ventana del piso cuarenta y tres? ¿Qué harías, esclavizada ama de casa, si supieras que el tipo que examina los tomates en el mercado sólo busca olerte el sobaco? A todos os digo que yo me he sentado junto a vuestros hijos en las oscuras y pacíficas salas de cine; que quizás al próximo que le echéis el aliento en el cogote en la cola del autobús sea yo; que aquel que te siguió por la calle, pálida dulcinea de los ojos tristes, amando tus pantorrillas y tus tobillos, fue un dios uno y solo.

Pues cierta tarde a mitad de semana llegué a casa rendido. No sé cuántos kilómetros recorría en mi penoso trabajo, del que debía estar agradecido a los dioses después de todo. Porque sin ese curro no podría vestir mis miembros, ni alimentar mi carne, ni pagar el Canal Satélite Digital, ni vivir en aquel apartamento desangelado. Me descalcé y puse a prueba los muelles del sofá. Intentaba no pensar en nada. Apartaba con desdén la memoria pecaminosa y

frívola. Sólo quería perfeccionar mi sentido de la soledad y la tristeza. Y en ello estaba cuando llamaron a la puerta.

Como no tenía amigos, en plural, y no era la hora de los vendedores de enciclopedias pensé que se trataba de Kier, hasta el momento mi único amigo. La verdad, no me apetecía recibirlo, pero el miedo a perder a la única persona que sabía que existía me hizo despegarme del sillón.

Efectivamente, era Kier.

—Tronco, píllate una cerveza. Iba a traerte ambrosía, pero se había agotado.

Kier, para que os hagáis una idea, es un viejo borracho, alto y desgarbado que peina una grasienta pelambreira blanca y porta una desaliñada barba también blanca. La mala vida le ha perfilado el hueso y hundido los ojos en el cráneo. No es el típico tipo preocupado por su aspecto. Ha rodado mucho, el viejo Kier. Me sé su vida casi de memoria. Al viejo Kier sólo le quedan sus recuerdos. Sin ellos estaría acabado. Le pasa un poco como a mí, salvando las distancias. Aunque ahora que lo pienso, en fin, Kier fue considerado en su época un dios. Sabréis la historia, supongo. Kier fue el escritor más brillante de su generación. Pero la bebida y las mujeres lo echaron todo a perder. Nació en Rumania, en los años treinta; de allí pasó a la tierra prometida... Me ahorraré el resto. Lo que os puedo decir de Kier es que aguanta como nadie la bebida y que le gusta apostar en el cucarachódromo. Se lo ha montado fetén. Lo mantienen unas viejorras ricachonas que le mandan pasta todos los meses por correo certificado.

Un día le pregunté:

—Dime, Kier, ¿no te da cargo de conciencia chuparles la herencia a los nietos de las ancianitas?

—Esas chochas sólo son rameritas que saqué de las calles de Corinto. Les presenté a algunos tipos ricos, consiguieron cazarlos, y la miseria que me envían cada mes sólo forma parte del trato que hicimos.

De cualquier forma Kier podía pagarse los tragos y una habitación en un mugriento hotel del extrarradio. Suficiente para alguien que no le pide nada más a la vida.

Cogí una de las cervezas de Kier y regué a conciencia mi condición humana.

—Vaya, chico, ¿un mal día?

—Funesto.

—Bébette otra cerveza, anda —dice, y coloca los pies en la mesa. Entonces veo que sólo lleva los calcetines, por cuyos agujeros asoman las cabecitas de los dedos.

—¿Y los zapatos? —le pregunto.

Kier me mira y se suelta un pedo.

—Tómame una cerveza, chico.

Odio al viejo Kier, lo cual tiene mérito, porque es mi único amigo. Le digo que él todo lo soluciona empujando el codo. ¿De qué manera si no, chico?, me dice.

—En la Edad de Piedra aprendieron a sacar cerveza del grano antes que a hacer pan. Es la prueba de que el hombre se mueve por necesidades básicas, chaval. Y en la Biblia se nos recomienda, en ciento cuarenta ocasiones, que bebamos vino, no lo olvides.

—Pero tú no eres creyente, Kier, ¿me equivoco?

—¿Y eso qué tiene que ver? Pero he leído la condenada Biblia, chico.

Luego empieza a contarme una historia. Al parecer la tarde anterior había ido a las carreras de cucarachas a probar suerte. No tenía mucho que perder, así que empezó apostando fuerte, y se llevó el monto. Pensó que estaba en racha, y se lo jugó todo a *Macarena*, una estilizada cucaracha rubia de las cloacas. *Macarena* no sólo no ganó, sino que no llegó a la meta. En la recta de llegada una cucaracha caníbal de hotel de cinco estrellas le arrancó una pata de un mordisco. Kier alzó una protesta al juez de pista, pero se sobreseyó. En vista que nada podía hacer fue a la barra a pedirse un lingotazo con los últimos cuartos que le quedaban. En la barra había una mujer. Kier tanteó el terreno. Era receptiva. El caso es que acabaron en la habitación de Kier tratando de encajar la última pieza del puzzle del amor. A la mañana siguiente Kier se despertó y le preguntó a la mujer su nombre. “¿Tú cómo quieres que me llame, cariño?” le dijo ella. “¡No me jodas, exclamó Kier, no me digas que eres una puta!”. La mujer le dijo que si en serio creía que alguna mujer se acostaría con un viejo guarro como él sólo por su magnetismo

personal. Kier le contestó que había ocurrido cantidad de veces. El caso es que la puta le exigió el salario mínimo interprofesional y como Kier no andaba fino de liquidez, la zorra, a falta de otra cosa de más valor, se llevó sus zapatos. Y esa era la historia.

—Es el quiqui más barato que he echado nunca, muchacho, créeme.

—Te creo, Kier.

Entonces Kier adivinó que su amiguete, el dios venido a menos, andaba en horas bajas y que la cerveza no haría si no hundirme un poco más en mi vacío existencial. Para distraerme empezó a contarme aquella vez que se presentó en la casa de Henry Miller para hacerle una visita al carcamal, autor de títulos tan reconocibles como *Trópico de cáncer* o *La crucifixión rosa*.

—Para el carro, Kier, esa ya me la has contado.

El viejo escritor acabado le pegó un reflexivo trinque a la botella.

—A ti lo que te hace falta es una hembra, chico. Conozco a una periquita que...

—No te molestes, Kier. Te lo agradezco, pero no.

Al rato dijo:

—Sólo un par de cochambrosos zapatos.

—Sí —dije yo.

Estuvimos un buen rato callados, bebiendo y disfrutando de nuestra mutua y despellejada amistad.

—La soledad del dios, ¿eh? Debe ser muy jodido.

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes... De provocar el miedo cósmico y el respeto religioso de los hombres has pasado a provocar indiferencia y repulsión. Créeme, muchacho, sé de lo que hablo.

Kier era la única persona en este apestoso mundo físico al que le había revelado mi secreto. Le dije que yo había sido el dios de los contratos basura y de los suicidas. Kier no demostró incredulidad. Simplemente dijo que acababa de darse cuenta de su insignificancia. Yo pensé, este tío está de coña, pero no, porque en sus cansados ojos adiviné una extraña inteligencia, una drástica veneración. La vida de Kier había sido, por simplificar, una alternante lucha con las deplorables condiciones de sus contratos laborales y un suicido ejemplar que prolongaba más allá del medio siglo agarrado a una botella. Pensé que estaba en presencia de uno de mis grandes fracasos como dios. Era el alcohólico más lúcido que pudiera imaginar. Su aptitud para el suicidio no sólo no lo había mantenido vivo, sino que había sido el vino el que le había hecho vencer al sin fin de trabajillos esporádicos que amenazaron con destruir su dignidad. En cierto sentido había sido derrotado por él. Me había dado una buena paliza.

Me descubro ante Kier, al que un día la volubilidad humana también despojó de su aura divina. Miré al hombre, a la vieja gloria marginada, más allá de su deterioro físico, más allá de las uñas roñosas de los dedos de sus pies que sobresalían por el roto de los calcetines. Miré a Kier, pero sólo vi a un soldado tarado y tullido que le sacaba la lengua a la historia.

—He hecho todo lo humanamente posible, Kier, para encajar en vuestro mundo. He padecido enfermedades, sé lo que es el frío y el sudor, conozco la sensación de llegar a casa y comerme una cena congelada, solo; sé lo que es ir al mismo y aburrido trabajo un día, y otro, y otro, y así una semana, y dos, durante meses... Sé lo que se siente cuando una mujer te gusta, y se te mete aquí, y lo que pasa cuando ya no puedes aguantar más y le dices que le gustas y ella te mira como a un perro al que han dejado en la carretera atropellado. Me he comido los mocos, Kier, y me he emborrachado hasta perder el conocimiento, y me he duchado con agua fría en invierno porque se ha estropeado el termostato y luego he tenido que ponerme los apestosos calzoncillos del día anterior porque no me quedaban otros limpios...

—En resumen, —me interrumpió Kier—, que ser hombre es un asco.

—Ahí estás tú.

—Chico, bienvenido a la raza.

Abrimos otro par de cervezas para brindar por mi ingreso en la raza humana. Kier acabó tan doblado que no pude mandarlo de vuelta a su hotel y lo dejé durmiendo en el sofá. La conmisericordia, como el hastío, era parte integrante entre los motivos filosóficos de los mortales.

Creí de veras que el dios desposeído comenzaba a mudar la piel para transformarse en otra hormiguita más.

A partir de entonces supe, ya sin paños calientes, que mi destino sería el destino de toda la humanidad al completo. Es decir, me mataría trabajando para tener un coche y una casa propia; mientras tanto envejecería, y un día, cuando despertara, descubriría que me habría convertido en Kafka. Me asomaría a la ventana y contemplaría a la multitud caminando disciplinadamente con sus maletines negros hacia sus trabajos. Entonces sabría que acababa de morir, y que estaba teniendo un sueño.

Le conté al doctor dePollas mis visiones escatológicas sobre el fin del mundo, mis sueños reveladores que anegaban mi pecho de angustia. Le insistí en mi fijación por los productos culturales sobre la muerte. Los domingos me levanto temprano, doctor, para ir al cementerio a caminar entre los muertos. ¿Para cuándo tumbas verticales? No dejo de pensar en cuántos se murieron satisfechos y cuántos se fueron enloquecidos por el miedo. Aquí está enterrada una niña, ¿fue tuberculosis o fue un conductor borracho? Allí enterraron al cantante de la sobredosis. ¿Sabe usted, doctor? No hago más que darle vueltas al tanatos. El otro domingo el vigilante del cementerio me dijo, ¿caballero, sabe usted cuánto tarda en descomponerse en circunstancias normales un cuerpo en esta tierra? No lo sabía. Probé una cifra al tuntún. Casi, dijo el vigilante: nueve meses... ¿No lo ve? Nueve meses, los mismos que tarda un niño en venir al mundo. ¿No le parece curioso? Eso da qué pensar, doctor. Y aún le abrí más mi mente al doctor dePollas, y le confesé que había empezado a tener fantasías eróticas necrofilicas. DePollas me miró muy satisfecho por mi avanzado estado de esquizofrenia y dijo que habría que seguir trabajando con mi necrofilia.

Obviamente dejé la consulta y no volví a aparecer más por allí. Ahora trato de rehacer mi vida sin química, y aunque estoy pasando un mono fatal, creo que lo voy a superar. Parte de culpa de mi rehabilitación, de que vuelva a sentirme realizado con mi pequeña y anodina vida de proletario de clase media baja, es de mis frecuentes visitas a la funeraria.

Le conté a Kier mi estado de frustración causado por el abandono radical de las pastillas. Le dije que el único aliciente mío en estos momentos consistía en coleccionar objetos y momentos estrechamente relacionados con la muerte. Él estuvo de acuerdo: lo mejor para combatir una obsesión era no ir contra ella. Así que no dejé de ampliar mi colección de necrológicas y de almacenar en cintas de video las mejores ejecuciones chinas de los últimos veinte años que reponían en el Canal Satélite. A parte de esto, y de mis terapéuticos paseos dominicales por el cementerio, inicié mis visitas a la funeraria de la esquina. Cuando llegaba del trabajo, antes incluso de subir al apartamento, me demoraba unos minutos contemplando por la luna del escaparate las coronas de flores con sus recordatorios de muestra y los últimos modelos en ataúdes.

Allí conocí a Águeda y definitivamente me he enamorado.

Águeda está empleada en las pompas fúnebres y una tarde que mataba el ocio asomado al interior de la funeraria me hizo entrar. Dijo que llevaba algún tiempo observándome, y como yo mostraba un interés inusual por lo que allí se cocía, decidió invitarme a entrar. Más tarde reconocería que su intención era meramente sexual. Sin embargo debí causarle una gótica impresión porque me dijo que podía volver cuando quisiera. La funeraria era de su padre. Águeda había mamado el negocio desde peque. Era tanatopractora: se encargada de acondicionar los cuerpos: embalsamaba a los difuntos, o en su defecto, los maquillaba. Me mostró su acogedor mundito y me abrió su corazón expuesto en un catafalco. Cuando los chicos descubren que trabaja en la funeraria adecentando muertos se echan atrás. Pobres: no saben que amar la muerte te prepara para la vida.

—Pero tú no eres como los demás —me dijo con sus ojitos irritados por los productos químicos que usaba para la taxidermia. Me acarició la cara con sus manos huesudas y pálidas, frías como el aire del sótano donde estábamos.

Sus labios eran igual de fríos que el testigo desnudo que nos vigilaba desde su mesa de mármol.

En los encuentros sucesivos Águeda me enseñó a pegar los dientes de los fallecidos con pegamento de contacto para que una distensión mandibular inesperada no provocara estallidos de pánico en las exequias. En cierta ocasión le pedí que me dejase probar alguno de los féretros.

Adelante, dijo. Cierra la tapa, le pedí cuando me hube acomodado en uno. La oscuridad me encerró en su plasma. Yo me sentía sumergido en la materia prima de la eternidad. Si era aquello lo que esperaba a los hombres, yo también lo quería para mí. Cuando el ataúd volvió a abrirse Águeda estaba como dios la trajo al mundo.

—Hazme el amor, cariño, y hagamos un hijo al que no le asuste la muerte.

Recibí a Águeda y a su cuerpo desnudo y humano, pálido y frío.

Águeda se mudó a mi casa. Era la primera vez que cohabitaba en monogamia con una hembra. Mi expediente sexual divino incluía desde incestos con mis hermanos y mis tías, hasta sodomías múltiples y simultaneas, desvío bisexual y polvos durante las metamorfosis. Y creo que después de todo, y gracias a mi relación sentimental con Águeda, me acepté como era.

Águeda hizo muy buenas migas con Kier. Una vez, bajo los efectos del delirio al que le había inducido un pésimo vino tinto de cartón, le dijo a Águeda:

—¿Qué se siente follando con dios?

Afortunadamente a Águeda se le subía la tontería rápidamente a la cabeza y no sintió el contenido literal de la pregunta. Le dio un ataque de risa, a Águeda. Y luego le contó a Kier la historia de Santa Águeda:

—Pues sí, a la pobre chica le cortaron las tetas, ¡zas! —concluyó.

—¡Zas! —repitió Kier.

¡Zas! ¡Zas! ¡Zas!

Volvió a darles a los dos otro ataque de risa, a consecuencia del cual Kier se quedó sobado y Oria se hizo pipí encima.

Pues la vida en familia creí que me volvería menos irascible y me devolvería a la paz octaviana del que acepta su vida tal y como está porque ha encontrado su espacio, el amor y el sentido geométrico de la muerte. Pero no fue exactamente así.

En primer lugar comprendí, aunque tarde, que lo que creí amor no fue sino un calentón, consecuencia de un prolongado periodo de abstinencia y de unas condiciones de lo más macabras. Sencillas y rastreras funciones fisiológicas. Y aquel desliz o mal cálculo llevó a mi casa a una chica de una fealdad delicada y de una locura incipiente. Ah, pero aquello no era lo peor: Águeda se quedó embarazada.

En segundo lugar supe que ningún alivio testicular me excusaría de no volver más por el purgatorio de mi trabajo. Y el lunes allí estaba empujando mi carrito y persiguiendo aquellos culos forjados sobre ciclostatic que pertenecían a morenazas que quitaban el hipo.

Sopesé seriamente, muy expresionistamente, la posibilidad de dejarme llevar por las corrientes sentimentales que en definitiva compone el fabuloso mosaico de la especie humana. Me convertiría en el dios de mi casa. Eso era. Volver a sentirme todopoderoso, por encima del bien y del mal. Reconozco que aquel primer impulso me llenó de valor y misticismo. Como el noventa por ciento de los hombres, acabaría haciéndome a la estabilidad conyugal, llevando a mi hijo al zoo, y manteniendo con Águeda dos encuentros sexuales por semana para no caer en la rutina amorosa. Empezaría a ahorrar, decidí, para enviar el día de mañana a mi hijo a la Universidad para que le construyeran un pensamiento individual e independiente, para asegurarle como a su padre ocho horas de infierno en una empresa que no le contemplaría como a una persona sino como a un dígito. Y empecé a crearme mis propias majaderías.

—Kier, he conseguido más de lo que podía imaginar y sin embargo, sigo estando vacío.

—Tómame una cerveza, chico.

Caía en picado, aunque en un primer estadio de mi recobrada desolación conseguí con maestría ocultar la crisis. Con Águeda dábamos paseos cogiditos de la mano y nos besábamos en los bancos de los parques para acentuar nuestro estatus romántico. Volvimos a la funeraria para reavivar la brasa de la pasión, pero entonces el amor en un ataúd me convirtió en un tipo claustrofóbico con amagos de hipocondría. Lloraba por lo más mínimo. Águeda dedujo que de algún modo había encontrado mi lado femenino y que yo estaba dándole una tregua al macho dominante. No andaba descaminada. Una noche pedimos una pizza y me enamoré encendidamente del repartidor, un adolescente de expresión canalla. Me aficioné a las pizzas. Según Águeda ella me estaba contaminado por vía simpática sus antojos de preñada. Mi sentido de la empatía, dijo, estaba a flor de piel. Aquella rebuscada explicación me permitió adorar

platónicamente a mi chulesco repartidor de pizza y agasajarlo con monumentales propinas hasta que un día no apareció.

—¿Qué ha pasado con el chico que venía antes? —le pregunté a su sustituto, un chavalín que no era la mitad de tentador que su antecesor.

—Se ha caído de la moto y se ha partido la cabeza.

La noticia me dejó conmocionado. Por suerte no había muerto. Clandestinamente me acerqué al hospital y le mentí a una enfermera diciéndole que era amigo del muchacho. Qué sueño tan radiante, qué lívida hermosura la de la juventud truncada. Yacía inerte sin pizca de chulería enganchado al dios automático que metía brisas y latidos en su cuerpo de mármol tracio, en su mutilado cáliz de vida.

Águeda me tomaba la mano y la dejaba sobre su vientre. ¿Notas cómo da pataditas? Yo no notaba nada. Era insensible a toda fase de vida. Para mí que aquella criatura estaba muerta y muerta se alimentaba y muerta crecía en su útero para nacer muerta y fría.

Empecé a tener náuseas y Águeda vio reforzada su teoría del feed-back empático. La ilusa no sabía que aquel vómito continuo respondía a mi acelerado proceso de putrefacción vital. Ya no soportaba mi carne humana, ni mi entristecimiento humano, ni mis descomposiciones gástricas humanas. Anduve tentado cuarenta días y cuarenta noches en el desierto urbano de volver al tratamiento y a la consulta del doctor dePollas. Con suerte me diagnosticaría un trastorno bipolar. Pero resistí las convulsiones anatómicas que perseguían yonkizar mi espíritu, ahogar mi grito de pánico en un océano de droga.

Mi obsesión por los artículos fúnebres acabó apagándose, tal y como vaticinara Kier. El bello efebo de las pizzas seguía en coma. Según mi estructura mental, el chico estaba en las rucas de Bogó. La enfermera me dijo: será lo que dios quiera. Salí riendo del hospital mientras los presentes amonestaban mi blasfemo comportamiento. Regresé al cementerio y el vigilante se alegró de verme. Hacía mucho tiempo que no me veía. ¿Qué era de mi vida? Le imploré que me contase otra vez la historia de los cuerpos que tardan nueve meses en deshacerse, dejando sólo uñas, pelo, hueso y el óbolo con el que pagarían al barquero infernal su tour por la muerte.

Odiaba el hecho, absolutamente fortuito, de estar convirtiéndome en persona. Antes de quemar el recuerdo de mi vida como un dios decidí recuperarlo, pero sólo conseguí comprar unos litros de vodka y rodar por el green de la noche hasta el hoyo donde Kier se rascaba las pelotas.

—Chico, joder, ¿qué te ha pasado?

—Kier, estoy acabado. Yo tampoco tengo zapatos.

Lloramos un poco, parando para beber.

No sé cuándo dejé de ir al trabajo. Supongo que me habrán sustituido. Águeda me estará buscando, preocupada. Se estará temiendo lo peor, que la he abandonado. De cualquier forma le queda nuestro hijo. Espero que empezando de cero el hijito de un ex dios llegué a ser socializado de la forma más normal posible: que adquiriera la cultura gregaria de la masa, que integre su personalidad en esa cultura hasta desenfocar sus propios rasgos y que quede así adaptado al entorno. De tal manera nunca se dejará perfeccionar su condición de mortal.

Necesito volver a sentir lo que sentía cuando Bogó, mi padre, me aleccionaba sobre los derechos y deberes de los dioses. Lo que yo era siendo una entidad suprema y esciente. Tener en mis manos el poderío totalizador para desmenuzar las ilusiones de aquellos que reconocían en mí a su valedor. En definitiva, necesito volver a ser un dios.

Lo que hice fue ir a despedirme de Kier, mi único amigo en el mundo. El viejo perdedor estaba como una cuba, pero comprendió que no volvería a verme más y sus ojos se llenaron de lágrimas. No se apenaba por mí, lo sé, sino por otro compañero de borracheras que seguía su camino. Le dejé mis zapatos en el pasillo, junto a la puerta.

Tomé prestada la silla plegable de recepción. El recepcionista había dejado un cartelito donde anunciaba su inmediato regreso. Lo imaginé postrado en el retrete con los pantalones por los tobillos y ojeando la revista “Emprendedores”. Caminé por la ciudad con la silla al hombro hasta que me sentí cansado y me senté. Estaba en una carretera de las afueras, solitaria y mal iluminada. Percibí el hedor de la ciudad en el horizonte, hinchada por el resplandor gaseoso de las luces. Descansé mis miembros, abandonándome al cielo y a la antigüedad del tiempo.

Estoy en mitad de la carretera, sentado en una silla plegable. Al fondo discierno los faros de un coche. Puede que sea un camión. Bogo me pone a prueba. Cada vez más cegadores y cercanos. El vehículo se acerca por la carretera, y un dios que necesita comprobar que todavía es dios descansa en paz.

¡ZAS!

Ignacio Aguado

EL SECRETO DE LA INSPIRACIÓN LITERARIA

A mi hijo Alejandro

INTRODUCCIÓN

El escritor no es ningún médium, las historias no vienen de ningún lugar esotérico, no hay musas lánguidas susurrantes ni telepatía espiritual, no hay corazones llenos de historias guardadas como tesoros escondidos. Todas las interpretaciones que se han hecho acerca de la inspiración literaria desde la antigüedad eran fruto del desconocimiento, se ignoraba el funcionamiento del cerebro. Eran pues meras conjeturas fantásticas o aproximaciones poéticas a un fenómeno que se representaba cargado de misterio.

La obra literaria es un producto cerebral, está compuesta por palabras, palabras que fluyen del cerebro gracias al lenguaje articulado, una facultad innata en el primate denominado homo sapiens. Somos primates dotados de un cerebro que es capaz de expresarse oralmente y por escrito, a través de la disposición lineal de palabras, un código simbólico que compartimos y gracias al cual es posible la comunicación de aquello que está en el cerebro: pensamientos, ideas, emociones, imaginaciones, etc...y que traducimos en lenguaje ex-presándolo, o sea, sacándolo fuera de nuestra caja craneal. (Etimológicamente *expresión* se deriva de *exprimere* que significa hacer salir presionando. El sentido originario de expresión es el movimiento del interior hacia el exterior, presión hacia fuera).

Esta comunicación entre cerebros por medio del lenguaje puede ser informativa o funcional y también puede ser literaria. En el caso de la Literatura el intento del cerebro del autor es construir una obra de arte, un “artefacto” donde las palabras son la materia de la obra. Entonces las palabras son utilizadas con una finalidad expresiva que va más allá de la comunicación coloquial-funcional o de la mera transmisión de información.

Para lograr un artefacto literario el autor tiene que tener acceso a un conjunto de ideas, hallazgos, formas de expresarse, que no son las comunes en el lenguaje compartido, hasta lograr que ese producto de su cerebro llegue a convertirse en una obra de arte verbal, tanto más singular cuanto así sea el cerebro de donde procede.

En el diccionario de la R.A.E. podemos encontrar una acepción de la palabra “inspiración” como: “Efecto de sentir el escritor, el orador o el artista aquel singular y eficaz estímulo que le hace producir espontáneamente, y como si lo que produce fuera cosa hallada de pronto y no buscada con esfuerzo.”

Estamos hablando de un flujo que viene como por arte de magia y que es, sin duda, la base de la creación literaria.

El propósito de este trabajo es intentar dilucidar, aunque sea de forma aproximativa, el mecanismo primigenio, ese estímulo-resorte que hace que venga desde no se sabe muy bien dónde, un flujo de palabras capaz de rellenar páginas y páginas, aparentemente sin esfuerzo.

Aunque desde el origen de la escritura se ha hablado siempre de este fenómeno, que es de alguna manera la quintaesencia de la creación literaria, pocas veces se ha intentado darle una explicación científica. Hoy en día sería ciertamente infantil seguir creyendo en las Musas como los clásicos o en los vaivenes del corazón como los románticos.

La inspiración surge del cerebro, como todo lo demás de la obra literaria, y las páginas que siguen, son un intento de explicar el proceso mediante el que ésta se desencadena y posibilita en gran parte lo que llamamos escritura creativa.

LA PRE-ESCRITURA

En primer lugar tenemos que hablar del periodo que se podría denominar como de pre-escritura, una fase anterior a la inspiración y que es la que, de alguna manera, va a posibilitar la aparición de ésta.

Antes de escribir tiene que existir en el cerebro del autor una motivación psicológica que le va a convertir en escritor. Esta motivación puede tener distinto origen, depende del caso concreto. Por ejemplo, para muchos escritores surge a partir de lecturas, de un intento de emulación, por “contagio” literario, que va a desencadenar en ellos la pulsión literaria. En otros casos, un larga enfermedad hará que quizás por aburrimiento o por una suerte de metamorfosis psíquica, se desencadene este “hábito” y se siga con él después de la recuperación la salud. En cualquier caso se trata de una auto-programación cerebral, en la cual el sujeto adopta este rol y se ve a sí mismo capaz de llevar un proyecto literario hacia delante. Desde esta nueva perspectiva, el cerebro pone en marcha una serie de resortes de forma digamos “automática”. Así, por ejemplo, se agudizará la percepción,

“Percibir es asimilar los estímulos dándoles un significado”¹

también se guardarán en la memoria materiales para su posterior utilización. De igual manera la atención se enfocará especialmente en aspectos de la realidad que sean provechosos para el proyecto, y habrá, de forma permanente, un proyecto de concepción que pondrá al cerebro al acecho de cualquier señal o disparador que represente una posibilidad de desarrollo ulterior en forma literaria.

“No hay desarrollo de la inteligencia humana sin una afirmación enérgica de la subjetividad creadora. El creador selecciona su propia información, dirige su mirada sobre la realidad y se fija sus propias metas.”²

Como si fuera una antena parabólica, el cerebro conscientemente o no, se dispone a atesorar información exógena (fuera de él: sensorial, etc..) y endógena (dentro de él: memoria a largo plazo) con un objetivo concreto: escribir un texto literario. Este es el campo abonado del que ha de surgir esa semilla que llamamos inspiración.

LEER COMO ESCRITOR

Como complemento de esta fase de pre-escritura también tenemos que decir que buena parte del aprendizaje del escritor viene de forma inconsciente a través de la lectura. En la medida en que el cerebro de lector se ha convertido en cerebro de escritor, se empezará a leer como tal y así multitud de recursos, ideas, expresiones, imágenes, quedarán guardados en la memoria a largo plazo para que luego “ayuden” en la resolución de problemas expresivos y en la construcción de textos. Leer como escritor es leer aprendiendo, grabando plantillas virtuales, es, en suma, leer de forma diferente a la que tiene el lector común que lee por puro goce estético y no como aprendiz de un oficio.

Únicamente cuando los textos se aprenden como matrices, cuando se lee como escritor, lo aprendido puede transformarse en un sistema productor de ocurrencias.”³

Resumiendo:

Tenemos un cerebro que se auto-programa para escribir.

Una base de datos donde se recicla información: conversaciones. personas, películas, imágenes, atmósferas, ideas, etc... en la memoria a largo plazo.

Una antena parabólica que rastrea para encontrar un punto de partida.

Un tutorial de plantillas-modelo, provenientes de las lecturas.

LO QUE DICEN ALGUNOS AUTORES RESPECTO A LA INSPIRACIÓN (Pequeña Antología).

¹ MARINA, J.A. Teoría de la inteligencia creadora. . Barcelona. Ed. Anagrama, 1993

² MARINA, J.A. Teoría de la inteligencia creadora. Barcelona. Ed. Anagrama, 1993.

³ MARINA, J.A. Teoría de la inteligencia creadora. Barcelona, Ed. Anagrama, 1993.

“Y es que el arte, por ser un fenómeno estético dirigido a intensificar emociones, dotado, en consecuencia de un fuerte componente subconsciente e irracional, no puede evaluarse según los criterios de un modelo racional materialista.”

LUIS RACIONERO

“Escribir, en cierto sentido, es una actividad que me ayuda a aliviar la tensión de esos secretos sepultados. Recuerdos, ocultos, traumas, cicatrices infantiles...es evidente que las novelas surgen de una parte inaccesible de nosotros mismos.”

PAUL AUSTER

“La escritura es lo desconocido . Antes de escribir no sabemos nada de lo que vamos a escribir.”

MARGUERITE DURAS

“Un escritor puede compararse con un pozo. Hay muchas clases de pozos, como las hay de escritores. Lo importante es que haya buena agua en el pozo, y es mejor sacar de él una cantidad regular en lugar de dejarlo seco y esperar que vuelva a llenarse. El pozo es donde está el “jugo” de uno. Nadie sabe de qué está hecho, y uno mismo menos. Uno sólo sabe si lo tiene o si tiene que esperar a que vuelva”.

ERNEST HEMINGWAY

“Así pues, me convertí en un chico que corría a sacar un cubo de agua de lluvia del barril que había junto a la casa. Y por supuesto, cuanto más agua se saca más entra. El flujo no acaba nunca”.

RAY BRADBURY

“Hace mucho aprendí que yo no veo de manera directa, que el que sobre todo se “embebe” es mi inconsciente, y pasarán años antes de que aflore cualquier impresión.”

RAY BRADBURY

“...el pensamiento no consiste en que veamos claramente alguna cosa que se desarrollará en nosotros, sino en que un desarrollo interno acceda a esas zonas claras.”

ROBERT MUSIL

“...sólo invento cosas buenas cuando estoy libre del papel, en los momentos de elevación, que temo más que ansío, por mucho que los anhelo. Pero luego resulta que la invención acuden en tal cantidad, que he de renunciar a ella y que tomo a ciegas, al azar, entresacando a puñados de aquélla corriente, de modo que el momento de la redacción esta adquisición no resulta ser nada en comparación con la cantidad en la cual vivía, incapaz de aportar dicha cantidad. Y por consiguiente resulta mala y obstaculizadora, puesto que atrae de forma inútil.”

FRANZ KAFKA

“Las dimensiones de una obra de arte rara vez son comprendidas por el autor antes de terminar de escribirla. Es como un sueño que florece. Las ideas crecen, germinan lentamente, y miles de iluminaciones se producen, día a día, a medida que una obra progresa. Una semilla crece en la escritura del mismo modo que lo hace en la naturaleza. La semilla de una idea se desarrolla por obra del trabajo y del inconsciente, y por la misma lucha que se produce en ambos.”

CARSON MACULLERS

“No debe hablarse de inspiración, sino de espiración. Porque ese hábito viene de una zona a la que el hombre no puede descender.”

JEAN COCTEAU

“Porque las novelas como los sueños, nacen de un territorio profundo y movedizo que está más allá de las palabras. Y en ese mundo saturnal y subterráneo reina la fantasía”

ROSA MONTERO

“El acto creativo se produce siempre en un espacio situado por encima o por debajo de lo consciente, llámese subconsciente, duermevela, sueño, éxtasis o revelación.

LUIS RACIONERO

“El proceso creativo es un regreso de la mente a lo indiferenciado, a fases anteriores al lenguaje, a la fluidez, la impresión y la intercambiabilidad de las cosas tal como se presentan en el sueño: al nagual, en la terminología chamánica de Castañeda. Y una vez completada esa etapa del viaje, la mente vuelve a la conciencia acarreando una síntesis nueva de elementos antes inconexos.”

LUIS RACIONERO

“Hay dos momentos mágicos en su trabajo: en el primero –no me refiero a lo temporal, sino a lo esencial- se sume en las profundidades del ser, se entrega a las potencias de la magia y el sueño recorriendo para atrás los territorios que lo retrotraen a la infancia y a las inmemoriales de la especie, allí donde reinan los instintos básicos de la vida y de la muerte, donde el sexo, el incesto y el parricidio mueven sus fantasmas; es donde el artista encuentra los grandes temas de su creación. Luego, a diferencia del sueño, en que angustiosamente se ve obligado a permanecer en esas regiones antiguas y monstruosas, el artista retorna al mundo de la luz, momento en que los materiales son elaborados con todas las facultades del creador no ya hombre arcaico, sino hombre de hoy, lector de libros, receptor de ideas, con prejuicios ideológicos, con posición política y social.”⁴

ERNESTO SÁBATO

EL VISLUMBRE

“Todo es gestación y alumbramiento . Dejar que cada impresión y cada germen de sentimiento lleguen a la madurez por sí mismos en la oscuridad, en lo inexplicable, en el inconsciente, más allá del alcance de nuestra inteligencia, y aguardar con profunda humildad y paciencia el alumbramiento de una nueva claridad: sólo eso es la vida del artista. Ser artista no significa hacer cálculos y cuentas sino madurar como el árbol que no fuerza a su savia y permanece fuerte frente a las tormentas de la primavera sin temor a que después no llegue el verano. Llega. Pero sólo llega al que sabe esperar, al que no está allí como si toda la eternidad estuviera extendida a sus pies, tan despreocupada, tan tranquila, tan vasta.”

Rainer María Rilke

El verdadero punto de partida de todo proyecto de creación literaria es el vislumbre. Llamo vislumbre a una posibilidad entrevista en un nivel que podríamos llamar intuitivo y que, más adelante, explicaremos con detalle.

No una posibilidad cualquiera, sino aquella que está cargada de potencialidad. Según el testimonio de los creadores puede ser a veces una imagen o un diálogo, un personaje o una situación, incluso una frase o una simple palabra. El caso es que, de repente, se ilumina una especie de meta difusa hacia la que ir, unos hilos que tejer a partir de una fórmula de ignición. *“Algunas de las intuiciones más interesantes tienen lugar como consecuencia de un tipo de pensamiento poco enfocado capaz de asociar ideas estructuralmente remotas del paisaje cerebral. La creatividad se desarrolla a partir de una observación despreocupada o de la semilla de una idea a la que se da tiempo para germinar. La capacidad del cerebro para permitir que la activación se extienda lentamente hacia fuera a partir de un centro de actividad, encontrándose y mezclándose con otros, a niveles de intensidad que producen sólo cualidades de conciencia tenues y difusas, parece ser justamente el requisito necesario.”⁵*

Este descubrimiento / deslumbramiento coincide con lo que en creatividad se conoce como el Paradigma de Wallas; una secuencia que explica el proceso creativo partiendo de una captación-recopilación de datos, sigue con un periodo de incubación y tiene su punto álgido en la llamada

⁴ Citas extraídas de AYUSO, A. El oficio de escritor. Madrid. Ediciones y Talleres de escritura creativa Fuentetaja, 1997

⁵ CLAXTON, Guy. Cerebro de liebre, mente de tortuga. Barcelona, Urano, 1995

iluminación (la manzana de Newton, la bañera de Arquímedes, la serpiente comiéndose la cola de Kekulé).

La descripción clásica de creatividad divide a ésta en cuatro fases: preparación, incubación, iluminación y verificación. Durante la fase de preparación se reúne y se analiza la información a través de la atención enfocada o modalidad -d- en la cual el cerebro actúa como si los grupos neuronales estuvieran relativamente muy bien definidos, y las series de asociaciones estuvieran desplegadas de un modo relativamente consciente y convencional. Si el problema en cuestión es rutinario, esta modalidad bastará para generar una solución. Sin embargo, si el problema es menos habitual, esta forma de conocimiento propiciará una serie de callejones sin salida. Una actividad que se apresura por canales fuertemente delineados no será capaz de extenderse con la suficiente amplitud y lentitud para activar simultáneamente las asociaciones remotas en las que se basa la solución creativa. Pero si alguien es capaz de cambiar a una fase de incubación, el entorno fuertemente inhibitorio que la modalidad -d- emplea para mantener la actividad concentrada y acorralada y que tiende a convertir en cañones profundos los valles más suaves, se relaja y esta distribución más amplia de la actividad a través del paisaje cerebral, permite que un mayor número de focos distintos se activen a la vez. Mientras las personas creativas se ocupan de sus asuntos ordinarios, las exigencias normales y las incidencias de la vida cotidiana continuarán activando miles de conceptos y de grupos neuronales por todo el cerebro. Y si uno de ellos facilita inadvertidamente un enlace entre partes de la red desconectadas pero a las que se ha seguido alimentando, es posible que la activación añadida sea suficiente para hacer que la imagen o metáfora rebase su umbral y llegue a la conciencia, produciendo una iluminación, una “corazonada”. Finalmente, durante la fase de elaboración o verificación, el foco de activación puede estrecharse de nuevo para poder explorar con más detalle las implicaciones que se han desencadenado.”⁶

Una suerte de flash de luz súbita en forma de certeza muy gratificante. La génesis de la idea que, en el caso de la literatura es la posibilidad que se manifiesta como norte a seguir en el recorrido de construcción textual. Lo que desde antiguo se ha venido conociendo como el soplo de inspiración, el susurrar al oído de las musas, la mina profunda surrealista, todo rodeado con un halo de misterio, una especie de conexión con un plano diferente, superior, un éxtasis de luz repentina en medio de la oscuridad.

LO QUE NOS DICEN LAS NEUROCIENCIAS

“Parece que la creatividad absoluta opera de un modo no muy distinto al de la evolución biológica. En una fecha tan temprana como 1946, R. W. Gerard sugería que la imaginación y la intuición son a las ideas lo que la mutación a los animales: crean variedad de formas nuevas, muchas de las cuales son menos viables, peor adaptadas a las exigencias del medio ambiente, que las ya existentes, pero algunas de las cuales, tal vez sólo unas pocas, contienen características y propiedades que sí son viables. Además de novedosas la “submente” es responsable de la “llegada” de nuevas ideas tanto de las adecuadas como de las inadecuadas. La razón y la lógica actúan entonces como el medio ambiente, examinando a cada candidata y asegurándose de que sólo las más capacitadas sobrevivan.”⁷

Es en este punto donde comenzaremos a enunciar nuestra hipótesis acerca del mecanismo de la inspiración literaria, basada en los conocimientos que, en el campo de las Neurociencias, se han ido desbrozando en las últimas décadas.

“En relación con sus partes funcionales más pequeñas, el cerebro es mucho más grande de lo que imaginarse pueda. Recordemos que incluso una célula eucarionte es una “ciudad” en sí misma. Pero si tomamos la célula como una unidad y la comparamos con una persona, con las neuronas (unas 10 elevado a 11) como trabajadores principales, y las células gliales

⁶ CLAXTON, G. Cerebro de liebre, mente de tortuga. Urano, Barcelona 1995

⁷ CLAXTON, Guy. Cerebro de liebre, mente de tortuga. Urano, Barcelona 1995.

*(aproximadamente 10 elevado a 12) como proveedores de servicios de apoyo, la población de la gran ciudad que hemos estado imaginando sería entre cien o mil veces mayor que toda la población de la Tierra”.*⁸

Gran parte de los avances en este nuevo campo de estudio del cerebro tienen como punto de origen los experimentos realizados con pacientes epilépticos. En el afán de los médicos por curar este tipo de enfermedad se probó a cortar el puente caloso, haz de fibras nerviosas que une los dos hemisferios cerebrales.

*La franja que conecta las dos mitades del cerebro de los mamíferos se llama “cuerpo caloso”. Se trata de un enorme tracto de fibras nerviosas (más de doscientos millones de neuronas en el caso de los humanos), fácilmente accesible al seccionamiento quirúrgico. La separación de esta conexión, así como la de una estructura anterior llamada “comisura anterior”, aísla un hemisferio de otro.(...) su función que hasta los estudios actuales se ignoró durante mucho tiempo, consiste en mantener informado a cada hemisferio de las actividades del otro”*⁹

Surgió entonces el estudio de individuos con el cerebro “escindido”. Pronto se comprobó que el hemisferio izquierdo era el parlante, donde estaban localizados los centros del habla, concretamente en las áreas denominadas Broca y Wernicke en homenaje a sus descubridores.

*“Los hemisferios derecho e izquierdo no tienen exactamente el mismo aspecto, ni tampoco funciones que se correspondan al cien por cien: Se sabe desde hace mucho tiempo que un trastorno en el lado izquierdo del cerebro probablemente afectará no sólo a los movimientos y sensaciones del lado derecho del organismo, sino también al habla, cosa que no hará un daño similar en el hemisferio izquierdo. La mayoría de nosotros hablamos mediante nuestro hemisferio izquierdo. Más específicamente, se han localizado dos áreas. Una es el área de Broca que, situada cerca de la parte más baja del córtex motor, interviene en el movimiento de la cara, de la lengua, la mandíbula y la garganta. La otra es el área de Wernicke, situada más atrás en los lóbulos temporal y parietal, más cerca de la parte más baja del córtex somatosensorial. Las lesiones en cualquiera de éstas áreas producen dificultades características para hablar. Quienes sufren lesiones en el área de Broca tienen problemas con la gramática: pueden saber lo que quieren decir, pero tienen dificultades para dar con las palabras necesarias para hacerlo y disponerlas según una secuencia gramatical adecuada. Los pacientes que han sufrido daños en el área de Wernicke tienen problemas con el significado, es decir, con la formulación de lo que quieren decir, su empleo del lenguaje puede ser gramaticalmente correcto, y sin embargo no tener ningún sentido. Al parecer el área de Wernicke es el procesador más “estratégico” el de nivel más elevado, puesto que tiene que ver con el significado propiamente dicho. Por el contrario, el área de Broca es más bien un área motora auxiliar, una especie de procesador muy bueno, programado con frases que, buen conocedor de las reglas gramaticales, es experto en enhebrar palabras para expresar un significado determinado. Esto lo puede hacer porque tiene bajo su mando el córtex motor cercano, a través del cual puede activar e integrar las complejas actividades musculares de la cara, de la garganta y la lengua, necesarias para el habla.”*¹⁰

Se comprobó que los pacientes aquejados de problemas en estas zonas concretas como una trombosis o un derrame cerebral, quedaban afásicos, es decir, incapaces de articular el lenguaje. Siguiendo por ese camino y, sobre todo, a partir de las investigaciones del premio Nobel Roger Sperry, se constató la especialización cerebral de los hemisferios. Cada hemisferio está especializado en una serie de funciones.

“En 1836, Marc Dax, un oscuro médico rural, leyó un breve trabajo en una reunión de la sociedad médica de Montpellier, Francia. Como la mayoría de sus contemporáneos, Dax no era un concurrente asiduo a las conferencias médicas. De hecho, este trabajo iba a ser la primera y la única presentación científica. Durante su larga carrera como médico general, Dax había visto muchos pacientes afectados por pérdida de la palabra, conocida técnicamente como

⁸ CAIRNS-SMITH, A.G. La evolución de la mente. Madrid. Cambridge University Press. 2000

⁹ GAZZANIGA, M. S. El cerebro social. Madrid, Alianza editorial, 1993.

¹⁰ CAIRNS-SMITH, A.G. La evolución de la mente. Madrid, Cambridge University Press. 2000

afasia: consecuencia de una lesión cerebral. Esta observación no era nueva. Los antiguos griegos habían informado ya sobre súbitas y permanentes interrupciones del habla coherente. Dax, sin embargo, fue impactado por lo que parecía ser una asociación entre la pérdida de la palabra y el lugar donde se había producido el daño cerebral. En más de cuarenta pacientes con afasia Dax observó signos de lesión de la mitad izquierda o hemisferio del cerebro. No pudo encontrar ningún caso en que sólo hubiera lesión del hemisferio derecho. En su trabajo a la sociedad médica, resumió sus observaciones y presentó sus conclusiones: cada mitad del cerebro controla diferentes funciones; el habla está controlada por el hemisferio izquierdo."¹¹

Así el hemisferio izquierdo produce el lenguaje, opera de forma secuencial (una cosa después de otra), tiene habilidades para el cálculo, el análisis, el procesamiento lógico de los datos, maneja un pensamiento concreto, mientras que el hemisferio derecho es mudo o casi mudo, opera de forma holística, (hace muchas cosas al mismo tiempo y "ve" el resultado de forma global), maneja abstracciones, reconoce patrones, manipula imágenes, tiene facilidad para la música y las analogías, es más sintético que analítico.

Por otro lado, este cerebro dividido (unido a través del puente calloso) tiene una serie de niveles o estratos porque, de alguna manera, la evolución del cerebro humano ha hecho que mantengamos todavía los estratos cerebrales primitivos a los que se han ido superponiendo los más modernos, de forma que tenemos un cerebro reptiliano (el más arcaico), típico en los saurios y reptiles, que gobierna en temas como la agresividad, la sexualidad, así como funciones vitales para la supervivencia: comer, moverse, respirar, dormir. Sobre este cerebro creció el cerebro límbico, llamado emocional, y que compartimos con los mamíferos, donde reside la memoria, los sentimientos, las emociones. Y sobre éste, en la cima por ahora de esta montaña de células, está la corteza cerebral o neo-córtex, la última adquisición evolutiva. Reino de las llamadas facultades superiores: pensamiento abstracto, razonamiento, capacidad de proyectar, cálculo, etc.. Tres cerebros en uno que está dividido en dos mitades antagónico-complementarias. Esta estructura esbozada a brochazos es todavía como un laberinto del que desconocemos casi todo porque su materia son células nerviosas especializadas llamadas neuronas que forman un densísimo bosque de miles de millones de "arbolitos" interconectados, susceptibles de realizar billones de conexiones. Son estas neuronas, con sus núcleos, axones y dendritas como ramas que no se llegan a tocar, las responsables del flujo de información que llamamos pensamientos, sentimientos, emociones, etc.. a través de los circuitos que crean con sus sinapsis (espacio entre axones y dendritas) en un proceso electroquímico (intercambio de iones de sodio y potasio, neurotransmisores, etc..) todavía casi desconocido a causa de su extrema complejidad. Temas como la conciencia, la localización de la memoria, etc.. son objeto de continua controversia porque realmente no se tienen todos los datos de lo que es hasta la fecha el "aparato" más complejo del Universo. Existen técnicas novedosas como la tomografía por emisión de positrones y otras incluso más recientes, como la resonancia magnética nuclear, que permiten "ver" en un monitor mediante la "coloración" "radiactiva" de las neuronas, las zonas del cerebro que se activan en uno u otro momento (al hablar, recordar, etc..) pero todavía no es posible "leer" el pensamiento. Quizás llegué el día en que podamos ser espectadores de una secuencia completa de pensamiento con todos sus detalles, pero por el momento sólo podemos formular hipótesis en base a lo ya descubierto para intentar explicar fenómenos tan apasionantes como la creatividad, y en el caso que nos ocupa, de la creación literaria en concreto.

EL MOTOR CEREBRAL

Desde la invención del electrocardiograma, se sabe que la actividad eléctrica del cerebro tiene diversas velocidades, como un motor que se acelera o ralentiza. Las ondas beta son las más rápidas, el ritmo en que vivimos la vida cotidiana, tomamos decisiones, planeamos actividades,

¹¹ S. P. SPRINGER y DEUSTSCH, G. Cerebro izquierdo, cerebro derecho. Barcelona, Ed. Gedisa. 1984

hacemos una cosa después de otra, resolvemos problemas, o sea el pensamiento normal en estado de vigilia.

Las ondas alfa son más lentas, típicas del estado de relajación, también cuando nos disponemos a dormir o cuando acabamos de despertar.

Más despacio todavía van las ondas delta, detectables, en el sueño en la llamada fase REM,. Por último tenemos las ondas theta características del sueño profundo y comunes en los niños muy pequeños.

“A grandes rasgos, la mente posee tres velocidades distintas de procesamiento. La primera es más rápida que el pensamiento, algunas situaciones requieren una reacción rápida, instantánea. (...) luego está el procesamiento propiamente dicho. El tipo de pensamiento que conlleva resolver asuntos, sopesar pros y contras, construir razonamientos y solucionar problemas. Normalmente a este tipo de inteligencia se le da el nombre de intelecto –aunque, para que la idea sea más precisa, yo la denominaré, modalidad –d-, donde “d” significa deliberado. Pero, por debajo de éste, existe otro tipo de registro que opera de manera aún más lenta. A menudo carece de un propósito definido, se asocia más a lo ocioso, a lo lúdico, a la ensoñación. Este tipo de pensamiento implica darle vueltas a los asuntos, “rumiarlos”, ser contemplativos, meditar. Se trata más de ponderar un problema que de intentar solucionarlo, o sencillamente, de ver pasar la vida tranquilamente. Lo que ocupa a la mente puede aparecer como algo bastante fragmentario. Lo que pensamos puede no tener sentido. Tal vez, incluso, no somos muy conscientes de lo que pensamos. Este tercer tipo de inteligencia se asocia a lo que identificamos con la creatividad, o incluso la “sabiduría”. Los poetas siempre han sabido de las limitaciones del pensamiento consciente, intencional, y han intentado cultivar esas otras formas de conocimiento más lento, más difuso. Incluso los propios científicos, o al menos los más creativos, admiten que su genialidad les llega de estratos de pensamientos sobre los cuales ejercen poco o nulo control (y a veces se sienten un poco “impostores” por atribuirse el mérito de ideas que simplemente “les llegaron a ellos”¹²

La actividad consciente se desarrolla en las áreas de asociación del neocórtex, estos bloques neuronales forman columnas que están conectadas con zonas subcorticales. En éstas áreas asociativas parece que predomina la memoria a corto plazo, una memoria de trabajo donde manejamos relativamente pocos datos y, en el caso del hemisferio izquierdo, se opera de forma secuencial. Las ondas cerebrales aquí serían del tipo beta, es decir, las más rápidas. En el hemisferio derecho, el mudo, el no dominante, opera con ondas alfa, más lentas, está constituido por módulos de procesamiento en paralelo capaces de procesar grandes bloques de información de forma simultánea.

“El cerebro trabaja en paralelo, integrando muchos canales de procesamiento, y esta cooperación global hace surgir propiedades nuevas en el sistema. Por eso hablan de propiedades emergentes o globales, dinámica de redes, redes no lineales, sistemas complejos, sinergias, sistemas auto-organizadores. A partir de micro-estructuras, de operaciones muy simples que se realizan en el nivel básico, pretenden explicar la aparición de comportamientos de nivel superior.¹³

Es como si cientos de miles de equipos buscarán la solución al problema cada uno por su cuenta hasta que uno de ellos lo encontrará y diera la respuesta en forma de flash iluminador. La desventaja de este sistema tan poderoso y ahorrador de energía es que no podemos acceder a él de forma consciente.

“Se parte hoy, pues de la opinión de que el cerebro está organizado en unidades que funcionan relativamente independientes, denominadas módulos, que trabajan en paralelo, como ya hemos apuntado. Estas unidades modulares suelen operar en la mayoría de los casos independientes de nuestro yo consciente y verbal. A veces nos encontramos con ideas o intuiciones de las que no sabemos su origen. Al parecer, tenemos acceso al resultado del trabajo de estos módulos cerebrales, pero no a la elaboración misma de la información en ellos”¹⁴

¹² CLAXTON, G. Cerebro de liebre, mente de tortuga. Barcelona, Urano, 1999.

¹³ MARINA, J. A. Teoría de la inteligencia creadora. Barcelona. Anagrama, 1993

¹⁴ RUBIA F. J. El cerebro nos engaña. Madrid, Editorial Temas de Hoy 2000.

Es como si pudiéramos la información desde el hemisferio izquierdo en forma de e-mail y no nos quedara más remedio que esperar hasta que viniera, sin saber si va a llegar o no y cuánto durará la búsqueda. Podemos poner un ejemplo sencillo y fácilmente constatable: imagine el lector que ve a un antiguo compañero del colegio por la calle y, en ese momento, no se acuerda de su nombre. No se puede de forma consciente ir a un archivo donde buscar esa información, hay que esperar a que, de repente, el mengano o zutano aparezca en nuestra conciencia. Si nos obstinamos en pensar con ofuscación la búsqueda se torna más infructuosa y normalmente nos invade la desagradable sensación de “lo tengo en la punta de la lengua”.

Sin embargo, una vez relajados quizás aparezca la información deseada como por arte de magia, sin esfuerzo, después de minutos, horas o días.

Así como para tomar decisiones en la vida cotidiana el pensamiento necesita ser rápido: ir al banco, conducir, resolver problemas, etc... cuando tenemos que bucear o, mejor dicho, emitir una “orden de buceo” en esa especie de iceberg sumergido que tenemos en el cráneo, la velocidad tiene que ser mucho más lenta para poder poner en marcha la miríada de buscadores que, en paralelo, rastrean o “escanean” esos grandes inventarios con miles de millones de datos. *“En 1967 se publicó el libro póstumo de Antón Ehrenzweig, The hidden Order of Art: A study in the Psychology of artistic imagination. Esta obra compleja, llena de iluminaciones, es uno de los estudios más brillantes sobre la creatividad. El libro tiene que ver con el “engañoso caso en la vasta subestructura del arte”, que es la obra de creación inconsciente. Según Ehrenzweig, en este caos existe un “orden oculto”, que corresponde a la condición polifónica de toda estructura artística, la cual se desarrolla “no en una línea de pensamiento, sino simultáneamente en varias trenzas sobre-impuestas”. La creatividad surge de un profundo conflicto entre control consciente (pensamiento diferenciado) e inconsciente (pensamiento indiferenciado). El creador tiene la capacidad de alternar entre estos modos de pensamiento, unificándolos para cumplir tareas muy concretas.*

Ehrenzweig distingue tres fases en el trabajo creativo: “proyección, seguida de la parcialmente inconsciente integración (“scanning” inconsciente) que da a la obra su vida independiente y finalmente la retro-inyección parcial y retro-alimentación en el nivel más alto. Asimismo afirma que “algo como una verdadera conversación tiene lugar entre el artista y su obra. El medio, frustrando las intenciones puramente conscientes, le permite tomar contacto con las partes más sumergidas de su personalidad y elevarlas para una contemplación más consciente. Mientras el artista lucha con su medio, sin saberlo, lucha con su personalidad inconsciente revelada por la obra de arte. Recobrar de la obra a un nivel consciente lo que se ha proyectado de él a un nivel inconsciente es quizás el resultado más provechoso y doloroso de la creatividad.”¹⁵

Por eso es sabido que las grandes ideas surgen en estado de relajación después de haber “incubado” el problema a resolver. Mientras uno se baña, se afeita o se ducha, caminando despreocupado, bajo un árbol como Newton, en la bañera como Arquímedes, en el duermevela o incluso en sueños, es cuando, de improviso, el hemisferio derecho trae la respuesta a nuestra demanda en forma de iluminación o relámpago súbito que aparece en el hemisferio dominante que se halla quizás ya bloqueado con su proceder lógico y secuencial.

“Yo sostengo que el cerebro humano tiene una organización de tipo modular. Por “modularidad” entiendo una forma de organización del cerebro consistente en unidades de funcionamiento relativamente independientes que actúan en paralelo. La mente no es un todo indivisible que opere de una única forma para resolver todos los problema. Lejos de poseer esta unidad, la mente se compone de diferentes unidades específicas que se pueden identificar, las cuales se ocupan de toda la información a la que están expuestas. La enorme y copiosa cantidad de información que incide sobre el cerebro está fragmentada en partes, y muchos sistemas empiezan a tratarla al mismo tiempo. A menudo, estas actividades modulares operan independientemente de nuestros procesos de verbalización conscientes. (...) Cuando al escribir se nos ocurre súbitamente la manera de expresar una idea ¿De dónde procede una idea súbita como ésta?. Aparentemente no lo sabemos. Parece que tenemos acceso únicamente al producto de estos módulos cerebrales, pero no al proceso mismo. (...) El hemisferio dominante, normalmente el izquierdo, está comprometido en la tarea de interpretar nuestros

¹⁵ PERCIVAL, A. Escritores ante el espejo. Barcelona. Ed. Lumen, 1997

comportamientos externos, así como las respuestas emocionales más encubiertas producidas por los módulos mentales independientes. El cerebro izquierdo construye teorías para explicar por qué han ocurrido estos comportamientos, y lo hace así debido a la necesidad que tiene el sistema cerebral de hacer coherente la totalidad de nuestros comportamientos. Se trata de una empresa característicamente humana, y sobre la misma descansa no sólo el mecanismo que genera nuestro sentido de la realidad subjetiva, sino también la capacidad mental que nos libera de los controles que nos atan a las contingencias externas.”¹⁶

Creatividad es, sobre todo, conectividad.

“El nuevo paradigma científico que emerge en el siglo XX con la teoría de la relatividad, confirmada por la investigación astronómica y la teoría cuántica, por las experiencias atómicas, aporta una visión de la materia ya no como sustancia sólida durable, sino como complejo entrelazado de conexiones”¹⁷

Los módulos de procesamiento en paralelo ponen en marcha un sistema combinatorio en el cual realizan cientos de miles o millones de conexiones “por su cuenta”. Las conexiones que hacemos en el hemisferio izquierdo, en las áreas de asociación de la neocorteza, con el pensamiento consciente, se realizan con pocos elementos (propios de la memoria a corto plazo), “Bernard J. Baars, un profesor del Instituto Wright de Berkeley, California, ha escrito un libro titulado “A Cognitive Theory of Consciousness”. Aunque Baars es un científico cognitivo, se muestra bastante más interesado en el cerebro humano que Jachendoff o Jonson-Laird. A su idea central la denomina “espacio de trabajo global”. Identifica la información que hay en un momento dado en ese espacio de trabajo con el contenido de la conciencia. El espacio de trabajo, que actúa como un intercambiador central de información, está conectado a muchos procesadores inconscientes y receptores. Éstos son altamente eficientes en su propio ámbito pero no fuera de ellos. Además, pueden cooperar o competir para acceder al espacio de trabajo. Baars desarrolla este modelo de diferentes maneras: por ejemplo, los procesadores receptores pueden reducir la incertidumbre interactuando, hasta ponerse de acuerdo en única interpretación activa”¹⁸

y por ello son más evidentes, o previsibles dado el proceder lógico y analítico. Son conexiones “hueras”, mostrencas, comunes, sobadas y sabidas... en suma: lo que llamamos “sentido común”. En el hemisferio derecho, en esas áreas sub-corticales, las conexiones se realizan entre elementos muy alejados, a menudo cercanos al disparate o al delirio, pero pueden ser insólitas y originales (metáforas, analogías) y, sobre todo, en el caso literario, son aquellas que vienen preñadas por un potencial de posibilidades, una especie de vía cargada de vectores que conforman un posible circuito virtual (quizás laberíntico), que el cerebro se ve capaz de completar.

El escritor no escribe “lo que quiere”, de forma consciente, los grandes hallazgos, la fórmula de la obra que actúa como disparador, el flujo de conexiones entre los elementos de su obra “le viene” desde esa zona de su cerebro, más allá de la frontera del puente calloso que comunica los dos hemisferios.

“El lenguaje impone necesariamente al hecho cognitivo cierta velocidad, un marco temporal determinado; la modalidad –d- debe operar dentro de los límites en los cuales el lenguaje puede ser recibido, producido y procesado. Si se acelera la velocidad del discurso, éste se vuelve ininteligible. Si se aminora por debajo de cierto punto, se pierde el significado. (...) La existencia en la mente de un segundo centro de operaciones capaz de seguir su propio camino sin preocuparse de lo que el cuartel general pueda opinar. La propia conciencia, por su parte, puede perfectamente permanecer inalterada. Ante la discrepancia, simplemente no dándose cuenta de que dicha discrepancia existe. Lewicki llega a la conclusión de que “nuestro sistema de procesamiento inconsciente de la información opera en conjunto de modo más rápido y más inteligente que nuestra capacidad para pensar y para identificar significados, de una manera

¹⁶ GAZZANIGA, M.S. El cerebro social. Madrid. Alianza Editorial. 1993

¹⁷ RACIONERO, L. El arte de escribir. Madrid, Ed. Temas de Hoy 1995

¹⁸ CRICK, F. La búsqueda científica del alma. Madrid. C. de lectores. 1994

controlada. La mayor parte del trabajo real (de la mente) se lleva a cabo en un nivel al que la conciencia no tiene acceso.”¹⁹

Esta circunstancia explica el hecho de que la escritura creativa no se puede “forzar”, ya que bajo presión esos módulos no dan su fruto pues, de alguna manera, se ha cerrado el canal de acceso. De ahí el fenómeno conocido como “horror vacui”, el temor al blanco papel que tenemos que “llenar” presos de ansiedad, el bloqueo del escritor que a menudo le lleva a la depresión, a la autodestrucción (alcoholismo, drogas) y en algunos casos hasta el suicidio.

Diversos artistas hablan de que el pensamiento consciente es necesario para que salga al rescate del proceso creativo cuando la intuición se atasca, lo cual ocurre con bastante frecuencia. Si hay suerte, como le sucedió a Coleridge con su Kubla Khan, la submente se encarga de todo. El producto creativo queda “canalizado” y lo único que hace la mente consciente es transcribir. Pero esto no siempre es así. La intuición no se deja controlar, y a menudo parece deponer las armas antes de terminar el trabajo. Como dice Amy Lowell: El subconsciente es un aliado de mucho carácter. A veces se interrumpe en un momento crucial y no hay manera de sacarle una palabra. Aquí es donde entra en escena la práctica consciente del poeta, que deberá completar lo que el subconsciente ha dejado a medias. Esto explica por qué un poeta nace, pero también se hace. Nace con una fábrica subconsciente de ideas que siempre trabaja para él, si no es así nunca sería poeta. Pero debe tener el conocimiento y el talento suficientes para poder “rellenar” los huecos del subconsciente.”²⁰

Las raíces del árbol llamado obra literaria están en esa parte “oculta” o subterránea y sólo tenemos acceso a las ramas, que son las que más adelante transformaremos y podaremos hasta tener el fruto o la flor.

Por eso la pre-escritura y, en general, la actividad subliminal de la mente del escritor es una forma de abono en el que los datos sensoriales, las imágenes, los sentimientos, las emociones, las lecturas, todo el material que queda en la memoria a largo plazo es estiércol, compost, humus, materia orgánica de la cual fructificará cualquier proyecto en esta programación psicológica previa o motivación que mueve a crear.

DE LA IDEA AL PROYECTO

Toda obra literaria nace pues de una idea primigenia, una fórmula desencadenante que viene en forma de iluminación a partir de una situación, una imagen, un diálogo, un título, etc... cargada de posibilidades. Éste es el punto de salida, la génesis del proyecto inmediatamente se establece en el cerebro un circuito neuronal “virtual” cuya meta es la redacción del texto, la obra acabada del género que sea. El cerebro actúa entonces de una forma casi biológica, la tarea es construir ese camino, ese itinerario para completar aquello de lo que sólo tenemos un fragmento. Según la Psicología de la Gestalt, éste sería el “principio de cierre”: dada una información fragmentada, el cerebro tiende de forma natural a completarla, a llenar ese vacío con información proveniente del propio cerebro.

“Una de las características del pensamiento humano que los psicólogos de la Gestalt identificaron como causante a veces de problemas, se conoce con el principio de cierre. Se refiere a la tendencia a buscar la integridad de las cosas que vemos, de modo que si se nos presentan estímulos inconexos tendemos a buscar una forma de unirlos en una figura significativa, rellenando lo que falte.”²¹

Por otro lado el hemisferio izquierdo siempre quiere dar sentido a aquello que le viene dado. Así como las neuronas proyectan sus axones para conectar con otras neuronas, de igual manera, en el proyecto se realiza una labor de anticipación, de proyectarse al futuro para ir desbrozándole camino entre lo que llevamos recorrido y la meta.

“Al igual que el cerebro crea una información inexistente al rellenar la mancha ciega del ojo, o completar la memoria perdida, el módulo del yo imagina explicaciones de conductas que no

¹⁹ CLAXTON, G. Cerebro de liebre, mente de tortuga. Barcelona, Urano 1999

²⁰ CLAXTON, G. Cerebro de liebre, mente de tortuga. Barcelona, Urano 1999

²¹ PUENTE FARRERAS, A. El cerebro creador. Madrid. Alianza Editorial. 1999

controla. Cuando observa una conducta controlada por otro módulo cerebral, el módulo intérprete o mixtificador se inventa una historia creíble para explicarla. Esta capacidad, que se encuentra localizada en la mayoría de las personas en el hemisferio izquierdo, revela, según Michael Gazzaniga, lo importante que son las conductas para la formación de muchas teorías.”²²

En este ir y venir, la interacción entre los dos hemisferios es continua pues sirve de feed-back o retroalimentación. Lo que vamos escribiendo informa y sirve de base a lo que nos queda por escribir para terminar el circuito. A menudo sucede que, de alguna forma, no coincide ese camino virtual con el iniciado y entonces es cuestión de corregir, desechar o incluso volver a empezar. La obra es un gran mapa, un territorio a explorar, formado por la activación de esos circuitos neuronales cargados de elementos conectados a los que tenemos que dar forma verbal y sentido, traduciendo esos materiales en bruto a lenguaje literario. La creación es una “inploración”, es decir, una exploración intracraneal de los circuitos neuronales que en el hemisferio derecho van construyendo un tejido de elementos relacionados. La obra es una matriz combinatoria multidimensional, de la cual se van seleccionando posibilidades a medida que se escribe disponiéndolas de forma secuencial. Por eso es común el testimonio de muchos escritores en cuanto a la insatisfacción con los resultados. Siempre parece mejor, más sublime, aquello que ven o intuyen en su imaginación que lo que luego leen vertido en el papel con palabras dispuestas en forma lineal intentando expresar esos vislumbres.

Por otra parte, tampoco es deliberado, ni controlado de forma consciente el flujo de palabras que se van escribiendo sobre el papel. La prueba está en una conversación normal. Cuando oímos a un interlocutor un argumento cualquiera nuestra réplica no es seleccionada de un archivo que tenemos a nuestra disposición sino que nos “viene” una fracción de segundo después de haber escuchado lo que expresa la persona con la que estamos dialogando. De igual manera, si alguien nos dice una palabra, como por ejemplo “chipoka”, nos basta un instante para saber si la conocemos o no y si existe en español, o sea que en una fracción infinitesimal hemos repasado 30.000, 50.000 o 60.000 palabras de nuestro glosario personal.

EL ESTADO DE FLUJO

Según el psicólogo Mihaly Csikszentmihalyi, estamos en estado de flujo cuando una tarea propuesta al cerebro vence la entropía psíquica del pensamiento ordinario, una especie de caos de pensamientos yendo y viniendo, y, de repente, todo se ordena para conseguir la meta propuesta: la concentración mental alcanza entonces un alto grado y no sentimos absorbidos por esa actividad, sea la que sea.

Esta experiencia denominada “autotélica” (derivada de dos palabras griegas: auto, que significa en sí mismo, y “telos”, que significa finalidad), se refiere a una actividad que se contiene en sí misma, que se realiza no por la esperanza de ningún beneficio futuro, sino simplemente porque hacerlo en sí es la recompensa.

Esto nos trae a la mente el concepto de “homo ludens” del filósofo J. Huizinga: “Hace tiempo que ha ido cuajando en mí la convicción de que la cultura humana brota del juego” –como juego- y en él se desarrolla”.

Y esto en combinación con la conocida cita de J. Conrad: “La ficción es para el adulto lo que el juego es para el niño”.

Podríamos así decir que el escritor es como un niño que juega con un juguete, éste juguete es una máquina biológica formidable que tiene instalada en su propio cráneo como una sala de juegos. El niño desconoce el funcionamiento de esta máquina y ni siquiera puede controlarla, ni mucho menos, manejarla a su antojo.

“Pero lo que está claro es que la especificación fundamental del diseño del bioordenador neuronal inconsciente le permite encontrar, registrar y utilizar información de un grado de sutileza mayor del que podemos expresar o pensar.”²³

²² RUBIA, F. J. . El cerebro nos engaña. Madrid, editorial Temas de hoy. 2000.

²³ CLAXTON, G. Cerebro de liebre, mente de tortuga. Barcelona. Editorial Urano. 1999.

Para empezar este juego de “escribir” el niño se ve a sí mismo como jugador de este juego solitario. A continuación le manda un mensaje a la máquina mediante el deseo (motivación), para que ésta le de un punto de partida (la idea o fórmula de ignición). La máquina se la ofrece, a veces entre varias posibilidades en forma de flash. Después le deja entrever (en la pantalla de la conciencia del hemisferio izquierdo), el tablero completo del juego de forma borrosa, como una matriz de caminos / casillas a recorrer hasta llegar a la meta (el libro). El niño empieza el viaje (la in-ploración), abriendo una compuerta (en estado alfa), a través de la cual surge un flujo de palabras que conforme le van viniendo, las va depositando sobre el papel. Las palabras son una descripción del tablero (circuitos neuronales activados) y de lo que ocurre en cada una de las casillas. Antes de cada sesión, el niño repasa lo escrito para ver si responde a lo que ha ido “vislumbrando”, y así va cubriendo las etapas que le van acercando a la meta. Hay veces que tacha, corrige o rompe porque se da cuenta de que está describiendo mal lo que ve, que no está siendo fiel a la voz, o que se está apartando de alguna manera del camino correcto. Cuando todos los hilos del tejido se anudan y todas las secuencias encajan, nota que todo tiene sentido global y algo le dice (su hemisferio derecho), que ha llegado a la meta que no es otra cosa que poner el punto final a la larga cadena de palabras sujetas entre sí. Una vez que ha traducido el mapa (espacial, virtual, de su hemisferio derecho), en lenguaje hecho de tiempo (con su hemisferio izquierdo), el niño lee y relee cada eslabón de la cadena hasta estar satisfecho desde la primera palabra hasta la última, entonces el viaje termina, el texto queda escrito y acaba el juego.

CONCLUSIÓN

La inspiración es un mecanismo cerebral que el escritor no controla de forma consciente. Es un proceso en que él mismo, mediante automotivación psicológica, desencadena en forma de un estímulo-resorte que pone en marcha una parte del cerebro que normalmente no es accesible desde las áreas de asociación del neocórtex donde está ubicada la conciencia: los módulos neuronales de procesamiento en paralelo que se hallan en zonas subcorticales del hemisferio derecho.

Éstos, mediante conexión combinatoria de cientos de miles de elementos almacenados en la memoria a largo plazo, le dan una idea primigenia o una fórmula de ignición en forma de iluminación o relámpago súbito en su conciencia.

El proyecto toma entonces forma virtual como una red de conexiones activadas en circuitos en retroalimentación con lo que va escribiendo y las correcciones que él va haciendo en ese material en bruto.

El hemisferio izquierdo, en las áreas de la conciencia o “módulo del yo” inventa lo que le falta, para rellenar los vacíos e intenta ir dando sentido al material que se le ofrece fragmentario e inconexo. El flujo de palabras también le viene desde los referidos módulos sitios en lo que se ha venido llamando como inconsciente, subconsciente o imaginación, a través de las áreas donde se “fabrica” el lenguaje (Broca y Wernicke). El escritor es responsable conscientemente sólo del trabajo de “orfebrería lingüística” a partir de ese material en bruto que le viene “dado”. Material con el que se encuentra en el papel y que luego pulirá /corregirá /elaborará como un artesano a partir de perspectivas gramaticales, estéticas y culturales, así como desde un punto de vista auto-crítico, hasta dar por finalizada la obra.

BIBLIOGRAFÍA

- AYUSO, A. El oficio de escritor. Madrid. Ediciones y Talleres de escritura creativa Fuentetaja. 1997.
- BODEN, M. La mente creativa. Barcelona. Editorial Gedisa. 1994.
- BRISSARD, F. Desarrolle toda su inteligencia. Barcelona. Editorial Robin Book 1993
- CAIRNS-SMITH, A.G. La evolución de la mente. Madrid, Cambridge University Press 2000.
- CLAXTON, G. Cerebro de liebre, mente de tortuga. Barcelona. Ed. Urano 1999.
- CRICK, F. La búsqueda científica del alma. Barcelona. Círculo de Lectores. 1994
- CSIKSZENTMIHALYI, M. Fluir. Barcelona. Editorial Kairós, 1997.
- GAZZANIGA, M.S. El cerebro social. Madrid. Alianza Editorial. 1993
- HOFSTADTER, D. R. Gödel, Escher, Bach, un eterno y grácil bucle. Barcelona, editorial Tusquets, 1985.
- JUBAK, J. La máquina pensante. Barcelona, ediciones B. 1993
- MARINA, J.A. La selva del lenguaje. Barcelona, Editorial Anagrama 1998
- MARINA J.A. Teoría de la inteligencia creadora. Barcelona, Editorial Anagrama 1993
- MORA, F. El problema cerebro-mente. Madrid, Alianza Universidad, 1995.
- MORA F. El reloj de la sabiduría. Madrid, Alianza editorial 2002
- PENROSE, R. La nueva mente del emperador. Barcelona. Editorial Grijalbo, Mondadori, 1995
- PERCIVAL, A. (Ed.) Escritores ante el espejo. Editorial Lumen, 1997
- PUENTE FARRERAS, A. El cerebro creador. Madrid, Alianza Editorial, 1999
- RACIONERO, L. El arte de escribir. Madrid. Ed. Temas de Hoy 1995
- ROOT-BERNSTEIN, R. El secreto de la creatividad. Barcelona. Editorial Kairós, 2002
- RUBIA, F.J. El cerebro nos engaña. Madrid. Editorial Temas de hoy 2000.
- SILER, T. Más allá de las barreras de la mente. Barcelona. Editorial Paidós, 1993
- SPRINGER, S.P. y DEUTSCH, G. Cerebro izquierdo, cerebro derecho, Barcelona. Editorial Gedisa. 1994
- WILSON, E. O. Consilience. Barcelona. Círculo de Lectores. 1999

Edita: Área de Juventud, Deportes y Formación de la Diputación de Málaga

nomadasnomadas.com
nomadas@nomadasnomadas.com

*Esta publicación se ha realizado con motivo de la V edición del programa cultural itinerante **Nómadas. artistas del movimiento**, organizado por el **Área de Juventud, Deportes y Formación de la Diputación Provincial de Málaga** en fecha de agosto de 2004*